Hijas de General

La historia que cruza a Bachelet y Matthei

Nancy Castillo y Rocío Montes

Catalonia

NANCY CASTILLO E.

ROCÍO MONTES R.

HIJAS DE GENERAL

LA HISTORIA QUE CRUZA A BACHELET Y MATTHEI

CASTILLO, NANCY / MONTES, ROCÍO
Hijas de General. La historia que cruza a Bachelet y Matthei / Nancy Castillo y Rocío Montes

Santiago de Chile: Catalonia, 2017

ISBN: 978-956-324-226-3
ISBN Digital: 978-956-324-238-6

PERIODISMO
CH 070.40.72

Diseño y diagramación: Sebastián Valdebenito M.
Diseño de portada: Guarulo & Aloms
Fotografías de portada e interior: Archivo COPESA / Archivos familia Bachelet y familia Matthei
Edición de textos: Luis San Martín Arzola
Dirección editorial: Arturo Infante Reñasco

Primera edición: septiembre 2013

ISBN: 978-956-324-226-3
Registro de Propiedad Intelectual N° 233.436

Santa Isabel 1235, Providencia

Santiago de Chile
www.catalonia.cl – @catalonialibros

Índice de contenido

El pasado nunca muere. Ni siquiera es pasado.

William Faulkner (1897 - 1962)

AGRADECIMIENTOS

Una buena idea no siempre se concreta. Son varias las condicionantes para que se haga realidad: creer en el proyecto y trabajar duro, son algunas.

Este libro, además, tenía que concretarse en poco tiempo y eso agrega otra dificultad. Por eso, nuestros agradecimientos no son solo para quienes creyeron en él, sino también para quienes colaboraron.

El primero es para quien se dio el trabajo de darle esa segunda mirada a los escritos que todo periodista requiere. Quienes hemos trabajado en salas de redacción sabemos valorar la labor de un editor. Y, en este caso, quien aceptó trasnochar algunas noches con nosotras fue Patricio de La Paz, a quien agradecemos su mirada aguda y sus acertados comentarios.

Una buena idea también requiere de alguien dispuesto a asumir el riesgo de sacarla adelante. Arturo Infante de Editorial Catalonia se entusiasmó de inmediato sin haber trabajado con nosotras antes. Le agradecemos esa confianza que depositó en nosotras.

Al respaldo desinteresado del fotógrafo Pablo Sanhueza, quien nos regaló su tiempo y su talento en el apoyo fotográfico, gracias.

También debemos agradecer a quienes aceptaron apoyarnos en las labores más ingratas —pero sumamente necesarias para el periodismo— como la búsqueda de documentación y transcripción de entrevistas. Ahí estuvieron Javier Sáez y Valentina Barahona.

A Copesa por facilitarnos sus archivos fotográficos y de documentación.

Pero, sin duda, no podemos dejar fuera a todos los amigos que nos alentaron diciéndonos que podíamos sacar adelante este libro, pese a que el tiempo corría en contra.

Las autoras

A mis hijas, Ana y Amanda, porque a su corta edad comprenden la importancia de los libros y me alentaron en la creación de uno de esos objetos que ellas tanto valoran. Se los agradezco, además, porque estuvieron dispuestas a que me sumergiera de sus vidas por un mes.

A su padre, Juan Pardo, por asumir en todos esos días el triple trabajo de ser padre, madre y esposo.

A mi madre, Nancy Estay, no por este libro sino por todo.

Nancy Castillo Estay

A las dos mujeres más importantes de mi vida: Marcia, mi madre, y Telma, mi abuela. Sin su ejemplo jamás me habría lanzado a la aventura de un libro.

A José Ignacio, por la compañía y ayuda incondicional.

También a mi padre y mi hermano, cuyos recuerdos estuvieron presentes durante todo el proceso de escritura.

A mis abuelos, que desde niña me iluminaron el camino de la cultura y la sensibilidad. Sobre todo a Emiliano, que soñaba con que su nieta escribiera.

A mis profesores, siempre, que sin ellos una no es nada.

A los amigos que encontré en La Tercera (...) y que me hicieron comprender en la práctica que el periodismo no es solo un trabajo.

Rocío Montes Rojas

PRÓLOGO

VIDAS, TODO MENOS PARALELAS

Si Plutarco fuera chileno se habría llevado un gran disgusto. A primera vista, que siempre es mejor que vaya acompañada de una segunda, Evelyn Matthei y Michelle Bachelet, respectivamente, derecha e izquierda clásicas a más no poder, serían el modelo perfecto para el gran biógrafo griego, hijas las dos de generales de parecida generación, militares que se conocían e incluso se apreciaban, las candidatas que se conocieron de niñas, una apenas un par de años mayor que la otra, aunque decir que eran amigas sería mucho decir, y que ahora confluyen una pila de años más tarde en disputarse la Presidencia del país. Un aparente paralelismo generacional, cronológico cuando menos, es innegable que existe, pero por mucho nacimiento y confluencia que hayan podido producirse, no hay dos destinos más alejados entre sí que el de las dos aspirantes. Una, la socialista, tiene que remar contra corriente buena parte de su vida, la del exilio y los años del regreso a la patria, hasta que un amago de democracia se abre paso con el plebiscito de 1988, y la otra, circulante entre RN y la UDI, con el viento de cara todo ese tiempo, solo tiene que reciclarse, aunque pausada y sinceramente, cuando la situación lo exige.

Michelle Bachelet era una joven cuando el general Augusto Pinochet Ugarte tomaba el poder, pero ya con los parámetros de la política muy en su sitio, que posiblemente algo se radicalizaron durante su estancia en la RDA, extinto país del que la líder socialista guardará siempre un recuerdo caritativamente favorable. Y así es cómo vuelve plenamente integrada a una situación en la que su moralidad política le exige una contribución democrática desde la clandestinidad. Evelyn Matthei, concertista de piano frustrada, muy contrariamente, aun votaba por el general golpista en el

referéndum, aunque dícese que más por sentido de la disciplina que por entusiasmo personal, y su recorrido ulterior se acompasa al del propio país: del autoritarismo más o menos *light* a la democracia razonablemente plena, aunque no, incluso hoy, absolutamente *despinochetizada*. Sus partidarios han subrayado que sus puntos de vista —comprensivos con el aborto terapéutico y el divorcio— son homologables a los de Europa, aunque algo rechinen en el panorama de la derecha chilena. Como puede verse, de paralelismos a lo Plutarco, ni pizca.

Y dos periodistas nacionales, Nancy Castillo y Rocío Montes —a quien me enorgullezco de haber dado clase en la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano de Gabriel García Márquez en Cartagena de Indias, y en la propia Escuela de Periodismo de *El País* de Madrid—, han escrito el libro que seguro que será calificado como el más notable de las inminentes elecciones presidenciales aún vivos los ecos del 40 aniversario de la "pinochetada", pero que es mucho más: el libro de dos periodistas chilenas sobre dos candidatas que aspiran políticamente a lo más alto y que, bien que desde perspectivas vitales muy diferentes, parecen estar capacitadas para desempeñar o volver a desempeñar (Bachelet ya lo demostró durante su mandato de 2006-2010) tan decisivo y simbólico cometido.

En el texto, lo primero que se hace notar es el exquisito escrúpulo de las autoras para que nadie pueda decir que hayan querido o permitido que la balanza se inclinara a uno u otro lado. En todo caso, como cumple al mejor periodismo, es la narrativa —me resisto a decir los "hechos", porque nadie sabe cuáles son— la que habla. Imparcialidad no es lo mismo que neutralidad; la primera es condición *sine qua non* del buen periodismo y la segunda una atrofia de la capacidad de juicio; y añádase que la objetividad, como absoluto, tampoco existe, pero sí el *fair play*, que quiere decir que no hemos de preferir nada, pero tampoco ocultar ni lo más mínimo. Y eso es lo que hacen nuestras dos enviadas especiales a sí mismas: dejar que hable lo que han investigado, recopilado, estructurado en una narración vibrante, intensa y extraordinariamente bien documentada.

Como dicen Rocío y Nancy, las historias de vida, desde la niñez, marcan a los seres humanos, y de eso tenemos muchísimo y muy bueno en el libro. Y,

si se me permite, algo hay que subrayar de las autoras, porque su caso, como el de las candidatas, es igualmente singular. Son pocas las periodistas de género, como parece que ahora se dice en Europa, que se dediquen a informar sobre la cosa política, y son dos periodistas de esa condición las que abordan el caso Bachelet-Matthei o Matthei-Bachelet, tanto monta, monta tanto, porque yo también creo en la imparcialidad y la potencia de los hechos como única guía de lectura para obras como la presente.

El lector chileno está, sin duda, mucho más informado que yo sobre lo que se le viene encima y la trascendental decisión que ha de tomar, pero, modestamente, creo que, tras haber leído *Hijas de general*, sé más del país, entiendo mejor su evolución tan exitosa en los últimos años, y hasta la relativa *schadenfreude* con la que algunos comentaristas se han despachado sobre la crisis europea y, en particular, sobre la catástrofe española. Y para eso han de servir los libros, a veces mal llamados de periodismo, porque al calificarlos así, aun inadvertidamente, se está rebajando el octanaje de la operación, como si la historia instantánea, que es lo que es la obra de Montes-Castillo, estuviera por ello necesariamente falta de homologación intelectual o académica.

El periodismo, al que con demasiada frecuencia se le aplican adjetivos que lo deforman: literario, político, internacional, económico, como si cada uno de ellos fuera un compartimiento aislado, cuando periodismo solo hay uno —impreso y digital—, dotado de unas técnicas determinadas que permiten hablar, más apropiadamente, de periodismo sobre la cultura, sobre la economía, sobre el mundo exterior, etc., y que alcanza en este caso una valoración excepcional. Nos encontramos ante un libro periodístico que lo abarca casi todo: el aspecto histórico contextual del país y personal de las protagonistas; lo intrincado de la política nacional; el pulso hasta psicológico de una sociedad durante años cruciales; las entretelas de la Concertación y una derecha, que hay quien ha llamado cainita, hasta esa actualidad que el tópico español llama “rabiosa” por lo inmediata. Y todo con la imprescindible urgencia del mejor periodismo.

En una ocasión, no tan en plan *boutade* como pudiera parecer, dije que los periodistas se dividían en dos categorías: los que eran rápidos y los que no eran periodistas. Saltaron, por supuesto, sobre mí todos los portaestandartes

de la ponderación, la “objetividad”, la verificación de las fuentes —curiosamente, nadie del *fair play*—, como si la rapidez excluyera de oficio cualquiera de las excelencias mencionadas, y como si cupiera dudar de que la rapidez solo era una precondición necesaria pero nunca suficiente, del mejor periodismo. Y ocurre que, más aun en tiempos del digital, el periodista rápido lleva varias cabezas de ventaja sobre el que no lo es, entre otras cosas porque su misma rapidez le deja más tiempo para corroborar, para seleccionar sus argumentos, para releerse y depurar el texto y, especialmente, para cumplir con la hora de cierre en el impreso y con la velocidad crucero imprescindible del digital. Y las dos periodistas que firman el libro son, como sé por experiencia de una, y fuentes fidedignas de otra, periodistas que llegan muy a tiempo a su cita con los lectores. Matthei y Bachelet, Bachelet y Matthei, deberían congratularse muy particularmente por ello.

Miguel Ángel Bastenier

Premio María Moors Cabot 2012 de Columbia

Analista internacional de *El País* de España

Maestro de la Fundación de Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) de Gabriel García Márquez, Colombia

Madrid, España, septiembre de 2013

INTRODUCCIÓN

—Evelyn, Pablo sufre una aguda depresión y renunciará a la candidatura.

Evelyn Matthei está sobre la Ruta 65 Santiago-Valparaíso, pues ese miércoles 17 de julio en la tabla del Senado y de la Cámara de Diputados hay proyectos de ley de su cartera, el Ministerio del Trabajo.

La noticia que le da el ministro del Interior, Andrés Chadwick, la sorprende. Ella no ha sido parte de las conversaciones que casi en susurro se dan hace una semana entre el presidente Sebastián Piñera y los pocos que a esa fecha han podido ver el oscuro estado anímico en que ha caído Pablo Longueira (UDI) tras ganar las primarias del 30 de junio ante Andrés Allamand (RN) con un 51.37%. Uno de los que ha visto a Longueira botado en una cama en el fundo de sus padres en Melipilla, es Chadwick; el otro es Joaquín Lavín, su generalísimo de campaña. Por una semana han monitoreado su estado, han hablado con el psiquiatra Jorge Barros y han llegado al convencimiento —cuando la esposa del candidato, Cecilia Brinkmann, y sus hijos así se lo plantean— de que Longueira no tiene las fuerzas para cumplir uno de los roles más anhelados por todo político: ser el presidenciable de su sector.

La conversación telefónica entre Chadwick y Matthei se produce cerca de las 16:00 horas. Las decisiones políticas ya están tomadas. Y en poco más de una hora, el hijo mayor del candidato, Juan Pablo Longueira, acompañado por sus hermanos Tomás y Alejandro, leerán una declaración pública en la sede del comando presidencial de la UDI en la que dirán: “Nos vemos enfrentados a este doloroso e ineludible momento. Por su responsabilidad con Chile, con su Alianza política y su partido, nuestro padre ha presentado hoy su renuncia a su candidatura presidencial”.

Michelle Bachelet, la ex presidenta que diecisiete días antes ganó las primarias de su sector con el 73,6% (y 1,5 millones de votos), pide una pantalla de televisión para ver la conferencia de prensa de los hijos de su,

ahora, ex contendor. Bachelet también está enterada de lo que va a suceder. Esa tarde, recibió un llamado del ministro Chadwick, quien cumplía una petición expresa de Longueira: que adviertan a Bachelet y al ex presidente Ricardo Lagos que tenía que renunciar por un estado depresivo.

La ex mandataria valora el gesto y entre sus cercanos dirán "este hombre le tiene respeto a sus adversarios". Con Chadwick, ella le envía un mensaje de apoyo.

Más tarde, con un rostro que exhibe preocupación, Bachelet dirá ante los medios de prensa que le desea "a Pablo que se recupere lo antes posible para que pueda continuar con lo que es su pasión, la labor social (…) Esperamos que Pablo y su familia puedan pronto superar este momento tan doloroso".

Para ese minuto, Evelyn Matthei ya habrá tenido la conversación más relevante para tomar el espacio que ha quedado libre tras la inesperada caída del segundo de los candidatos de la UDI a La Moneda. Por primera vez, desde que entró en política en 1988, ella está en la *pole position* para ser la candidata presidencial.

Pues en esa llamada de Chadwick, cuando ella iba camino al Congreso, él terminará la conversación con un: "Jovino quiere hablar contigo".

El senador Jovino Novoa es para la UDI lo que un accionista mayoritario para una empresa. Con la arremetida del grupo de los llamados "coroneles" desde principios de la década pasada —como Longueira y Chadwick—, Novoa ya no es el socio controlador. Pero sus acciones son suficientes para detener una candidatura presidencial con su veto. Novoa, además, es considerado un político de los serios cuando asume un compromiso. Evelyn Matthei ha tenido más de un altercado con él, pero tal como lo dice al ser entrevistada para este libro: "Jovino es total garantía. Puedo tener diferencias con él. Pero en Jovino yo confío".

—¿Estás disponible para ser la candidata? —le pregunta Novoa a la ministra del Trabajo en una oficina del Congreso, cuando ella llega a Valparaíso.

—Les quiero decir que acepto altiro —responde ella.

Pero no fue un sí incondicional. Y aunque Evelyn Matthei hoy dice que no recuerda haber usado esas palabras, quienes supieron de esa conversación de primera fuente aseguran que el difícil escenario en que ella tenía que aceptar se sintetizó en las siguientes frases: “Sabes que es caca lo que me ofreces”, habría sentenciado ella. A lo que el senador responde: “Chocolate no es”.

Las dificultades eran evidentes: por un lado, menos de cuatro meses para levantar su nombre como la presidenciable de la Alianza, mientras en la vereda de la oposición tenían una ex presidenta, con la mayor adhesión popular histórica para un ex mandatario y que ya llevaba en campaña desde marzo. Por otro, una lista parlamentaria débil, que requería intervención, pues si no Matthei sería también responsabilizada de ese fracaso electoral.

En esa oficina del Congreso no se escucharon condiciones explícitas, pero para quienes se han dedicado décadas a la política estas quedaron tan claras como silenciosas fueron.

Cuando en marzo de 2013, los entonces candidatos de la UDI, Laurence Golborne, y de RN, Andrés Allamand, están en plena competencia y han protagonizado algunas reyertas, en La Moneda cunde la preocupación. Más que por los arañazos que se han dado en público, el tema es que ninguno de los dos logra “prender”. Ambos aparecen estancados en las encuestas. Las mismas mostraban a otras dos probables cartas: Evelyn Matthei y Pablo Longueira. Tal era la duda constante en Palacio, que en un Consejo de Gabinete de ese mes, el ministro de Salud Jaime Mañalich expresó algo de lo que todos hablaban en los pasillos, pero nadie decía directamente. Lo desnudó con la siguiente frase: “¡Hasta cuándo vamos a seguir con el tema de los candidatos! Los candidatos son los que son”. Aunque la opción de cambiar de “caballo” estaba en la mente de varios en ese salón, el reclamo del secretario de Estado se cerró con un: “Sigamos”, y los ministros continuaron la discusión de temas sectoriales.

La primera opción de producir un cambio en la plantilla la dio un dictamen judicial. Cuando la Corte Suprema definió como ilegal el aumento de comisiones por parte de la empresa Cencosud en 2006, fecha en que

Laurence Golborne era el gerente general de la empresa. La resolución del 24 de abril le dio un duro golpe al candidato de la UDI, que fue potenciado con un Allamand exigiéndole explicaciones públicas y con una UDI que no lo apoyó en ese difícil momento.

Quien sí estuvo con Golborne fue Evelyn Matthei. La ministra fue una de las primeras en convencerse de que él era quien le competía mejor a Bachelet y lo había apoyado desde un comienzo. El sábado 27 de abril, cuando la situación de Golborne pintaba para gris oscuro, pues al día siguiente se publicaría que tenía una cuenta en el paraíso fiscal de las Islas Vírgenes, la ministra estaba con él preparándolo para una entrevista televisiva que tendría ese domingo por la noche. Lejos de ahí, la UDI ya buscaba al reemplazante del candidato independiente.

Ese fin de semana, cuando una amiga le preguntó a Evelyn si con lo que sucedía sería ella la candidata, la ministra le respondió: “Eso no va a pasar”. Aunque lo deseaba, Matthei no se hacía ilusión de que el partido la elegiría a ella, la más díscola de sus militantes. Y así fue: el elegido fue Longueira.

En La Moneda apoyaban también la elección del entonces ministro de Economía, pues las fricciones con el contendor de RN y con ese partido en general hacían temer que la UDI decidiera no ir a primarias. Si iban a dos bandas hasta la primera vuelta electoral de noviembre, el suicidio político era seguro, decían en el Palacio de Gobierno.

Así llegó julio y una situación que no podía figurar en ningún cálculo político: una depresión.

Y Evelyn Matthei se convirtió en la candidata fortuita, la menos esperada para Bachelet. La ministra no dudó en su respuesta, era su oportunidad y no la desecharía ni siquiera cuando su marido, desde Nueva York, le pediría la mañana del 18 de julio: “Evelyn, no acepte”.

Un descanso en Nueva York

Michelle Bachelet tomó el avión con su hija menor, Sofía (20), rumbo a Estados Unidos, dos días después de la renuncia de Longueira. El viaje estaba programado de antes, pues ella tenía que cerrar algunos asuntos

personales que quedaron pendientes en Nueva York mientras fue la Secretaria Ejecutiva de ONU Mujeres entre 2010 y 2013. Además, quería recobrar fuerzas para la segunda etapa de campaña, la más intensa, la recta final hasta la primera vuelta del 17 de noviembre.

Madre e hija se fueron a una playa cercana a la ciudad, a la casa de una amiga de Bachelet. Allá descansaron, caminaron mucho y leyeron: El tango de la guardia vieja del español Arturo Pérez-Reverte; y Los días del arcoíris del chileno Antonio Skármeta fueron algunos de los libros escogidos para esas dos semanas que estuvo en Nueva York.

Bachelet había dejado esa ciudad hacía cuatro meses. Allí había sido feliz. No solo porque su puesto en las Naciones Unidas le provocó satisfacciones laborales, también porque había experimentado la libertad que da el perderse en una urbe de 8,4 millones de habitantes, donde ella era una persona anónima. En el verano de 2013, ella les dirá a sus amigas en la complicidad de las noches estivales del Lago Caburgua que sentía que dejar Nueva York tenía un alto costo personal en su vida.

Pero, para esa conversación, la decisión ya estaba tomada. Tras las elecciones municipales de 2012, el asesor más cercano a la ex Mandataria, Rodrigo Peñailillo, informa a los principales líderes de la oposición que “la jefa” —como ellos la llaman— ha decidido repostular a La Moneda.

El 27 de marzo de 2013 esas gestiones se materializaron con el arribo definitivo de la candidata de la Concertación. Una mujer muy distinta a la que había aceptado la candidatura presidencial en 2005, cuando su nombre surgió por fuerza de la adhesión popular que ella se ganó como ministra de Salud y luego de Defensa del Gobierno de Lagos. Si en 2005 Bachelet fue un fenómeno que no le dio el tiempo para prepararse para gobernar —como dirá hoy uno de sus asesores más cercanos—, la que llegó a fines de marzo al aeropuerto de Santiago es una política que tiene el control por sobre los partidos políticos y que ahora sabe cómo imponer sus condiciones.

Ni Golborne, ni Longueira fueron vistos como amenaza en el comando de Bachelet. Cuando surgió Matthei —quien en pocos días, además, se impuso ante el RN Andrés Allamand—, el escenario fue reevaluado. Y aunque desde allí aseguran que no hay peligro, ni tampoco influye el factor género,

un asesor dice que el primer error de su campaña lo cometió Bachelet cuando Evelyn Matthei era ministra del Trabajo y fue la primera en provocar una respuesta de la candidata de la Nueva Mayoría. Ocurrió el 18 de abril, luego de que el Senado destituyera al ministro de Educación Harald Beyer y la secretaria de Estado acusara a Bachelet de haberlo dejado caer, pues “un dedo” suyo hubiera parado la acción de la oposición. El propio Piñera la había emplazado, pero la candidata de la Nueva Mayoría no respondía. Con Evelyn Matthei, no pudo pasar. “Yo lamento que autoridades de Gobierno o personas del oficialismo hagan declaraciones falsas y sin fundamento”, dijo la candidata, y agregó: “Además, me sorprende en la ministra Matthei, pues ella me conoce bien y conoce a mi familia”.

Ese día en La Moneda lanzaron fuegos artificiales, dirá un personero de Gobierno para explicar la positiva evaluación de lo que había provocado Matthei.

Cuando Bachelet aludió a que las familias se conocían, abrió además la puerta a esa historia: la de las hijas de general.

Sea o no casualidad del destino, son dos mujeres las que quedaron como las candidatas más competitivas de esta elección presidencial, aunque Bachelet registraba una amplia ventaja hasta septiembre de 2013. Y lo más sorprendente, dos mujeres cuyas vidas se cruzaron en el pasado, por la amistad de sus padres, y que luego se separaron con el mismo quiebre de la sociedad chilena.

En marzo de 2006, cuando Michelle Bachelet recién asumía la Presidencia de Chile y Evelyn Matthei era senadora, esta última tuvo el siguiente diálogo con la periodista Raquel Correa:


—Su vida tiene mucha relación con la de la Presidenta Bachelet.

—Ambas rubias —contesta Matthei riendo.

—Ambas políticas.

—Yo creo que en la Michelle apareció un genuino interés por Chile.

—Las dos son hijas de generales de la FACH.

—Sí, pero nuestra mayor diferencia fue haber vivido el pasado desde distintas trincheras. Con experiencias muy fuertes las dos. Para ella, su padre preso y muerto, y para mí, mi padre en la Junta de Gobierno con posterioridad. Recuerdo con mucho cariño a su padre: para mí es un símbolo de lo que no debió ser. Él y su familia pagaron en forma horrorosa la irresponsabilidad de mucha gente que nos llevó a un rompimiento en el país[1].

Alberto Bachelet Martínez y Fernando Matthei Aubel fueron amigos a partir de fines de los años 50. Fue una amistad profunda y sincera que enfrentó su peor prueba a partir de septiembre de 1973. A cuarenta años del Golpe de Estado, esas dos hijas de general son candidatas presidenciales.

CAPÍTULO 1

TODO COMENZÓ EN CERRO MORENO

Es 1958 y el sol se clava en una arena que, por color y textura, más parece tierra. En la Base Cerro Moreno de la Fuerza Aérea de Chile, ubicada a 26 kilómetros al norte de Antofagasta, unas mil personas ya hacen su vida en esta villa militar fundada apenas cuatro años antes.

Mientras se construía el enclave, el capitán Fernando Matthei sobrevoló varias veces la zona en uno de los aviones AT-6 que tenía a su cargo en la Base Aérea Los Cóndores, de Iquique, donde estuvo destinado entre 1955 y 1957. A medida que sobre el desierto se levantaban las casas, los seis hangares, la capilla y el casino, rompiendo los patrones de tonos café que tanto le gustaba admirar desde el cielo, Matthei encontró un poco absurdo que lo último que se construyera en el lugar fuera la pista de aterrizaje. La razón de ser de toda base aérea.

Cerro Moreno se construyó bajo un concepto estadounidense: ser una base autosuficiente, donde oficiales, suboficiales y sus familias pudieran realizar sus vidas sin tener que salir del lugar. En un principio el agua les llegaba por ferrocarril y para la electricidad tenían generadores propios. En ninguno de los dos casos el asunto era fácil: no eran pocas las veces que el agua escaseaba tras la ducha y que la electricidad caía a 120 voltios. Un economato tenía los abarrotes básicos para cualquier familia, aunque sus precios eran un poco más altos que en la ciudad de Antofagasta. También había una escuela pública para los hijos de todo el personal. Después se sumaría un cine para la entretención familiar.

La vida era tranquila y sociable: había una banda con guitarra, violín, acordeón y contrabajo que solía tocar en las celebraciones, como Navidad, debajo de un hangar rojo. Los niños jugaban sin cuidado entre sus calles sin asfaltar. “A los niños los cuidaban entre todos, uno podía almorzar en la casa de otro y cenar todos en la de uno; las bicicletas se dejaban en la calle, jugábamos a hacer trincheras en el desierto, a explorar. Era una vida muy comunitaria y muy libertaria. Pero todo dentro de la base”, recuerda el general (R) Ricardo Ortega, quien estuvo dos años en el lugar cuando su padre era el comandante de Cerro Moreno a principios de los 60.

En las destinaciones regionales la vida familiar se hace más intensa, pues padres y hermanos son los únicos conocidos cuando se arriba. Los límites fronterizos de esas villas militares y la vida puertas adentro en las bases, además marca en los niños los códigos aéreos. Así fue también para Michelle Bachelet y Evelyn Matthei.

“Es un poco como en los guetos. La gente no se relaciona con los de afuera, todo gira en torno a la FACH”, describe Edith Pascual, quien conoce esa vida: es viuda del coronel Carlos Ominami, madre del ex senador y una de las mejores amigas de Ángela Jeria, la madre de Michelle Bachelet. Edith hace recuerdos sentada en su departamento de Santiago, vecino al de Jeria. Desde su ventana puede ver la Escuela Militar.

LOS “GRINGOS” Y LOS “MASONES”

A sus 32 años, el capitán Fernando Jorge Matthei Aubel ya lleva siete de matrimonio con Elda Fornet, hija de un “prusiano hugonote” que hasta hoy Matthei recuerda con cariño, y de la española Pilar Fernández. Para el año 58, la pareja ya tiene tres hijos: Fernando (6), Evelyn (4) y Robert (1). Luego vendrán dos más.

Matthei recuerda con precisión el día que conoció a Elda Fornet: fue el 11 de febrero de 1950. Él era subteniente e instructor de vuelo en la Escuela de Aviación, cuando recordó que su amigo y compañero de generación,

Eduardo Fornet, estaba de cumpleaños. Tomó su moto Royal Enfield de 250 cc y se fue a su casa a saludarlo. Eduardo no estaba, pero los padres lo hicieron pasar. “Luego bajó Elda a saludar al *Gringo*, de quien había escuchado por su hermano. Bastó una mirada de sus ojos color cielo para que yo pensara ‘esta es la mujer que me recetó el médico’. Con su aire español, me pareció algo así como una gitana rubia. De puro nervioso pasé a llevar unos chocolates que me habían servido y los boté al suelo. Lo único que atiné a pensar en ese momento fue que ojalá no estuviera de novia con alguien”[2]. Comenzaron a salir y en junio de 1950 Matthei le pidió matrimonio. La joven trabajaba como secretaria en una firma comercial, algo que dejaría de hacer al nacer su primer hijo, Fernando. La pareja decide que ella no realizará tareas fuera de casa y se dedicará por completo al cuidado de los niños.

Matthei y su esposa comparten el gusto por los libros y la música clásica, ambos gozan con las sonatas de Beethoven que Elda tenía en discos de 78 revoluciones. La primera compra de la pareja, pese al bajo sueldo de ambos, fue una radio Philco Tropic.

Antofagasta es la segunda destinación en regiones para el matrimonio. La primera había sido la Base Aérea Los Cóndores en Iquique. En realidad, un poco más hacia el desierto, en Alto Hospicio, pues a diferencia de otras familias que optaron por arrendar una casa en el puerto, los Matthei Fornet prefirieron el ahorro que significaba utilizar una vivienda fiscal en la misma base. La destinación en esa ciudad, además, sumaba al sueldo un 40% por asignación de zona. Con la facilidad de que los hijos mayores aún no iban al colegio, la vida en pleno desierto era matizada con excursiones a Iquique, donde pasaban al Casino Español por un pisco sour, o a Playa Cavancha. También realizaban paseos de corte más histórico. En 1955 la novela *Adiós al Séptimo de Línea* comenzó a ser entregada por capítulos y los Matthei recorrían las costas de Iquique libro en mano, buscando los sitios:

—Mira, Fernando, ahí está Punta Gruesa —le decía el padre a su hijo de cuatro años mostrándole donde la Covadonga hizo encallar a la fragata peruana Independencia[3]. Su hermana, Evelyn, recién aprendía a hablar.

Todos esos paseos los hacían sobre *El Lechuga*, un Ford verde de 1936 de dos puertas, que la pareja pudo comprar en 1953 gracias a una destinación de tres meses de Matthei a la escuela de vuelo de Craig en Alabama, Estados Unidos. Junto con obtener la máxima calificación histórica en la prueba de vuelo de esa institución, el teniente ganó un sueldo varias veces superior al que tenía en Chile y adquirió el vehículo a su regreso. Ese año, el 11 de noviembre, nace la segunda hija de la pareja, Evelyn Rose Matthei Fornet.

Con *El Lechuga*, la familia Matthei se traslada hasta Cerro Moreno. Allí les destinan una de las veinte casas para oficiales que había en la base aérea. Todas construidas con planos americanos, se trata de viviendas amplias, con una curiosa distribución: las ventanas miran al norte y el lado sur son solo paredes selladas, como una fortaleza, para que la arena no ingrese cuando se levanta el viento. En el pequeño jardín interior, Elda, como todas las otras esposas de oficiales, lucha contra la aridez e intenta hacer florecer el lugar.

Los Matthei-Fornet se instalan en la casa número 13. En la número 4 estaba otra familia: los Bachelet-Jeria. Sería ahí donde los hombres de estos clanes comenzarían una amistad que mantendrían por dieciséis años. Hasta marzo de 1974, cuando el general Alberto Bachelet moriría producto de las torturas aplicadas por sus compañeros de armas de la FACH.

El capitán Alberto Arturo Miguel Bachelet Martínez es un oficial de especialidades de la FACH, y a los 34 años llega a hacerse cargo de las finanzas de la base aérea Cerro Moreno. Es el hombre de las platas. Su esposa, Ángela Margarita Jeria Gómez, nacida en Talca el 22 de agosto de 1926, es una mujer atípica entre las esposas de oficiales: ella trabaja fuera del hogar. Hasta la destinación familiar en Antofagasta, se había desempeñado en la Editorial Universitaria de la Universidad de Chile. Más tarde, llegaría a ser directora del departamento de Presupuesto y Finanzas de la misma casa de estudios, y cuando su hija menor iba camino a la Universidad, Ángela Jeria decide en 1970 dar vida a un sueño que arrastra hacía tiempo: alentada por su marido, estudia Arqueología en la Casa de Bello.

Nacida en medio de un ambiente de masones y militantes del Partido Radical, en la familia de Jeria no cayó muy bien que la joven se enamorara de un uniformado. “El padre de Ángela, Máximo Jeria, era un masón profundamente antimilitarista”[4]. Alberto y Ángela se conocieron en una kermesse en 1944, en Temuco. Allí estaba destinado él, cuando la vio y la sacó a bailar, luego la invitó a la base aérea a andar en avión. “Al principio no me gustó ese aire de que podía conseguir todo lo que quería, pero pronto me enamoré”, cuenta ella[5]. “Él era alegre, extrovertido, seguro de sí mismo”, recuerda Jeria. Bachelet, además, se distinguía de los hombres de la época respecto de su rol masculino, como lo comprobaría Jeria en la vida familiar: “*Beto* era bien distinto al común de los hombres chilenos, participaba en todas las labores del hogar: cocinar, limpiar, cuidar a los niños”.

El 16 de diciembre de 1945, y antes de que él tuviera que partir a su nueva destinación en Puerto Montt, Alberto y Ángela se casaron en una ceremonia civil. “Para no separarnos más”, recordaría ella cuatro décadas después. Ángela sabía que la vida le cambiaría: “Asumiendo en primera instancia que por la condición laboral de él iba a estar ligada a una vida llena de compromisos y formalidades”, según consigna su declaración policial de marzo de 2012. Antes de partir al sur, el oficial de finanzas se había unido a la masonería. Donde no solo cultivaría “ideas libertarias, democráticas y de justicia social”, como recordaría su esposa años más tarde. Entre los masones conocería décadas después al futuro presidente de Chile Salvador Allende Gossens.

En la Fuerza Aérea, Alberto Bachelet ya era reconocido como un hombre que amaba los deportes: básquetbol y fútbol, así como tiro al vuelo. En cada destinación, él se inscribía en los clubes deportivos; si no los había, promovía su formación. “Cuando organizamos el equipo de béisbol, él fue activo para ponernos la micro los domingos para ir a jugar”, recuerda Juan Díaz Rojas, de 83 años, que se desempeñó como chofer y mecánico de Cerro Moreno[6].

Con Ángela, Alberto compartía otras dos pasiones: la ópera y la lectura. Cuando llegaba a casa para relajarse solía poner a todo volumen la cantata creada en 1937, *Carmina Burana*. Pese a que el sueldo de capitán de la

Fuerza Aérea no les alcanzaba para llegar a fin de mes, la pareja hizo una promesa al casarse: todos los meses comprarían un disco de ópera. Así fue, aunque para ello tuvieran que empeñar el sable de la Escuela Militar de Bachelet u otros enseres, como solían hacerlo para luego recuperarlos cuando el presupuesto aumentaba.

Había una tercera pasión común: la conversación abierta y librepensadora con los amigos. Por ello, en los 28 años que el matrimonio estuvo junto, la casa de los Bachelet-Jeria solía ser el centro de reunión, el espacio para las tertulias. Cerro Moreno no fue la excepción.

La pareja venía de la base aérea de Quintero, donde vivieron en 1957, precedidos con la fama de haber montado en ese lugar un Ateneo cultural para ayudar a los oficiales y suboficiales a tener un mayor contacto con un mundo que les era más bien ajeno. Respaldados por el comandante de esa unidad, que también era aficionado a la música clásica, hasta la V Región llegó el escritor Manuel Rojas —amigo del padre de Ángela— a una tertulia con los uniformados. Otro premio Nacional de Literatura invitado por los Bachelet Jeria fue José Santos González Vera.

El capitán Matthei sabía del interés de Bachelet por mejorar la cultura de los oficiales, “y eso también me importaba a mí”, recuerda hoy el general (R) en una soleada mañana de invierno en la terraza de su casa en San Carlos de Apoquindo. Si bien aún no se conocían, Matthei dice que tenía una “predisposición favorable hacia él. Después me cayó físicamente muy bien, él era súper buenmozo, atleta. Además, era un hombre culto. Los dos estábamos interesados en una amplia gama de materias. Él era una persona interesante, era interesante conversar con él”.

Para Bachelet, como recordará su viuda décadas después, este capitán de apariencia tan alemana —tanto que él y otros tres descendientes germanos son bautizados en Cerro Moreno como la “Luftwaffe chica”—, también le resulta interesante y, con el tiempo, confiable.

Las oficinas de estos dos oficiales se separan por apenas cincuenta metros. Bachelet es dos grados más antiguo que Matthei, pero no su jefe directo. Si uno es el administrador del dinero para las operaciones, el otro lo es del aire. El capitán Matthei está asignado al Estado Mayor de la base, con el

cargo de jefe de Operaciones e Inteligencia. “Era una especie de gerente operacional y, además, volaba en el Grupo N°8 como instructor del material que yo ambicionaba volar. Estaba como chancho en el barro”[7]. Bachelet es el responsable, entre otras materias, de financiar esas operaciones aéreas.

También se ocupa de todo tipo de problemas logísticos, como el traslado de los profesores desde Antofagasta a Cerro Moreno. Ninguno de los maestros de la escuela tiene auto y todos los días deben pedir que los lleven a dedo hasta la base aérea. Esta situación preocupa al director del establecimiento, Mario Santibáñez, quien acude a Bachelet para solucionar el problema.

—Si hoy es viernes, el lunes habrá transporte para los profesores —le contesta el militar. Además, le ofrece el casino de suboficiales para que los docentes puedan almorzar.

Cuando el trabajo termina, la afinidad entre Bachelet y Matthei lleva a que las charlas superen el plano profesional. Desde la literatura a la música clásica y la filosofía, son parte de esas conversaciones. Y a medida que la confianza crece, reflexionan sobre la situación económica de la Fuerza Aérea, el rumbo del país y sus vaivenes políticos.

El 58 es año electoral: en noviembre termina el mandato de Carlos Ibáñez del Campo y el conservador Jorge Alessandri asume la Presidencia de la República. La FACH no está al margen de las turbulencias políticas. Matthei recordaría que al ganar Ibáñez el 52, por ejemplo, siendo él instructor en la Escuela de Aviación, se le aproximaron dos oficiales para invitarlo a que se sumara a un movimiento dentro del Ejército y la FACH cuyo objetivo era defender el triunfo del candidato militar. Matthei no aceptó y les respondió que si intentaban tomarse la escuela, él los repelería con las armas que tuviera a mano. Sobre el arribo de Alessandri a La Moneda, el general (R) dice: “El peor tiempo (en cuanto a los sueldos en la Fuerza Aérea) fue en el gobierno de Alessandri”. Y repite: “El peor, peor”.

En esos años, la idea predominante es que la acción del Estado es la única que puede sacar al país adelante. Ambos oficiales comparten la mirada. Con los años, las diferencias se presentarían en el cómo. Pero eso sería una década después, pues en 1958, en Cerro Moreno, para Bachelet y Matthei el Estado es el principio y fin de todo.

Alberto Bachelet también le confiesa a Matthei que es masón y lo invita a formar parte. En los tiempos en que ser masón o bombero abría puertas en Chile, Matthei le responde que no. "A mí me faltaba tiempo para mi familia, siempre trabajaba hasta tarde ¡qué me iba a meter a otra cosa más!", recuerda.

Las conversaciones entre esos dos amigos incluían temas más pedestres:

—Pelábamos también —recuerda Matthei—, teníamos nuestras opiniones sobre las jefaturas.

Preocupados por la frágil formación cultural de los oficiales jóvenes, Bachelet y Matthei buscan fórmulas para revertir la situación. El capitán e instructor de vuelo exigió a sus subordinados que realizaran pequeños trabajos de investigación sobre un tema profesional, para luego exponerlos. "Pero fue difícil, porque si no había bibliotecas en Santiago, menos en Cerro Moreno", recuerda el general.

En la casa de los Bachelet-Jeria también se intenta motivar a los oficiales jóvenes. "Ellos invitaban a los solteros, a veces, a almorzar los días domingo a su casa, y los entusiasmaban para tomar cursos en la Universidad donde Ángela trabajaba".

Esposas de oficial

La amistad entre estos dos oficiales no era extensiva a las mujeres de ambos.

—No eres mala cabra tú, Elda —le decía en broma Bachelet a la mujer de su amigo—. ¡Pero eres tan pechoña!

Elda Fornet —que apreciaba a Bachelet— calzaba mejor con el prototipo de esposa de militar, ocupada en un 100% de los niños y del cuidado de la casa. "En esos años, nunca tuvimos apoyo doméstico y Elda se preocupaba de todo, incluso para ayudar con el escaso ingreso familiar, se compró una máquina de tejer para luego vender sus cosas", recuerda Matthei. A Elda entre sus conocidos le llamaban *La Gringa*, el mismo apodo de su marido y que más tarde heredaría su hija Evelyn al ingresar a la política. "No éramos

de visitas de pareja” con los Bachelet, recuerda hoy el general (R). “No recuerdo haber ido nunca a cenar a su casa, por ejemplo. Tampoco que Alberto haya venido con *Gelo* a la mía. A ella le decíamos así. Ella era muy buenamoza, una mujer muy agradable para conversar con ella”, dice Matthei. Si bien ella se sumaba a conversaciones más ocasionales en eventos protocolares de la base o, más tarde, en las ceremonias oficiales de la FACH, *Gelo* también logró entender por qué su marido tenía tan buena relación con Matthei. “Yo lo estimaba mucho a Matthei y compartía mucho de sus conversaciones de literatura y música con mi esposo”, recordaría ella con los años. Pero los amigos eran ellos dos: “Alberto y yo”, dice Matthei.

La simpatía y belleza de *Gelo* es recordada así por su hija Michelle: “Mi padre adoraba a mi madre. Ella era tan buenamoza que concitaba la admiración de muchos hombres, y eso a mi padre le cargaba”[8].

Ángela Jeria, o *Gelo*, por su parte, intenta escapar del aislamiento de la base militar y consigue trabajo en el Centro Universitario Zona Norte de la Universidad de Chile. Hasta la ciudad de Antofagasta en 1958 se traslada a diario con su hijo mayor, Alberto. El niño de once años debe estudiar en el Liceo de Hombres de la ciudad, pues la escuela pública de la base, en ese entonces la N° 17 —hoy, Edda Cuneo Donaggio— es un establecimiento de segunda categoría; es decir, solo cubre hasta sexto de preparatoria (sexto básico de hoy).

Los escasos alumnos, además, se distribuyen en salas multinivel. Allí se matriculan los otros hijos de los oficiales amigos: Fernando Matthei Fornet de siete años y Michelle Bachelet Jeria de la misma edad. A Evelyn Matthei la inscriben en Kinder al cumplir los cinco años. “Ella se aburría y, por lo tanto, se iba a mi clase”, recuerda el hermano mayor de Evelyn.

El trabajo de Ángela —como Oficial de Presupuesto en la sede de la Universidad de Chile de Antofagasta— y los estudios de Alberto hijo, llevan a la pareja Bachelet-Jeria a decidir que al año siguiente —1959—, la familia se irá a vivir a Antofagasta, cerca del mar. Para eso arrendarían una casa en la ciudad y así solo el oficial tendría que hacer el recorrido de 26 kilómetros por una ruta apenas asfaltada entre Cerro Moreno y la capital regional.

Mientras aún están en la villa aérea, las casas de ambas familias —la 13 y la 4— se ubican al inicio de una vía larga sin pavimento. Enfrente una de otra. Ángela Jeria recuerda a las niñas de pelo claro correr por la calle juntas y compartir paseos en bicicleta. Hasta hoy, la madre de Bachelet rememora a Evelyn como una niña pequeñita y menuda. El plomero de la base, Osvaldo Vergara, la describe como "un bólido rubio".

A Michelle la evocan como una niña "risueña, fantasiosa y buena para hacer las tareas", según señala su ex compañera de curso Cynthia Vergara, hija del plomero. "Le decía pata de pollo porque era flaquita y se vivía tropezando con sus piernas largas"[9].

La vida de los niños en la base era bastante comunitaria y sin distinciones de rangos militares. Hijos de oficiales y suboficiales se reunían en la escuela y en la calle. Florencia Iglesias (61) fue contemporánea de Michelle Bachelet y Evelyn Matthei, su padre era un suboficial al mando directo del capitán Matthei. Ella recuerda así esos días de 1958: "(Los niños) nos entreteníamos haciendo 'huellitas' en la arena, lanzando bolitas o saliendo de excursión (en el colegio), éramos mitad niños y mitad niñas, y también venían los hijos de oficiales. Todos compartíamos como iguales"[10].

En parte por su formación de masón y en parte por su espíritu sociable, Alberto Bachelet era de la idea de que los uniformados debían relacionarse más con los civiles. Así aparecen los bingos de Cerro Moreno a los que invita a las familias de los uniformados y a algunas autoridades de Antofagasta. Como buen oficial de finanzas, Bachelet se encarga de hacer un presupuesto, fijar el valor de las entradas para así financiar los premios y el evento, y ordenar la compra de los premios que se iban a buscar al entonces puerto libre de Arica. Para hacer esas compras, suma a su amigo Matthei, quien es, justamente, el encargado de la planificación de vuelos. "Más de una vez, fui yo de piloto hasta Arica", recuerda Matthei. Al llegar la mercadería, Bachelet revisa la carga y reparte las entradas.

Matthei señala que una vez él y Elda no pudieron asistir al evento. "Le regalamos nuestros números a Ángela y con estos ella ganó unos vasos whiskeros. *Gelo* nos los llevó a nuestra casa e insistió en que eran nuestros".

En 1960, Fernando Matthei es trasladado a Santiago, ascendido a comandante de escuadrilla y enviado a la Escuela de Aviación, en la comuna de El Bosque. Los Bachelet Jeria también dejan Antofagasta ese año y son destinados a Santiago.

Las familias no volverían a coincidir nunca más en una villa militar, pero quienes conocen ese mundo dicen que de ese ambiente es difícil abstraerse, que quienes se crían en esos espacios quedan con una impronta de la Fuerza Aérea.

Las hijas de ambos generales no son la excepción.

El capitán (R) Raúl Vergara, quien fuera en 1973 compañero de celda de Alberto Bachelet y subsecretario de la Aviación en el gobierno de su hija Michelle, explica: “Ellas nacieron en el mundo militar, hay una impronta que te marca, una manera de mirar las cosas, una base común de responsabilidad y disciplina que inculcan las familias militares”.

La propia Evelyn Matthei lo reconoce: “La Fuerza Aérea es pequeña, y se da algo que no se da en ninguna otra rama. Existe un espíritu más abierto, más de equidad, sin tanto protocolo”.

Carlos Ominami, quien conoció a Michelle Bachelet de joven por la amistad de sus padres, resume así la marca que dejó en ella este mundo: “Es como un sistema Fuerza Aérea. En ese sentido, Michelle se siente parte del mundo militar, como yo. Le gustan los temas de defensa. Eso genera un cierto universo de orden. Hay rigor para hacer las cosas, disciplina”[11].

Más allá de la impronta azul, el período que ambas familias estuvieron en Cerro Moreno generó un lazo de amistad entre los padres de Michelle y Evelyn, que con el tiempo se profundizaría, sería tensionado por la convulsión política de Chile y dieciséis años después sería puesto a prueba con la detención y tortura de Bachelet. La encrucijada moral que Matthei enfrentó en ese momento le pena hasta hoy.

CAPÍTULO 2

EL GENERAL TIENE UNA HIJA SOCIALISTA

Él, Alberto, le decía Mica a su única hija.

Ella, Michelle, lo llamaba Pap.

> *29 de septiembre de 1973.*
> *Mica,*
> *No te podré cantar el 'Feliz cumpleaños'.*
> *No te podré abrazar, besar ni entregarte algún regalo.*
> *No te podré invitar a comer donde los chinos.*
> *Pero te deseo un montón de felicidades,*
> *otro montón de abrazos y besos en tu cumpleaños,*
> *con el cariño y amor de tu padre,*
> *que siempre te recuerda, esté donde esté.*[12]

Ni siquiera detenido, Alberto Bachelet dejó de preocuparse de su hija que acaba de cumplir 22 y ya milita en la Juventud Socialista.

A Alberto y Ángela siempre les gustó el nombre Michelle. Pero a fines de los 50, en Chile es común que a los recién nacidos se les inscriba con dos nombres. Ellos entonces eligen también Verónica.

—Pero Michelle Verónica no suena bien. Mejor Verónica Michelle —le dice la señora Bachelet a su marido. Él está de acuerdo.

Siempre se referirán a su hija por su segundo nombre, Michelle. Aunque le llaman *Mica*. También *Michi*.

Verónica Michelle Bachelet Jeria nace el 29 de septiembre de 1951. Es la segunda de los hijos del matrimonio. Ángela da a luz cuando la niña tiene apenas siete meses de gestación. Sufre prolapso uterino.

Alberto —*Betingo*, el primogénito— había nacido cinco años antes, el 13 de octubre de 1946. También prematuro, a las 36 semanas. Por mucho tiempo, la madre —para evitar habladurías— se encargará de aclarar que el pequeño nació diez meses después de su boda.

La niña Michelle nace en el hospital de Carabineros, ya que la FACH no tiene recinto propio. Debe permanecer su primer mes de vida en una incubadora.

El nacimiento prematuro de Michelle definirá la relación del padre con ella: siempre la cuidaría mucho y la intentaría proteger. Bachelet —como buen militar— es preocupado de la disciplina. Pero con sus niños es tierno y cariñoso, como con su esposa Ángela.

En la casa del paradero 28 de Gran Avenida —actual comuna de El Bosque —, la pequeña Michelle suele arrastrarse por el living y acercarse hasta donde su padre lee el diario. Él deja el periódico, la pone encima de su pecho y allí, acurrucada, Michelle se termina de tomar la mamadera.

No será casualidad, entonces, que muchos años después, el 27 de marzo de 2013, Michelle Bachelet escoja El Bosque para realizar el discurso donde anuncia su repostulación a La Moneda: “Mi casa todavía está en Los Morros, donde está el departamento de Salud Municipal”, dirá en esa oportunidad.

En las rutinas hogareñas de la familia, a comienzos de los 50, Alberto Bachelet prefiere ser él quien bañe a su hija. Lo mismo a su hijo mayor. Siempre tiene miedo de que a Ángela se le pueda caer alguno de los niños. En ocasiones, también cambia pañales.

Michelle es una niña tan rubia —y tiene el cuero cabelludo tan rosado—, que la gente increpa a Ángela. En una oportunidad, la familia está en la playa de Cahuil, al sur de Pichilemu, donde los había invitado su amigo, el escritor Manuel Rojas. Allí, una mujer le dice a Jeria:

—¿Para qué le tiñe el pelo a la niña?

La señora Bachelet no se asombra: a su propio padre, Máximo Jeria, le decían “chanchito” cuando era chico, porque tenía el pelo rubio, crespo y la piel rosada.

Sus primeros nueve años de vida, Michelle los pasa en villas militares de Santiago, Quintero y Antofagasta. “Yo nací en un mundo militar, viví en un mundo militar, viví toda mi vida en unidades militares. Mis tíos sociales eran los militares. Mis amigos eran los hijos de los militares”, recordaba ella hace años[13].

Sus juegos también tenían que ver con la Fuerza Aérea: se entretiene con los paracaídas que encuentra botados en las bases. Su hermano Alberto, vestido con la camisa con presillas de su padre, le da órdenes y la niña le obedece, un poco a contrapelo.

Ella, en todo caso, admira a su hermano. Él la cuida. Mientras viven en Quintero, la madre no siempre puede acompañarlos a la playa porque trabaja fuera de la casa y Alberto hijo, que ama nadar, prefiere quedarse en la orilla vigilando a la niñita.

Siempre en las reuniones familiares les piden a los dos hermanos Bachelet Jeria que hagan alguno de sus shows. Ella tiene mejor oído y canta. Él toca mejor la guitarra. Cuando la fiesta se acaba, ambos les confiesan a sus padres que les aburre hacer todas las veces el mismo espectáculo.

Michelle se siente segura y protegida durante su infancia. En ocasiones, cuando sus padres viajan —ellos nunca descuidaron su vida en pareja—, la niña se pregunta: “¿Estarán bien sin mí?”[14]. Solo se tranquiliza cuando regresan a la casa.

Esa sensación de seguridad la siente incluso en medio de las catástrofes. El domingo 22 de mayo de 1960, a las 15:11 horas, se produce el terremoto de Valdivia, que afectó gran parte del centro y el sur de Chile. El militar, su esposa y los dos niños apagan la luz, se sientan en el living de su casa y escuchan las noticias por la radio. Luego, el padre pone música clásica —que le encanta— para calmar a la prole. La terapia tiene éxito.

Los veranos son una época muy feliz para los Bachelet. Los cuatro salen a acampar a orillas de los lagos del sur, siempre a lugares vírgenes. Todos los años conocen sitios distintos: Puyehue, Fuy, Panguipulli, Calafquén y Ranco.

En estos viajes se trasladan en auto. Los vehículos de la familia siempre fueron viejos: tenían una antigüedad de ocho a diez años. Cuando llegaban a destino, muchas veces deben montarse ellos y el auto sobre balsas en las que cruzan los ríos del sur. Desconectados y contentos, a casi mil kilómetros de Santiago. Otras veces comparten esa sensación con amigos y otros familiares que se les unen en estos veraneos.

Hasta hoy, Michelle mantiene su refugio de descanso a pasos del lago Caburgua, en la IX Región. Incluso cuando estaba radicada en Nueva York —entre septiembre de 2010 y marzo de 2013— llegaba durante el verano a su cabaña. En febrero de 2012 llegó de incógnita al lugar, después de cruzar la frontera Argentina por el paso Mamuil Malal. En ese sitio —relajada— acostumbra bordar.

En los veranos junto a su familia, Michelle disfruta de la vida al aire libre. Su padre es amante de las caminatas y organiza excursiones que duran horas. Alberto Bachelet es entusiasta y contagia su ímpetu al grupo. Los niños usan bastones para explorar. La hija menor siempre se muestra dispuesta a todo, pese a ser la más pequeña. “Se debía un poco a la formación que le daba el tío”, recordaría Alicia Galdames Jeria, su prima materna[15].

Alberto Bachelet Martínez era el tercero de cuatro hermanos que fueron criados en la Viña Santa Margarita, en Gran Avenida, propiedad de su familia paterna que, como descendiente de franceses, se dedica a la vitivinicultura. Un personaje de ese clan familiar es la abuela Luisa Brandt, de origen suizo y a quien todos llaman *Mimí*. Ella impone una rígida crianza, pero Alberto es inquieto y revoltoso. Siempre está sobre los árboles y los techos de la viña. La situación económica no era mala, pero según cuenta Vivienne Bachelet —sobrina de Alberto, hija de su hermano menor, Fernando— “la *Mimí* se gastó la fortuna en juegos de azar”. Lo hizo en un casino del balneario de Zapallar.

Cuando Alberto aún no cumple los doce años, su madre —Mercedes Martínez— deja la casa de su marido, Alfredo Bachelet. Se enamoró de Carlos Puga, que llegó a ser general de Aviación, de quien había sido novia en su juventud en Concepción. Antes de que su hermana mayor, Graciela Martínez —quien se había quedado a cargo de ella, luego de la muerte de ambos padres—, decidiera que Mercedes debía casarse joven y con Alfredo Bachelet.

Vivienne Bachelet cuenta que la señora Martínez, tras dejar la casa de su marido, solo se llevó con ella al menor de los hijos. Los tres mayores —Alicia, Liliana y Alberto— quedaron en la Viña Santa Margarita. “Su nombre y el de su nueva pareja estarán prohibidos en la casa familiar. Después de un tiempo hay un juicio de tuición y Fernando, mi padre, volverá a la casa de los Bachelet”, cuenta Vivienne.

Con su nuevo esposo, Mercedes Martínez tiene tres hijos más. “Mi mamá fue una revolucionaria para su época. Bachelet era dominante, fregado”, cuenta uno de esos hijos, Alfredo Puga Martínez. La madre murió en enero de 1973, luego de sufrir un derrame cerebral el año anterior, justamente cuando su hijo Alberto ingresaba al Gobierno de Salvador Allende.

De adolescente, Alberto Bachelet Martínez quería hacer el servicio militar. El problema es que tenía solo dieciséis años, y se exigía como mínimo tener dos más. Entonces le adulteraron su carnet de identidad, sumándose edad, para cumplir el requisito. La gorra del uniforme le llegaba hasta la nariz. Luego, para postular a la FACH, lo ayudaría Carlos Puga, el segundo esposo de su madre. Eso habla de que la relación entre Mercedes Martínez y sus cuatro primeros hijos se recompuso sin problemas, según explica hoy Alfredo Puga. Al menos dos veces al mes, la señora juntaba a todos sus hijos en su casa de Antonio Varas para almorzar.

Cuando a Alberto Bachelet, ya adulto y miembro de la FACH, le toca ser padre, sobreprotegerá a sus niños y cuidará mucho a su esposa. En algunas ocasiones, en recepciones oficiales, los militares sacan a bailar a la señora Jeria. El militar es categórico: “Ella no sabe bailar”. A los pocos minutos es él quien toma la mano de su señora y la lleva a las pistas. A Ángela esa situación le da mucha vergüenza, pero con los años recordará con cariño la anécdota.

El uniformado cumple con sus hijos un papel formador y tiene especial interés porque sus niños sean persistentes. En la familia recordarán durante años que el militar les enseñaba a pararse frente al trampolín de las piscinas, vencer el miedo y lanzarse.

Así sería siempre en la relación con sus hijos: en toda circunstancia tenían que privilegiar el sentido del deber por sobre sus propias preferencias personales. Será una lección de fuego para su Michelle. En parte, lo aplicó en 2005 cuando, a los 53 años, aceptó ser candidata a la Presidencia sin tenerlo en sus planes.

Michelle, hasta hoy, ama nadar.

Camisa verde olivo

—Soy tu padre y lo digo así.

Es común que Alberto Bachelet remate de esa manera las discusiones que mantiene con Michelle, su hija adolescente.

—¡Aaajjjjj, atrás Satanás, nada de rigideces! ¡La razón triunfará sobre la sinrazón! —le contesta ella[16].

Michelle, desde pequeña, es una buena alumna. Lo fue en la primaria en Antofagasta y lo es también en el Liceo 1 en Santiago. Tiene, eso sí, una personalidad fuerte. La joven es diferente a su hermano Alberto, que siempre se caracterizó por ser sumiso y dócil. Ella, aunque también adora a su padre, lo rebate todo. Cuando la retan, pregunta: ¿por qué?

Pero Alberto Bachelet nunca deja de sobreproteger a su *Mica*.

El general —medio en broma, medio en serio— se encarga de espantar a los primeros pretendientes de la rubia y delgada Michelle. Les dice, como si nada, que es campeón de tiro al vuelo y luego les pide que la lleven de vuelta a la casa antes de medianoche. Los muchachos, para evitar enojos de este militar, la dejan en la puerta diez minutos antes de la hora acordada.

A Alberto no le gusta que su hija pase tanto tiempo fuera de casa en sus últimos años de liceo y en la Universidad. Para controlar su hora de regreso, decide instalar una campanilla en la puerta de entrada. En cuanto escucha el sonido del artefacto, Bachelet enciende la luz de su lámpara de noche y consulta el reloj.

Nunca, sin embargo, dejan de compartir actividades al aire libre y hobbies. El general ama la fotografía y en las excursiones hace posar a su esposa y a sus dos hijos. Pero cuando proyecta las imágenes en una máquina de diapositivas, la familia le reclama porque aparecen pequeñitos y el protagonismo se lo lleva el paisaje, los árboles y los pájaros.

Muchos años después, con su padre muerto, Michelle intentará retomar el hobbie que él le legó y se inscribirá en cursos de fotografía. El gusto por las imágenes también lo heredará la segunda hija de Michelle, Francisca Dávalos, nacida en 1984. La ex presidenta, sin embargo, evitará durante bastante tiempo ver las diapositivas que tomó su padre. Entre otras cosas, porque su hermano Alberto —antes de morir en 2001— regaló en algún momento la proyectora.

El sentido de la responsabilidad que le inculcó su padre hace que Michelle opte en 1970 por estudiar Medicina en la Universidad de Chile.

Bachelet le sugiere a su hija que siga esa carrera para cuidarlo. Dos años antes, después de un partido de básquetbol, el militar había sufrido un infarto cardíaco y tuvo que ser tratado en el hospital de la Fuerza Aérea. Su médico, Sergio Manubens, le recomienda realizar ejercicios y evitar presiones y angustias. Debe comenzar a tomar remedios de por vida. “Estuvo con licencia médica seis meses y fue tratado en el hospital de la FACH”, recordó Ángela Jeria en una declaración judicial el 5 de septiembre de 2012.

A Michelle le interesa la Sociología y la Veterinaria, pero sigue el consejo de su padre y se matricula en Medicina. El mismo año en que su madre —que luego de la enfermedad de su esposo había abandonado su trabajo— decide entrar a la carrera de Arqueología, también en la Universidad de Chile.

A los dieciocho años, convertida en universitaria, Michelle comienza a militar en la Juventud Socialista. Sus padres, desde las elecciones de 1958, siempre han votado por Salvador Allende.

Su hermano Alberto —que estudió Ingeniería en la Universidad de Chile y luego se especializó en computación— se había radicado un año antes, en 1969, en Australia. Se fue junto a su mujer y su hijo Christian. Allá nacerá el segundo, Andrè, a quien hasta hoy llaman Andrew. *Betingo*, a diferencia de su hermana, nunca militó.

La biografía de Bachelet —*Historia no oficial*— relata que Ángela es la primera en darse cuenta de que Michelle milita: la ve con la camisa verde olivo que en esos años usaba la Juventud Socialista. El general Bachelet no reacciona bien y expone su desacuerdo con Michelle. Termina, sin embargo, respetando la decisión de su hija. La joven evitará usar distintivos de su partido en la villa militar de Las Condes. No quiere provocarle problemas al general, que dentro de la FACH tiene fama de apoyar el régimen de la Unidad Popular.“La situación de América Latina era muy distinta, era la época de la revolución cubana, del Che Guevara. Entonces, era normal que hubiera agitación entre la juventud y a Alberto y a mí nos parecía importante que la juventud participara de la política contingente. Si realmente se quiere hacer cambios en un país, se tiene que estar participando. Yo no podía porque era mujer de uniformado y no lo habría hecho jamás, pero si Michelle quería hacerlo nos parecía muy bien”, señalará Ángela[17].

Pero, en esos años, el socialismo está convulsionado: en 1967 el PS se había convertido en una colectividad marxista-leninista, partidaria de desmantelar el sistema institucional burgués, sin descartar para ello la violencia.

El uniformado está preocupado por Michelle —como cuando era pequeña —, en medio de un ambiente político y social en ebullición: “Recuerdo que durante el período de Allende, habiendo toque de queda, mi marido nos decía que no fuéramos a llegar tarde, ya que un militar en toque de queda y con un arma se siente en guerra”, declaró Jeria ante la Comisión de Verdad y Reconciliación en 1990.

En enero de 1973, Salvador Allende nombra a Alberto Bachelet secretario de la Dirección Nacional de Abastecimiento y Comercialización (DINAC). La joven estudiante de Medicina, que se ha involucrado paulatinamente en el órgano partidario, habla con su padre de política y le expone su posición sobre lo que se debe hacer para paliar la falta de enseres en el país. El militar —que admira a su hija— la escucha con atención. Dialogan. Él le explica lo que sucede en el Gobierno de la UP.

Mensaje para Michelle: "Que estudie"

El 14 de septiembre de 1973, dos días después del golpe, comienza la etapa más compleja del general: lo detienen en su domicilio. Permanecerá desaparecido por un mes. Ni Ángela ni su hija saben de su paradero. Ambas están solas: sin el militar y sin *Betingo*, quien vive en Sidney.

Bachelet padre, cincuenta años, está preso en la base aérea de Colina y en la Academia de Guerra Aérea, desde donde se las ingenia para hacer llegar mensajes a su familia.

En una primera carta, fechada el mismo 14, pide ropa, útiles de aseo y sus remedios para el corazón. "Un largo abrazo, mami, y otro para Michelle", escribe en una pequeña hoja de papel cuadriculado.

En una segunda misiva, que data de alrededor del 21, le da instrucciones a su mujer respecto de diversos trámites. Nunca deja de mencionar a su hija: "Decirle a Michelle que lo más importante es que sea pronto una doctora excelente; dicho en otras palabras, que estudie".

La tercera nota es la que dedica a su niña por su cumpleaños 22. Esa que empieza:

> *"Mica,*
> *No te podré cantar el 'Feliz cumpleaños'…"*

Cuando escribe esa nota, el general Bachelet está aislado e incomunicado en el hospital de la FACH. Ha sido trasladado allí después de sufrir un preinfarto en las dependencias de la Academia de Guerra Aérea, donde fue torturado por sus propios compañeros de armas.

El general —vigilado por un centinela en el tercer piso del hospital— se las arregla para escribir esta pequeña carta y hacérsela llegar a su hija. Ella y su madre se enteran de su paradero, van a visitarlo, pero no les permiten verlo.

Michelle le escribe una nota al reverso de una tarjeta de visita del doctor Yuri, que todavía guarda su madre.

> *Querido Pap.*
> *No sabes cuánto me alegra recibir tu tarjeta, es el mejor regalo que podría haber recibido (gracias papito, mamita). Por si tú no sabes, me regalaste una blusa preciosa, además. Muchas gracias.*
> *Beto llamó por teléfono preguntando por todos nosotros.*
> *Cuídate mucho, hemos ido a verte, ojalá podamos verte luego; insisto, no te preocupes, estamos muy bien, sólo que echándote mucho de menos.*
> *Mejórate luego. Te queremos muchísimo.*
> *Michelle. Gelo.*[18]

Entre el 10 de octubre y el 18 de diciembre de 1973, el general Bachelet permanece con arresto domiciliario en su departamento de Vespucio. Fueron los últimos 68 días que Michelle vivió junto a su padre.

Bachelet es un hombre activo y apenas puede soportar esos dos meses sin salir de su casa. No solamente lo afecta el encierro y el miedo, sino, sobre todo, el abandono de sus compañeros de la FACH. Su esposa e hija lo ven inquieto y angustiado, pero el general trata de disimularlo haciendo gala de su buen humor y simpatía. "…Una de las sanciones más difíciles es la del arresto domiciliario, porque Ángela se ha preocupado de explotarme. Aprovechando el hecho de que recién nos cambiamos a nuestro actual domicilio, me ha hecho cambiar muebles, alfombras más alfombras, muebles, clavos. En realidad, como castigo, casi prefiero Colina o el Hospital de la Fuerza Aérea… es una broma".[19]

En esos tiempos, además de acomodar la casa, aprovecha de estudiar historia, escuchar música a gran volumen, ordenar papeles y cuentas, dejar instrucciones sobre lo que se debía hacer en caso de que las cosas empeoraran, escribir y estar con su hija Michelle.

La universitaria estudia en el living y su padre, aburrido, pega la nariz a los libros y le hace morisquetas para llamar su atención.

Ella, durante mucho tiempo, seguiría sintiendo la presencia de su padre cuando se sentaba a leer: “Era una conexión muy vívida con ese recuerdo, como que revivía la emoción de la sensación”[20].

El general recibe llamados telefónicos de amigos que le aconsejan irse de Chile. Bachelet tiene una oferta concreta para radicarse en Perú. El militar, sin embargo, se negó: pensó que salir del país era asumir una culpabilidad en el juicio de guerra que había abierto en su contra la Fuerza Aérea.

Esta decisión es respaldada por su hija. Con los años, sin embargo, Michelle cambió de opinión: “Me he preguntado muchas veces si no me equivoqué al aconsejarle eso. Tal vez, si le hubiera dicho que se fuera, yo habría tenido a mi papá más años y mis hijos habrían conocido a su abuelo. Pero, en ese momento, yo sentí que era lo correcto, porque él no había hecho nada malo”[21].

La joven, por su parte, tampoco quiere dejar el país. “En caso de salir al extranjero, desde luego lo haré con Ángela —contaba en esa época el general—. No puedo decir lo mismo respecto a Michelle, dado que ella desea terminar sus estudios de Medicina en Chile, salvo que algo muy positivo se presentara y pudiera terminar en el extranjero y que dicho título le permitiera posteriormente ejercer en Chile, pero eso está por verse”.

El 15 de octubre Michelle retoma sus estudios en Medicina. El general sigue preocupado porque la Universidad de Chile está intervenida por un fiscal que investiga las acciones políticas de los alumnos.

Sin conciencia de lo que ocurre en el país, Alberto Bachelet tiene planes: quiere montar un negocio en el área privada junto a su cuñado Osvaldo Croquevielle, quien se ha jubilado de la Fuerza Aérea.

Pero una semana antes de Navidad lo detienen por tercera y última vez. No volverá a su departamento ni a vivir con Ángela y Michelle.

“Mamá, perdóname, no puedo”

Entre el 11 de septiembre de 1973 y el 12 de marzo de 1974, fecha en que fallece el general Bachelet en la Cárcel Pública, el padre y la hija viven un capítulo intenso que marcará para siempre la vida de la socialista.

La noticia de esa muerte se la da su madre. Michelle, universitaria, está pasando visita a los pacientes de cirugía cuando de pronto ve a aparecer a Ángela Jeria en la sala. Sabe de inmediato que algo malo ha ocurrido. Lo ve en la cara de su madre.

—Alberto murió —le dice Ángela.

Michelle no puede ni quiere creerlo. Se abraza con su madre. Y así, una en brazos de la otra, lloran.

La muerte prematura de su padre y sus circunstancias han sido hasta ahora el episodio más doloroso y traumático de la vida de Michelle. Un golpe duro para una hija que siempre estuvo conectada con él. De su padre heredó el estudio, la disciplina y el sentido del deber. En lo físico, comparten la forma de la nariz y una rayita en el ojo cuando se ríe, algo muy propio del general. Pero las semejanzas son, sobre todo, de personalidad: "Era un hombre de excelente carácter: alegre, dicharachero, amigo de sus amigos, amigo de la vida al aire libre. Hacía excursionismo", recordó en 1988 el general Gustavo Leigh, su amigo de juventud y luego miembro de la Junta Militar.

Ángela Jeria y su hija Michelle llegan al Instituto Médico Legal a reconocer el cuerpo de Alberto, que ha muerto en la Cárcel Pública después de haber sido torturado en la Academia de Guerra Aérea. La joven de 22 años no es capaz de permanecer junto al cadáver de su padre, que un funcionario dejó en el suelo después de sacarlo de una cámara. Le da un beso y lo siente frío. Esa sensación —otra vez— la va a acompañar para toda la vida.

—Mamá, perdóname, no puedo.

Lo explicó Ángela Jeria en una declaración judicial de marzo de 2012: "(Esta) situación que no fue tolerada emocionalmente por mi hija Michelle, quien me señala que debido a lo doloroso que era para ella ese momento, no

estaba en condiciones emocionales de permanecer allí, afectándole de gran manera todo lo que estaba sucediendo”.

La viuda está un breve instante junto al cadáver su marido, le besa las manos y se retira de la pieza refrigerada del subterráneo. Nunca olvidará que él llevaba un *bluejeans*, unas sandalias que le encantaban y una camiseta celeste —ahora desteñida— que se había comprado en Estados Unidos.

Ángela y Michelle no lo sabían, pero esa historia aún no había terminado. Once meses después, ambas serían detenidas en Villa Grimaldi y Cuatro Álamos y saldrían juntas al exilio. Primero Australia, luego Alemania Oriental.

Cuando Michelle está en la RDA, la visita su novio Jaime López. Es un destacado dirigente socialista que se ha quedado en Chile de clandestino organizando la resistencia contra Augusto Pinochet.

El muchacho tiene miedo y le confiesa a su polola que existe el riesgo de que lo detengan si regresa a Santiago. Ella no lo duda y le dice que debe hacerlo. El ejemplo de su padre sigue vigente en esta muchacha de 25 años, que considera que el general murió por ser consecuente. “Yo de ti no espero menos”, le dice, animando a López a volver a Chile[22].

El joven lo hace. En junio de 1975 se pierde su rastro, después de ingresar al país de manera clandestina. En el PS existe la certeza de que, después de sufrir torturas, López comenzó a colaborar con la DINA y se convirtió en un traidor. “Cuando nosotros mentíamos en algo o decíamos algo que no correspondía, la gente decía: ‘Vamos a preguntarle al computador’. Y ese computador era Jaime López”, recuerda Gladys Cuevas, amiga de Michelle de la JS y detenida en Villa Grimaldi[23].

Michelle Bachelet, enamorada, no puede creer que se haya convertido en un delator. Su amiga Gladys Cuevas reflexiona: “Yo creo que lo que la prensa llama desconfianza (en Michelle) no es desconfianza. Es saber que las personas, por buenas que sean, pueden fallar”.

Por años a Bachelet le dará vuelta la frase que primero le dijo a su padre y más tarde a López, y que los impulsó a ambos cumplir con el deber. En el caso del general, permanecer en Chile. En el caso de López, regresar al país.

Tanto en su época de exilio, como en su posterior regreso a Chile y hasta en los primeros años de democracia, Michelle no quiso saber nada del mundo militar donde ella había crecido y cuyos códigos duran para siempre: “Con todo lo que me pasó, yo hice un cierre y no quise saber nada más y tuve un distanciamiento afectivo brutal”.

Pero poco a poco volverá a sus raíces:

En 1996 comienza sus cursos en la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (ANEPE), dependiente del Ministerio de Defensa.

En 1997 se traslada por un año a la Universidad Nacional de Defensa de Estados Unidos.

En 2002 se convierte en la primera ministra de Defensa mujer en América Latina.

En 2005, en su primera campaña presidencial, el historiador Alfredo Jocelyn-Holt la acusa en un foro de ser la candidata tapada de las Fuerzas Armadas.

Ella contesta dolida: “Lo que para ustedes yo soy, el poder fáctico disfrazado de progresista, para otra gente es la capacidad del país de reencontrarse (…) Yo no soy peyorativa ni soy descalificadora y no porque no tenga opiniones, sino que porque en mi convicción y en mi historia personal la intolerancia, la arrogancia, la descalificación de los otros nos llevó a lo que nos llevó y yo no lo voy a permitir. Y por lo tanto yo me niego a ese nivel de discusión con usted”. Se le ve visiblemente afectada, como pocas veces. Bachelet nunca llora, menos en público.

En 2006 se convierte en Presidenta de la República. En su primer discurso de mandataria electa, el 15 de enero de ese año, hace un homenaje a su padre:

“Pero hay alguien que estaría sin duda muy orgulloso en este momento. Un hombre al que quisiera poder abrazar esta noche, ese hombre es mi padre Alberto Bachelet Martínez, general de la Fuerza Aérea de Chile. Heredé de él su amor por Chile y por todos los chilenos, sin distinciones. Su admiración por la naturaleza formidable de nuestro país. Su abnegado sentido del servicio público. Su amor por el orden, su don de mando. Siento que de alguna manera inexplicable estoy cerca de él. Intuyo que todos los padres que están aquí, que todos los hombres que son padres y me escuchan, saben lo que es el amor y la lealtad de una hija”.

Hace pocos meses, el 30 de junio de 2013, le preguntaron a Michelle Bachelet:

—¿Qué milagro le gustaría presenciar?

—Volver a ver a alguien que murió y yo amé —respondió[24].

Ese día ganó con un 73,11% las primarias de la oposición para postular a su segundo período de Gobierno.

CAPÍTULO 3

EL CAPITÁN Y EL CORONEL

La amistad que nació en Cerro Moreno entre Alberto Bachelet y Fernando Matthei continúa en Santiago en los 60.

Los dos militares y sus familias son destinados a la capital después de la misión de dos años en Antofagasta, donde se convirtieron en entrañables compañeros. Y aunque nunca más vuelven a ser vecinos, la relación estrecha se mantiene. "Yo diría que junto al general Fernando Matthei, (Gustavo Leigh) era el mejor amigo de mi marido", recordaría Ángela Jeria casi cuatro décadas después[25].

A Matthei no le agrada el traslado. Nombrado comandante de escuadrilla y enviado a la Escuela de Aviación, añora la vida que tuvo en el norte: "Me vine bastante a disgusto, porque estaba muy feliz con el puesto que tenía en Antofagasta. Era el número dos o tres de la base desde el punto de vista operativo, de una gran base con casi cuarenta bombarderos"[26].

El capitán de 34 años arrienda una casa para vivir con su esposa y sus tres hijos. De propiedad de un comandante de la FACH, está en una pequeña calle llamada San Patricio, que da a la Gran Avenida. Justo frente al casino de la Escuela, donde trabaja. Es un barrio tranquilo y alejado del ruido de Santiago que a Matthei tanto le disgusta. La vivienda, sin embargo, queda retirada del Colegio Alemán, ubicado en estos años en la esquina de Antonio Varas con Eliodoro Yáñez, donde estudian Fernando (8) y Evelyn (6).

Matthei era ex alumno del establecimiento, pero su esposa, Elda Fornet, es la gran promotora de que los niños ingresen a ese colegio. Ambos hablan con el director y consiguen que los dos mayores sean becados. El pequeño Fernando, que ingresa en tercero básico, durante seis meses llega a llorar a

la casa porque no logra entender el alemán. Evelyn se acostumbra de inmediato, pues entra en primero.

No tienen una buena situación económica, como todos los militares en los 60. Evelyn, siendo una adulta, todavía recordará a su madre sollozar de rabia porque no alcanzaba el sueldo para llegar a fin de mes. “Cuántas veces Elda me dijo: ‘Fernando, el chofer de taxi gana más. Retírate’. Y yo le decía: ‘No, tú te casaste con un aviador y ahora te aguantas’. El peor tiempo fue el gobierno de Jorge Alessandri”, recuerda el ex militar de 88 años.

El presupuesto empeora aun más con un episodio complejo que marca para siempre la historia de esta familia.

El mismo año que los Matthei Fornet aterrizan en Santiago, los médicos descubren que Robert, de 4 años, sufre de cáncer. El más pequeño de la familia tiene un tumor de Wilms en el riñón, considerado mortal, por lo que en una compleja operación le extirpan el órgano. Elda Fornet, que se siente aterrada por los procedimientos clínicos, es incapaz de acompañar a Robert a los tratamientos. Por esa razón, en los meses sucesivos, el capitán será el encargado de llevar a su hijo menor a las sesiones de radioterapia y a las transfusiones de sangre directa, donde el mismo Matthei será el donante de su hijo.

El diagnóstico es demoledor: los doctores pronostican que el niño vivirá como máximo seis meses. Los padres optan por no revelar la gravedad de la enfermedad al resto de sus hijos. Eran también muy pequeños. En la casa de calle San Patricio no se escucha la palabra cáncer. “Fue duro, porque yo me daba cuenta que mi hermano estaba súper grave, y que mi papá lo acompañaba a sus transfusiones (…) Te dabas cuenta que había tensión en la casa; sin embargo, yo no recuerdo tristeza. No recuerdo peleas entre mis padres, ni entre nosotros los tres hermanos mayores. No recuerdo nada que tú digas: ‘Me hizo daño en el alma’”[27].

Contra todos los augurios, Robert sobrevive, crece y años más tarde se transforma en médico. Fernando Matthei recuerda: “El propio Robert cuando estudiaba Medicina, me dijo: ‘Oye papá, lo que yo tuve fue un tumor ¿cierto?’. No se hablaba del tema”.

Mucho tiempo después, en 1986, Robert Matthei se casó con Carmen Schacht y tuvieron tres hijos. Pero sufrió una muerte prematura: ese "chiquillo brillante, alegre, cariñoso", como dice su padre, murió en enero de 1997 de cáncer. Tenía cuarenta años. Hasta hoy, su hermana Evelyn llora cada vez que habla de él.

Alberto Bachelet y su esposa Ángela se enteran del drama que vive su amigo Fernando cuando la enfermedad del niño está en su punto de mayor complejidad. Programan una visita a su residencia de calle San Patricio. Ella recuerda que observó al pequeño Robert —acostado en su camita—, y mientras pensaba en la espantosa situación en que se encontraban los Matthei Fornet.

Casi medio siglo después —en 2001— la propia Ángela Jeria viviría el horror de perder a un hijo: Alberto —*Betingo*— muere en Estados Unidos a los 54 años, producto de un infarto cardíaco.

Dejó dos hijos. Christian, que nació en 1968, hoy vive en Fort Collins, Colorado, y estudió Historia y Ciencias Políticas en la Universidad de Berkeley. Se dedica a los negocios inmobiliarios. Andrè (1970), el menor, se graduó de profesor de Educación Física, también en Berkeley. Hoy vive en Denver.

Como su abuelo, han sido grandes deportistas. Los dos se dedicaron al rugby.

De Nueva York a Santiago en barco

Los Bachelet Jeria viven en 1961 en un departamento de Alameda con calle Prat, en el centro de Santiago. El uniformado tiene 38 años y su esposa Ángela, 35. Alberto hijo tiene catorce y Michelle cinco menos, nueve. La niña es una excelente alumna y una gran lectora. Le fascina *La cabaña del tío Tom*. Inspirada en otro libro sueña con ser misionera en África.

La familia alcanza a estar dos años en la capital antes de que Bachelet fuera destinado a una nueva misión. El presidente Jorge Alessandri en 1962 lo nombra agregado militar en la embajada de Chile en Washington D.C., Estados Unidos. Poco antes de viajar, acorde a la costumbre dentro de la

FACH, escoge a un apoderado para que se haga cargo de sus asuntos comerciales en Chile. El elegido es un hombre de su total confianza: su amigo Fernando Matthei.

El acto de fe se replicará a comienzos de los 70 cuando Bachelet vende su casa de calle Domingo Bondi y compra dos departamentos en Américo Vespucio con Apoquindo, donde todavía vive su viuda. En la escritura había una cláusula de arbitraje en caso de cualquier dificultad, y el general de finanzas puso el nombre de Matthei en el casillero, sin siquiera advertirle. "Hace unos cuatro años, cuando surgió un problema y hubo que revisar el contrato, Ángela Jeria se dio cuenta de que el árbitro era ¡Fernando Matthei! ¡Él me había nombrado árbitro en la compra de su departamento! Me sentí honrado", recordó el ex comandante en jefe de la FACH en 2009.

Durante casi dos años, hasta fines de 1963, los Bachelet Jeria viven en Bethesda, un suburbio de Maryland. Residen en un edificio donde también han llegado otras cuatro familias de oficiales chilenos, por lo que acostumbran a hablar en castellano.

Betingo ha dejado en Santiago su sueño de ser piloto. Estudiaba en la Escuela de Aviación y le descubrieron astigmatismo, por lo que se decide a abandonar la FACH. En Estados Unidos estudiará casi dos años de secundaria y, una vez de regreso en Chile, se graduará en el Instituto Nacional.

Michelle asiste a la Western Junior High School. Los primeros seis meses no son fáciles para la niña, que no entiende inglés y llora de impotencia en la intimidad de su casa. Pero poco a poco se adapta y comienza a comprender el idioma. Logra hablarlo y escribirlo con fluidez y servirá de traductora a su papá y a su mamá, que manejaba un inglés muy limitado que aprendió en el Liceo 2 de Aplicación de Santiago, y luego en el Liceo de Temuco.

Junto a su familia Michelle emprende viajes por Estados Unidos y Canadá que la marcarán para siempre, donde visita lugares como las Cataratas del Niágara y Rehoboth Beach[28]. Los fines de semana acostumbran a realizar expediciones y picnic a los bosques norteamericanos, intentando replicar su vida en Chile. Se alojan en moteles.

En ocasiones, Michelle se aburre:

—Pero mira qué maravillosos esos árboles amarillos, rojos… —la entusiasma su padre.

—Sí, sí… —contesta la niña poco convencida—. Hay muchos árboles amarillos y rojos.

El militar toma cerca de dos mil diapositivas en esos viajes.

La preadolescente no había vivido fuera de Chile y esos años fueron cruciales en su formación. Michelle no solo aprende inglés. Entre los diez y once años se sorprende con la segregación racial en Estados Unidos y el debate sobre la Guerra de Vietnam. La estancia en Maryland también influirá en sus gustos por el folk, el pop y por artistas estadounidenses como Bob Dylan y Joan Baez. “Las semillas de sus ideales fueron plantadas en este período”, comentó su prima Alicia Galdames en una entrevista concedida en 2006 para el documental de María Elena Wood.

El 22 de noviembre de 1963 sorprende a los Bachelet Jeria cruzando el canal de Panamá. Han optado por regresar a Chile en un barco de la Pacific Steal Navegation Company que tomaron en Nueva York. La noticia del asesinato de John F. Kennedy sorprende a la escueta tripulación, compuesta por otros cuatro pasajeros. También a la pequeña Michelle, de doce años, que observa impresionada cómo una muchacha estadounidense llora sin consuelo.

El viaje dura veinte días y hacen escala en Ecuador y en Perú. Los padres quieren que sus hijos conozcan la experiencia de trasladarse en barco y que visiten por primera vez Lima, una ciudad donde Ángela vivió antes de casarse.

Habían partido desde el puerto de Nueva York, donde 47 años después —en 2010— Michelle se radicaría como secretaria ejecutiva de ONU Mujeres.

El Colegio Alemán

En 1961 los Matthei Fornet alquilan una nueva casa. Esta vez es un chalet de calle Schiller, en La Reina, muy cerca del actual Parque Intercomunal. Pese a las apreturas económicas, ese año logran cambiar *El Lechuga*, gracias a una herencia, y compran un Volkswagen del año 1957. En ese auto el capitán lleva a los niños al colegio. Su esposa se hace cargo de las labores domésticas. Todas las mañanas el militar es el primero en levantarse. Mientras los niños hacen las camas y esperan su turno para entrar al baño, él se encarga de preparar el desayuno.

Hasta esa casa en calle Schiller llega también el piano que los Matthei-Fornet arrendaron para su hija Evelyn. La niña ha comenzado a tomar clases con Lourdes Ruzca, una boliviana de ascendencia húngara que vivía con su madre en el centro de Santiago. Para orgullo de Elda, la niña demuestra talento y aplicación. “Era una mujer preciosa, muy linda de cara, muy encantadora. Entonces, yo, claro, me enamoré del piano al escucharla tocar”, recuerda Evelyn Matthei.

Cuando Lourdes se va del país, Evelyn ya está en condiciones de postular al Conservatorio de Música. Cuatro veces a la semana, su madre la trae en micro hasta calle Compañía, en el centro de Santiago. A los trece años, Evelyn ingresa a la Escuela Moderna de Música, donde se le abre un mundo. Elena Waiss, directora del lugar y una de sus maestras, la incentiva a “leer a Virginia Woolf y me empujaba a que mirara también la cultura más moderna, más contemporánea”. El lugar fascina a la adolescente: “Conocí a gente interesantísima, todos estaban por el amor a la música o a la danza”. En los pasillos ella conoce al hoy director de orquesta Max Valdés, hijo del fallecido canciller democratacristiano Gabriel Valdés. Al igual que como había sido en el inicio con el Colegio Alemán, Evelyn Matthei consigue estar becada en la escuela de música, después de participar en las audiciones que Elena Waiss organiza cada tres meses. A los catorce años gana una competencia nacional.

La pasión con las clases de piano, que a ratos sería más intensa y en otros más laxa, continuaría hasta 1975.

En el Colegio Alemán, Evelyn Matthei era conocida como la niña que tocaba el piano en las presentaciones y galas de fin de año. Incluso su futuro marido, Jorge Desormeaux, quien era tres años mayor y estaba en el mismo

establecimiento, guardará la imagen de la rubia niña al piano. Para Evelyn no era fácil enfrentar al masivo público escolar, y cuando tenía que subir al escenario le tiritaban las rodillas. Eso le complicaba el uso de los pedales al ejecutar una melodía. Hasta que su madre le enseñó unas simples técnicas de relajación y control de la respiración que, según cuenta Matthei, le han servido de por vida.

En sus años en el establecimiento alemán, Evelyn, al igual que sus hermanos Fernando y Robert, serán alumnos de primer puesto. Ella terminará la enseñanza media en 1971 con nota 6,9 de promedio.

El año 1964 será un año negro para Fernando Matthei: en junio muere Luise, su madre, y el propio capitán sufre una úlcera perforada en el estómago. La enfermedad le provoca una hemorragia intestinal que lo mantiene cerca de dos meses con licencia médica. En esa misma época, Evelyn comienza a sentir cierto malestar. A la niña de diez años se le diagnostica un reumatismo que la deja dos meses en cama y le impide seguir compitiendo en atletismo.

Al año siguiente todo cambiará para la familia MattheiFornet. Así como los Bachelet son destinados por un año y medio en EE.UU., ellos se van a Montgomery, Alabama, a la Universidad del Aire de Maxwell. Allí, Fernando Matthei obtiene calificaciones distinguidas y la familia vive, por primera vez, en un ambiente de holgura económica. Allá, Evelyn seguirá con las clases de piano. “Tuve una profesora argentina, que era un encanto, y yo practicaba por una hora antes de irme al colegio y, por otras dos, después de clases”, recuerda.

Antes de viajar junto a su esposa Elda y sus cinco hijos —Hedy había nacido en 1961 y Víctor en 1963— el capitán Matthei también escoge a un amigo de confianza para que se haga cargo de sus asuntos comerciales: Alberto Bachelet Martínez.

Liceo 1 y *Las Hechizadas*

Michelle ingresa en 1964 al Liceo 1 de Niñas, donde cursará toda su enseñanza secundaria. Es un establecimiento público de gran prestigio,

ubicado en pleno centro, similar al Internado Nacional Barros Arana (INBA) donde había estudiado su padre.

La rubia Bachelet es una alumna aplicada y popular. “De personalidad fuerte y definida, adaptada al curso y al colegio, respetuosa, excelente compañera, presidenta de su curso, ha dejado muy bien puesto el nombre del liceo. Posee condiciones para triunfar en sus aspiraciones; además de inteligencia, tiene interés por superar dificultades, desplegando esfuerzo y perseverancia”, escribe la profesora Isabel Arellano sobre su alumna en 1969, cuando Verónica Michelle egresa del colegio donde jamás tomó el electivo “Educación para el hogar”. Ese año, cuando cursó Sexto de Humanidades, obtuvo un promedio general de 6,6[29].

Es seleccionada de vóleibol, pero antes que los deportes —que nunca iba a practicar de forma periódica, salvo la natación— prefiere la música y el teatro.

Junto a cuatro compañeras fundan un conjunto donde, entre otras versiones, interpretan temas de The Beatles, su banda favorita. La agrupación, recordada por los nombres *Las Hechizadas* y *Clap Clap*, se presenta en festivales de otros colegios y acostumbra a ensayar en el patio embaldosado del liceo. En ese grupo —donde Michelle toca la guitarra que siempre carga en el hombro— también estaba Mariana Venegas, que hasta hoy se desempeña como cantautora en Francia. Es conocida con el nombre de Mariana Montalvo y cada vez que viene a Santiago visita a su ex compañera de banda.

La hija del general Bachelet adora el cuarteto de Liverpool y, en especial, a Paul McCartney. Su nivel de fanatismo por el grupo lo refleja una anécdota que una de sus compañeras de curso recordó en 2004. Sucedió en una clase de castellano. Todas las alumnas debían llevar una fotografía de algún familiar y relatar una de sus historias. Michelle olvidó la tarea y, pese a que hurgaba en su bolsón, no aparecía ninguna imagen. Hasta que le tocó su turno y, entonces, sucedió un milagro.

—A ver, señorita Bachelet, ¿qué nos trajo usted? —preguntó la profesora.

Sin inmutarse, Michelle mostró una fotografía de un joven de pelo largo que guardaba en uno de sus cuadernos. Y explicó: “Es mi primo que vive fuera de Chile y que tiene un grupo musical. Se llama Ringo. Ringo Bachelet”.

Mucho tiempo después Bachelet se encontró con su profesora de castellano en una tienda. A esas alturas la imagen de cada uno de los integrantes de The Beatles era conocida por todo el mundo. Cuando se despedían, la anciana le dijo: “Pucha que es famoso su primo, señorita Bachelet”. Y le guiñó un ojo[30].

A Verónica Michelle también le gusta mucho la actuación y participa de un grupo que integran otras alumnas de su liceo y estudiantes del Nacional. En ese taller conoce a los institutanos Marco Antonio de la Parra, que se transformó en un reconocido dramaturgo, y a Servet Martínez, Premio Nacional de Ciencias Exactas 1993. La joven protagoniza la obra *Angélica en el umbral del cielo*, del español Eduardo Blanco Amor, que se estrena en uno de los salones de la Biblioteca Nacional a fines de 1968.

La rubia de pelo largo era popular y tenía muchos pretendientes: “Era una chiquilla flaca y atractiva”, recuerda Fernando Matthei Fornet, su ex compañero de curso en Cerro Moreno, que la volvió a ver por esa época.

En su casa se hablaba de contingencia y la joven tenía pensamiento político. Como presidenta de curso fue escogida para participar en un foro de la revista *Ercilla* en agosto de 1969: “A la URSS le falta algo fundamental para ser democracia: libertad. No se puede expresar algo contrario al régimen”, escribió poco antes de cumplir los dieciocho años. Michelle, sin embargo, no se vinculó a ninguna agrupación en su época de secundaria. Recién al año siguiente, en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, comenzaría a militar en la Juventud Socialista.

Verónica Michelle era sobre todo una hippie mientras estaba en el Liceo 1. Usaba vestidos con flores, chalas y collares de mostacilla como los de Janis Joplin. Se emocionaba con la película Busco mi destino, que cuenta la historia de dos jóvenes que cruzan Estados Unidos para asistir a un carnaval. “No llegué a ser una hippie total, porque siendo hija de militar era

difícil. Vivía con mis papás, era buena alumna, era responsable, llegaba a la hora, pero mis valores eran los de una hippie", recordará Bachelet[31].

La muchacha rinde con éxito la Prueba de Aptitud Académica, un sistema de selección que había debutado dos años antes. Obtuvo 712 puntos en Verbal, 707 en Matemáticas y 808 por las calificaciones. Y, aunque todavía no se decide entre Veterinaria, Sociología o Medicina, opta por esta última carrera.

Ella sabe que su padre quiere que se convierta en médico. También influye la visita que realiza a la Posta acompañando a un pololo que tiene que esperar horas hasta que le sacan una muela. Lo que ella vio ahí la hizo pensar que debía hacer algo para que la situación cambiara.

Los dos olivos y el cerezo en flor

La familia Bachelet tiene varios olivos de Bohemia en el patio de la casa de calle Domingo Bondi, donde viven a fines de los 60. Fernando Matthei, que había regresado de Estados Unidos en 1966, los admira cada vez que va hasta esa casa de Las Condes para visitar a su amigo y a su esposa Ángela, que también participa de las tertulias de los uniformados. La considera una mujer buenamoza y de conversación interesante.

Alberto Bachelet se acordó de este detalle en 1967, cuando su amigo terminó la construcción de su vivienda en Las Condes. Llegó con dos olivos pequeñitos y un ciruelo en flor, de regalo. Los plantaron juntos frente al living, mirando al norte para que les llegara el sol. Los olivos siguen hoy en el mismo lugar y miden unos dos metros y medio. La casa, eso sí, cambió de dueño: desde los 80 pertenece a su hija Evelyn, que no se ha movido de este sitio. Sus tres hijos, Jorge, Roberto y Antonia Desormeaux, jugaron bajo esos árboles.

Muchas veces los olivos han estado a punto de morir y vuelven a aflorar. "Nunca hemos querido modificarlos", recordó en agosto el esposo de Evelyn Matthei, el economista Jorge Desormeaux[32]. "Son muy bonitos cuando las hojas aparecen. Muchas veces estamos comiendo y vienen

pajaritos y con un papel los alejamos. Con la historia que tienen, ¿cómo no los vamos a querer?”.

El comandante Matthei es profesor de la Academia de Guerra en 1969, donde dicta el curso táctico de pilotos para aviones Hawker Hunter. Bachelet, jefe de Finanzas de la FACH, un cargo que lo hace conocido y querido dentro de la institución: se encargaba hasta de los préstamos a los miembros de la Fuerza Aérea. Tiene dos grados más que su amigo y tiene una oficina en el Ministerio de Defensa, en calle Zenteno. Allí recibe a Matthei para charlar como lo hacían en los años de Cerro Moreno, cuando hablaban de cultura, de filosofía y del destino de Chile.

En las conversaciones en el norte a fines de los 50, ambos consideraban que el Estado debía cumplir un papel crucial y ninguno se sentía de derecha, como casi ningún miembro de la FACH. En esa época Chile estaba muy atrás en el desarrollo y ambos militares conversaban, preocupados, que no era posible que el cobre fuese la única fuente de ingresos en el país. Pero cuando Matthei hablaba de socialismo imaginaba el modelo sueco. Bachelet, en cambio, miraba con atención ciertos procesos como la Revolución cubana.

Chile había cambiado en una década y el ambiente poco a poco se comienza a crispar. Por eso, en aquellos encuentros de fines de los 60, los dos militares hablan casi exclusivamente de contingencia. Abiertamente, como lo recuerda a sus 88 años el general (R) Matthei: “Alberto Bachelet era el único con el que yo hablaba de política. Con ningún otro general, pensando que yo era comandante no más, iba yo a hablar de esos temas. Con él tenía esa confianza”.

El ambiente al interior de las Fuerzas Armadas estaba tenso en la segunda mitad de los sesenta. El movimiento que el general de Ejército Roberto Viaux formó al interior de su institución, capitalizando el malestar por los bajos sueldos, también llegó a sentirse al Grupo N° 7 de Cerrillos, que comandaba Matthei. A principios de octubre de 1969, Matthei fue visitado por un oficial que conoció en un viaje a Estados Unidos. “Este oficial me contó que al interior de las Fuerzas Armadas se estaba organizando un movimiento liderado por un general de Ejército, cuyo objetivo era solucionar nuestros problemas institucionales y económicos. Después dijo

que me traía un mensaje y me preguntó si estaba dispuesto a unirme a ese movimiento en la Fuerza Aérea, pues la oficialidad joven confiaba en los generales”. Matthei respondió: “Mira, te voy a hacer un tremendo favor. Olvidemos esta conversación, porque no me gustaría tener que dar cuenta de ella mañana”.[33]

El ex comandante en jefe recuerda hoy que la molestia de los pilotos de combate por los bajos sueldos y el mal abastecimiento en el país era comprensible, pero él no aceptaría que sus oficiales se tomaran los aviones ni la base para canalizar ese reclamo. Tampoco le gustaba esa rebeldía que recorría las filas. “Cuando yo me hice cargo del Grupo N° 7, todos los oficiales —en apoyo al comandante anterior— pidieron su traslado o retiro. Para mí esa conducta es inaceptable en las FF.AA., esto no es un sindicato, ni un partido político”.

Unas semanas después, Matthei recibió otro recado, esta vez del *Rucio* Torres, uno de sus instructores de los Hawker Hunter, para invitarlo a una reunión con el suegro de Viaux. “Después de hacerme llegar los saludos del general Viaux, el coronel Igualt (quien encabezaba la reunión) expresó que en ese momento se había presentado una excelente oportunidad para que las Fuerzas Armadas arreglaran la situación del país, que estaba al borde de caer en el comunismo, y para solucionar los graves problemas económicos que estaban viviendo”. Matthei contrapreguntó: “Quiero que me explique si se trata de arreglar el país o de arreglar la situación económica de las Fuerzas Armadas, porque ambas cosas son distintas. No se pueden juntar”. Le respondieron que todo. El teniente coronel cerró entonces la reunión así: “Envíenle mis respetuosos saludos al general Viaux y espero que no se hagan ilusiones falsas. No importa que todos mis oficiales estén comprometidos en este movimiento, porque el Grupo N° 7 lo mando yo, y les garantizo que no va a participar en esto”[34]. Así, Viaux se quedó sin el respaldo de quien comandaba los aviones Hawker Hunter.

No sería la última vez que Matthei debería enfrentar las presiones de quienes apoyaban al general de Ejército. Cuando Viaux se acuarteló en el Regimiento Tacna la madrugada del 21 de octubre de 1969, el comandante del Grupo N° 7 pasó la noche en su guarnición. Esa noche, otros dos

comandantes trataron de convencerlo de que se sumara: “*Gringo*, ¿cómo puedes ser tan cuadrado?”, le dijeron a Matthei por su constante negativa.

El día anterior, el lunes 20 de octubre, el Gringo había reunido a sus oficiales para contarles de la reunión a la que lo habían invitado. Al final les dijo: “Tengo a mi haber dos cosas que ustedes no tienen: el Código de Justicia Militar —les leí los artículos relacionados con sedición— y mi pistola. Ustedes me conocen lo suficiente como para saber que al primero que se atreva a pasar por sobre mi autoridad le pego un balazo y después hablamos”. Al día siguiente, el del “Tacnazo”, ningún piloto de los Hawker se sumó al movimiento.

Matthei asegura que pese a la confianza que tenía con Bachelet, en sus conversaciones con él, no le contó de los problemas que tenía al interior de su unidad: “Yo no hablo de algo cuando soy el comandante de algo. De eso temas hablo solamente con mi subalterno y mi superior”, explica hoy.

Con los años, Bachelet se ha movido hacia la izquierda. Y en las elecciones de 1952, 1958 y 1964 tanto el militar como su esposa votan por el socialista Salvador Allende. Su viuda, en una entrevista publicada en 1988, dijo que eso no significaba que su marido fuese marxista. “No podría haberlo sido puesto que la formación militar es de un anticomunismo aberrante y extremo: el enemigo es el comunista. Para *Beto* los países socialistas eran dictaduras y él nunca habría aceptado una dictadura… Pero él siempre fue un hombre de gran sensibilidad social y convencido de las necesidad del cambio social”.

Las charlas entre Matthei y Bachelet en la oficina del Ministerio de Defensa comienzan a volverse tensas a fines del gobierno del democratacristiano Eduardo Frei Montalva, impulsor de la reforma agraria. El ex comandante en jefe de la FACH recuerda que su amigo estaba resentido con la institución y criticaba a los oficiales del Estado Mayor, a quienes consideraba poco preparados.

Alberto Bachelet era un general de especialidad y el tope de su carrera era convertirse en jefe de Finanzas, un cargo que alcanzó con menos de cincuenta años de edad. La comandancia en jefe de la institución y el Estado Mayor, sin embargo, están por legislación destinados a los generales

del Aire, que tienen cuatro estrellas. “Se consideraba mucho más culto”, explica Matthei. “Él no iba a poder mandar la FACH y lo resentía”.

Con la elección de septiembre de 1970 comenzaron a hacerse visibles las discrepancias políticas entre ambos militares. Esas diferencias no afectaron la amistad: ninguno era dogmático y ambos se consideraban constitucionalistas.

Durante la UP, el distanciamiento político se hizo físico: Matthei asumió en noviembre de 1971 como agregado aeronáutico en Inglaterra. Un año más tarde, Bachelet comenzó a liderar la Dirección Nacional de Abastecimiento y Comercialización (DINAC): un cargo político en el gobierno socialista, con rango de ministerio, cuya función era luchar contra el mercado negro y el acaparamiento de productos.

Matthei piensa que su amigo nunca debió aceptar ese cargo.

CAPÍTULO 4

EL PILOTO TIENE UNA HIJA PIANISTA

Cuando ella supo que su padre sería destinado a Londres como agregado aéreo en esa ciudad y adjunto en Suecia, Evelyn Matthei conversó de inmediato con su hermano mayor, Fernando. El estudiante de segundo año de Ingeniería en la Universidad de Chile y la joven, que cursaba su último año de educación media en el Colegio Alemán, sabían que era una oportunidad que no debían dejar ir. Sabían también que por el lema educacional de sus padres —"Debemos entrenar a nuestros hijos para que aprendan a volar solos", le decía Fernando Matthei a su esposa— ellos dos no estaban obligados a acompañar a la familia. Fernando ya era universitario y Evelyn lo sería a partir del año siguiente. De hecho, ella rindió la Prueba de Aptitud Académica a fines de 1971.

Para los jóvenes, que Londres apareciera en el itinerario familiar fue una sorpresa. El comandante Matthei pensaba que lo nombrarían agregado aéreo en el exterior, pero de suceder, sería a Perú, donde solían enviar a los oficiales más preparados. A Inglaterra se iban los edecanes y no era su caso. Sin embargo, el comandante en jefe de la FACH, César Ruiz Danyau, tenía otro asunto en mente:

—Matthei, le comunico con bastante anticipación, para que tenga tiempo de prepararse, que voy a nombrarlo agregado en Londres y jefe de la Misión Aérea. Ahora que nuestro principal avión de combate es el Hunter y necesitamos repuestos, vamos a ampliar la agregaduría a misión de compra, al igual que la de Washington. Como usted conoce bien los Hunter y habla perfecto inglés, me parece el hombre indicado —le dijo[35].

Tal vez por ingenuidad los hermanos Matthei Fornet hicieron el siguiente pacto: se irían con sus padres y sus hermanos (Robert, Hedy y Víctor eran escolares aún) para estudiar por un año y regresarían. Cuando llegaron a la capital inglesa se dieron cuenta que sin beca cualquier curso de pregrado

estaba fuera de sus posibilidades económicas. Fernando, entonces, se quedó un año, como había acordado con su hermana. El resto de la familia los dos, y algo más que duró la agregaduría. Evelyn, tres. Es que allá la joven de dieciocho años alcanzó el punto más alto en sus estudios de piano al conocer a Claudio Arrau y tener como profesora a una discípula del maestro chillanejo.

El piano había entrado a la vida de Evelyn hacía once años, y con una frase:

—Elda, tenemos un problema con esta niña. Esta niña se está poniendo muy creída.

Pese a que trabajaba arduo y era usual que llegara muy al final de la jornada, desde que nacieron sus hijos el teniente Matthei era un hombre preocupado de los niños. Atento a las señales que daban en su proceso de crecimiento.

Lo único que él no hacía era mudar pañales. Sí los tomaba en brazos luego de que tomaran sus mamaderas, les ponía los baberos, los paseaba y con sus manos grandes les golpeaba la espalda para sacarles los gases. Y a medida que crecían, los sentaba en sus sillas y les daba de comer. Cuando ya comenzaron a ir al Colegio Alemán, era él quien se levantaba primero que todos y les preparaba el desayuno. Mientras, los niños hacían sus camas y esperaban su turno para ocupar el baño. Al terminar el desayuno, el oficial dejaba todo lavado antes de subirlos a *El Lechuga* y llevarlos al colegio.

El rol de padre que ejercía Matthei llamó una vez la atención de su suegra, la española Pilar Fernández, cuando un día vio llegar a su yerno a casa tarde y sus tres hijos lo esperaban para conversar con él sus problemas.

—Por Dios, qué distinto es Fernando a Eduardo —dijo la señora pensando en su hijo y hermano de Elda, el también oficial de la FACH Eduardo Fornet—. Fernando viene llegando a esta hora del trabajo y están los tres cabros esperando y él se da todo el tiempo para conversar con ellos, escucharlos y explicarles —dijo.

De esos años, principios de los 60, en que Chile vivía sumido en la escasez y los uniformados ganaban “menos sueldo que un taxista”, Matthei recuerda

hoy una anécdota con Evelyn de protagonista:

—Una mañana no había té e hicimos yerba mate al desayuno. Y Evelyn, que llegó última a tomar desayuno, cree que los otros hermanos le han hecho una broma a ella. Se indignó y se largó a llorar, estaba convencida de que le habían echado algo a su té.

Los padres Matthei se autoimpusieron tratar a sus tres hijos de manera igualitaria, nunca hacer diferencias ni mostrar favoritismos hacia uno. Pero sí se daban cuenta que las distintas personalidades requerían intervenciones diferentes.

—Muy temprano mi mujer me dijo: "Fernando, vas a tener que aprender cómo tratar a esta niña, porque esta no es como Fernando" —recuerda él.

—General, ¿en qué era ella tan distinta?

—Era alegadora —dice el general (R) entre risas—. Siempre preguntaba: "¿Y por qué papá? ¿Por qué?".

Pese a lo cuestionadora, Evelyn Matthei no desafió de chica el rol que se le asignó a su hermano mayor. Cuando la familia vivía en calle Schiller, en La Reina, los niños se regresaban desde el colegio ubicado en Antonio Varas con Eliodoro Yáñez en locomoción colectiva. El nominado como responsable de esos viajes fue Fernando. "Ella siempre le hacía caso", cuenta el padre, quien agrega que no recuerda haber castigado ni siquiera una vez a su hija.

Fernando Matthei Aubel había crecido en una familia en la que se hablaba alemán en casa. "En alemán el trato es de tú en la familia. No existe el usted. Eso es más relajado, muy poco formal", asegura. La disciplina, en todo caso, la ejercía la madre con varillazos de un membrillo japonés que había en casa. Cuando él tenía once años y la cervecería de la familia materna en Osorno debió ser vendida, el padre movió a su esposa y sus tres hijos hacia el norte, a La Ligua, donde compró un campo con su cuñado. Al pasar el verano, Matthei ingresó al colegio en Santiago y, para ello, lo enviaron solo y al cuidado de su hermano menor por dos años a la casa de una tía abuela y una tía soltera. Un par de años más tarde, los niños

debieron mudarse a una pensión, pues las señoras regresaron al sur. Solos se iban en tranvía desde calle Condell, primero, y Salvador después, hasta el Colegio Alemán que quedaba en Almirante Barroso con Santo Domingo. “Desde temprana edad yo tenía que decidir cuándo iba a hacer una tarea, cuándo no, cuándo iba a flojear o cuándo no. Desde chico tuve que tomar mis propias decisiones”, recuerda hoy Matthei.

Cuando a él le tocó ser padre aplicó varias de esas experiencias personales al momento de criar a sus hijos. “Como padre fui igual de relajado con mis hijos y mi señora tenía más o menos las mismas ideas mías. Conversábamos: ‘Tenemos que pensar que los hijos no son de nuestra propiedad. Lo que le vamos a enseñar es lo que yo enseño como instructor de vuelo. Los vamos a enseñar para que aprendan a volar solos. Y una vez que vuelen solos, puedan volar todo lo alto que quieran. Y más importante que nada, si algún día vuelan alto, que no se mareen allá arriba’”.

La pareja Matthei Fornet era de una intensa vida familiar más que de salidas nocturnas. Entre los dos mayores —Fernando IV “El Bueno” como le decían en broma y Evelyn— había solo dos años de diferencia. Robert llegaría cuatro años después del nacimiento de la primera mujer. En una segunda camada, y tras la pérdida de un embarazo, vendrían Hedy y Víctor.

En esos primeros años de casados la tarea no era fácil. Además, fue la época de mayor estrechez por los bajos sueldos que recibían los oficiales de la FACH y porque el padre no tenía un alto grado aún. Los dos últimos hijos tendrían un mejor pasar económico, pero con la mayor responsabilidad de su padre, esos dos niños tendrían una crianza distinta a la de los mayores. Hoy el padre Matthei lo explica así: “Los dos más chicos son más regalones. Nosotros no nos pudimos ocupar tanto de ellos. No es culpa de ellos, es de los papás que no se pudieron preocupar”.

De los tres mayores Matthei estuvo atento.

Por eso cuando a su hija Evelyn, ya inscrita en el Colegio Alemán, le comenzó a resultar demasiado fácil obtener las notas máximas y empezó a tener expresiones de menosprecio hacia quienes tenían que estudiar para obtener sus mismos resultados, el entonces comandante del Grupo Escuela

—responsable de la formación militar de los cadetes y de las actividades de vuelo— le dijo a su esposa que debían ocupar a la niña en más actividades.

Fue ahí cuando Elda Fornet, que había heredado el gusto por la música clásica de Walter, su padre prusiano, proyecta en su primera hija lo que ella no había podido realizar: tomar clases de piano. También de atletismo, pero esa actividad Evelyn la deja a los pocos años tras ese reumatismo que le sobrevino a los diez años.

El comandante Matthei, que compartía con su esposa el placer de escuchar sinfonías, estuvo de acuerdo. “En mi casa, las sonatas, las sinfonías, los conciertos de Beethoven eran casi todos los días. Mozart también. A mis padres también les encantaba Schubert, Schumman, mmm ¿Wagner?... Sí, las oberturas más bien. Brahms…A mi mamá le encantaba Chopin, Haydn. Todo, todo”[36], recuerda Evelyn. Y ese placer por la música clásica se les enseñó a los hijos luego de cada cena, cuando el comandante Matthei con su esposa sentaban a los niños en el living para escuchar a sus compositores favoritos y contarles de las vidas de ellos que leían en sus biografías.

—Evelyn, ¿qué quieres escuchar? —le preguntaba el padre a la niña cuando era más pequeña.

—El disco del viejo chascón —respondía ella, porque en la carátula de la “Séptima Sinfonía”, Beethoven aparecía con sus mechas desordenadas.

Con los años, Evelyn Matthei seguirá diciendo que la “Séptima Sinfonía” es una de sus favoritas.

El primer recuerdo que Evelyn tiene de haber ido al Teatro Municipal es de los nueve años, cuando quedó maravillada con las lámparas del hall de ingreso. Allí llegó de la mano de su padre. Lo que no recuerda bien es si fueron a ver a Arrau o era otro el intérprete, pues en la memoria afectiva se le grabó que el oficial alto y de uniforme azul la llevó a ver al pianista que ella y sus padres admiraban.

Al comandante Matthei también se le grabó en su memoria afectiva el escuchar a su hija practicar en el piano. No solo la escuchaba con orgullo en los conciertos que la niña debía dar en las presentaciones de fines de año en

el Colegio Alemán. A sus 88 años, Matthei tiene grabada una escena: Evelyn repitiendo una y otra vez un acorde en el piano que le habían arrendado mientras él leía *El Hobbit* de J.R.R. Tolkien.

Evelyn Matthei también recuerda que cuando finalmente pudo conocer a Claudio Arrau ella tenía dieciocho años y estaba acompañada de su padre. La escena se produjo en la embajada de Chile en Londres, en un cóctel ofrecido por el embajador Álvaro Bunster en la delegación diplomática. Su madre, Elda, se había enterado que el pianista asistiría, y pese a que ella era una gran admiradora de su música y capaz de reconocer de oído si él interpretaba una pieza, la mujer evaluó que era una buena oportunidad para su hija y la envió con su marido. Al ver a Arrau, Evelyn Matthei sin intimidarse se le aproximó, se presentó y le preguntó si alguien en Londres podría enseñarle su técnica para interpretar. "Porque la técnica de Arrau es bien distinta a la de la mayoría de los pianistas, usa mucho más el brazo, no tiene tensión", cuenta ella. Sin conocerla y sin siquiera escucharla tocar, el maestro le recomienda a Ruth Nye. Años antes esa mujer australiana había sido invitada por Arrau para ser su pupila en Nueva York, luego de que él la escuchara tocar en Melbourne. Pero ahora en el Londres de principios de los 70, Ruth Nye vivía con su marido frente a Hyde Park, en un segundo piso. En el primero estaban las caballerizas donde su esposo, Ross, enseñaba a montar. Hasta allí llegaría Evelyn recomendada por el propio Arrau e iniciaría los tres años más intensos de su relación con el piano. Llegando, por momentos, a practicar diez a doce horas diarias.

Ruth Nye fascinó a Evelyn. Para ella la motivación por tocar iba unida al entusiasmo que le despertaba el tutor de turno. Así había sido siempre en su relación con el piano, así había partido a los siete años cuando su madre siguiendo el consejo del padre de que algo había que hacer con esta niña tan engreída, la llevó hasta una casa en calle Almirante Barroso a conocer a su primera profesora, Lourdes Ruzca.

Para Fernando Matthei el interés que su hija comenzó a poner en el piano y el trabajo que le significó a ella, le hizo pensar que la decisión tomada con Elda había sido correcta. Evelyn recuerda que sus padres temían que a los siete años ella comenzara a encontrar que todo en la vida se lograba de

manera fácil. “Ellos querían que me tuviera que esforzar (…) sintieron que el camino de que la vida era fácil, era un camino peligroso”.

Vista, suerte y al toro

A medida que el padre fue viendo los progresos de la hija, el oficial no pensó que ella podría dedicarse profesionalmente al piano. Tampoco le molestaba la idea. Era, simplemente, que en su mentalidad liberal respecto de los hijos “ella podía dedicarse a lo que quisiera”.

Sí le sorprendió años más tarde, cuando Evelyn ya era ingeniera comercial y trabajaba para Sebastián Piñera como subgerenta de Turismo y Seguros en Bancard, que su participación en un programa de televisión se tradujera en el inicio de una carrera política en la que lleva 25 años. “No pensé que le iba a gustar mucho más tiempo. Yo pensé que a ella más bien le gustaba la economía y pensé que ese programa iba a ser como una charla económica”.

El programa televisivo del que habla Matthei era De cara al país, y la fecha mayo de 1988. El entonces comandante en jefe de la FACH no se enteró por su hija de la participación en el espacio televisivo, sino por el RN Andrés Allamand, quien fue a pedirle su venia para que Evelyn lo acompañara a dicha entrevista.

Para Matthei, su hija hacía rato que volaba sola y lo de Allamand fue visto como una deferencia dado el momento político —el año del plebiscito— y el cargo que él ocupaba en el régimen militar.

El general (R) dice que más tarde, cuando su hija decidió postularse a diputada, tampoco le consultó nada. Pese a que él seguía siendo comandante en jefe de la FACH. “Por lo demás, yo tampoco hablaba de los temas políticos míos con ella”, dice y agrega que en esa primera postulación a la Cámara de Diputados en 1989, él seguía pensando que el interés de su hija en la política se agotaría pronto.

A sus 88 años, Matthei dice no recordar ninguna conversación con su hija cuando estuvo involucrada en el Piñeragate. En los 76 días más difíciles que su hija ha vivido en la política, asegura que ella no habló el tema con él. Sin embargo, en el libro *Los muchachos impacientes* queda constancia de que el

padre sí realizó una gestión en medio del caso. Evelyn Matthei recibió la cinta grabada por el capitán del Ejército Fernando Diez el domingo 23 de agosto de 1992. Ese día autoriza que se la entreguen al empresario Ricardo Claro, quien la da a conocer en su canal, Megavisión. En noviembre ella confiesa su rol en la trama. Pero Evelyn no dio a conocer el nombre del uniformado. Cuando es presionada por el Ejército para que lo identifique, su padre ya en retiro va a hablar con el ministro de Defensa Patricio Rojas. Al regreso de esa conversación le dice a su hija por teléfono que "era inútil seguir ocultando el nombre del oficial porque Rojas ya lo conocía"[37]. Ahí ella pronuncia: capitán Fernando Diez.

Más allá de la memoria de Fernando Matthei, lo cierto es que el oficial crió a una hija que aprendió a volar sola y a tomar decisiones de manera bastante independiente de su entorno político e incluso familiar.

"Ella no es de venir a pedir consejos ni a avisar nada", resume el general. Así fue también en su última decisión política al aceptar reemplazar a Pablo Longueira como candidato presidencial de la UDI. Al saber de la renuncia por depresión del abanderado ese miércoles 17 de julio de 2013, Matthei llamó a su hija. No estaba y le dejó el siguiente recado: "Dígale a mi hija que, pucha, aquí se le va a complicar la vida y que va a tener que tomar decisiones y que no importa lo que haga, yo la amo y tiene todo mi apoyo, no importa lo que haga. Punto".

Al día siguiente, Evelyn le devolvió el llamado.

—Papá, sí voy a tener que tomar decisiones, no sé todavía cómo voy a hacer la cosa, pero gracias por tu apoyo.

—Yo te voy a decir lo mismo que yo en un momento dado me dije a mí, y que es el lema de los toreros españoles: "Vista, suerte y al toro".

El "momento dado" que tenía en mente Matthei mientras hablaba con su hija el 18 de julio era el año 1978, cuando Pinochet lo nombra comandante en jefe de la FACH y para ello descabeza el Alto Mando, removiendo a nueve generales más antiguos que *El Gringo*. Los otros nueve de menor grado renuncian.

“Se me fueron todos los generales, tenía a toda la Fuerza Aérea encima, porque todos estaban con Leigh y contra Pinochet…y yo tuve que enfrentar no más. Aquí se ven los gallos que tienen agallas. Entonces hice lo mismo: ¡Fernando, vista, suerte y al toro!”.

—General, ¿en eso Evelyn es parecida a usted?

—Pobre, sí, es igual, igual. Esa no va a decir que no a un desafío. Ella lo toma y lo toma con todo.

CAPÍTULO 5

LA UP Y EL QUIEBRE

Alberto Bachelet había conocido a Salvador Allende en 1960, después del terremoto de Valdivia. El militar fue designado oficial de enlace a Puerto Montt y debía coordinar los aviones de transporte que llevaban ayuda a los damnificados y su distribución en la zona. El socialista —que en ese entonces era senador por Tarapacá y Antofagasta— visitó la región. "Allende vio la dedicación y entrega de *Beto* en esta tarea", contaría Ángela Jeria 28 años después en una entrevista a Revista *Análisis*.

Los dos son masones y, después de los mil días de gobierno de Salvador Allende, la relación entre ambos crecerá al punto de considerarse mutuamente amigos. "Mi error fue haber sido totalmente leal a la Constitución, totalmente leal a las Fuerzas Armadas y totalmente leal a un hombre que se llamaba Salvador Allende quien, además de ser mi hermano masón, era mi amigo", dirá Bachelet durante su arresto domiciliario después del golpe[38].

El 4 de septiembre de 1970 —en su cuarto intento— el médico socialista gana las elecciones con un 36,6% de los sufragios. El candidato apoyado por la derecha, Jorge Alessandri Rodríguez, obtiene un 35,3% de la votación, apenas 40.000 preferencias menos. El triunfo de la Unidad Popular —que no alcanza la mayoría absoluta— deberá ser ratificado por el Congreso pleno el 24 de octubre. La familia Bachelet Jeria festeja el triunfo en su casa de Domingo Bondi, cerca de la intersección de Cristóbal Colón con Manquehue Sur. Alberto y Ángela habían votado por Allende en las tres ocasiones anteriores que este había postulado a la Presidencia. Michelle —que en 1970 se había unido a la Juventud Socialista— sigue la tradición familiar y hace lo mismo. La estudiante de dieciocho años ha participado activamente por la campaña de Allende y sale a celebrar.

El general —de 47 años— está contento. Pero no puede ocultar su preocupación: sabe que habrá resistencia a la instalación de un régimen socialista en Chile. Su esposa también conoce los riesgos.

Ángela —a quien catalogan de idealista por sus ideas de izquierda— recuerda que años antes comenzó a advertir el sentimiento anticomunista en las filas castrenses. “Cuando estuvimos en Estados Unidos pude leer los programas de estudio que seguían los oficiales chilenos y prácticamente el 80% de ellos hablaba del comunismo y su manera de combatirlo”, declaró ante la Comisión Rettig en 1990.

La mujer vive además el ambiente político del movimiento estudiantil de comienzos de los 70: ese mismo año, al igual que su hija, ingresa a la Universidad de Chile, a Arqueología. Tiene 43 años, dos hijos, dos nietos y cursar una carrera es un sueño pendiente desde su juventud. El golpe de 1973 —sin embargo— dejará truncado ese anhelo. Ángela no alcanzará a titularse y, cuando lo pudo realizar, con el retorno de la democracia, optó por ayudarle con los niños a su hija Michelle. Por eso, hasta hoy se encarga de aclarar que ella es solo Licenciada en Arqueología.

El ambiente político está crispado en Chile y los movimientos para evitar el triunfo socialista adquieren mayor fuerza.

El comandante Fernando Matthei seguía al mando del Grupo 7, la Guarnición Aérea de Cerrillos, donde tenía a su cargo una flota de Hawker Hunter. Ya le había tocado el 68 enfrentar a sus oficiales por el “Tacnazo” del general Viaux y ahora tampoco estaba dispuesto a que algún arrebatado moviera sus aviones de combate.

Matthei había votado por Alessandri. Bachelet por Allende. Pero ambos se muestran preocupados por una revuelta de los militares que podría terminar en un quiebre constitucional.

Ángela Jeria aún recuerda que, después del triunfo de la Unidad Popular, Matthei llegaba todas las noches a buscar a su marido: “Hablaban de que había que respetar el presidente elegido y estaban preocupados por un posible Golpe”, señaló en 1988 la viuda de Bachelet”[39].

Entre el 4 de septiembre y el 24 de octubre del 70, Matthei llega a la casa de su amigo Bachelet en Las Condes para recogerlo y revisar juntos las unidades áreas de Santiago. Los dos habían sido designados para cerciorarse de que no hubiese ningún avión en vuelo no autorizado. Las gestiones se intensifican después de que el 22 de octubre —dos días antes del pronunciamiento del Congreso— un comando de derecha atenta contra el comandante en jefe del Ejército, René Schneider, en la esquina de Américo Vespucio con Martín de Zamora, a pocas cuadras de la residencia de los Bachelet. La acción busca forzar un pronunciamiento militar y evitar la llegada del socialista al Palacio de La Moneda. Pese a las gestiones de los médicos del Hospital Militar, el uniformado muere a las 7:50 horas del día 25.

En su biografía, Matthei diría que tras el triunfo de Allende en la Fuerza Aérea primaba esta convicción: "Si bien es cierto que conocíamos las informaciones y el clima de incertidumbre que se vivía, pensábamos que si los chilenos habían elegido a Allende, entonces Allende debía ser el presidente".

Pese al clima que ya comenzaba a ser beligerante y a que él creía que un sistema socialista daría un mal resultado para el país, en esos primeros días del gobierno de la UP el comandante Matthei confía en que se respetará la Constitución, Allende terminará su mandato y luego, como en toda democracia, "se produciría una alternancia en el poder".

La vida desde el J.J. Aguirre

Michelle se une a la Brigada Socialista de Medicina apenas ingresa a la Universidad. La muchacha —que hasta entonces no ha participado en política— se siente admirada por este mundo nuevo que conoce en el área norte del hospital J.J. Aguirre.

La ratificación del triunfo de Allende impulsa a la joven a potenciar su actividad como militante. Junto a sus compañeros de la Juventud Socialista viaja a las poblaciones periféricas de Santiago para colaborar en la prevención y tratamiento de infecciones como la sarna y plagas de piojos[40].

En esta época los Bachelet venden la casa de Domingo Bondi y con el dinero se compran dos departamentos en la esquina de Apoquindo con Américo Vespucio, con vista a la Escuela Militar. Pero los edificios aún están en construcción cuando los adquieren, por lo que deciden trasladarse a la casa fiscal de la Fuerza Aérea a la que el general tiene derecho por su rango, en Avenida Las Condes, a la altura del 9000.

Carmen Díaz von der Fecht conoce a Michelle en estos meses en la Universidad. Las jóvenes tienen una biografía similar: estudian en la Facultad de Medicina —Carmen ingresa en 1970 a la carrera de Enfermería —, militan en la Juventud Socialista, viven en la misma villa militar y las dos son hijas de oficiales de la FACH.

No comparten, sin embargo, la comprensión familiar por su militancia: el padre de Carmen, Nicanor Díaz Estrada, es de derecha y será uno de los cabecillas del golpe en la rama aérea. Su madre —dueña de casa— es de centro. "En mi situación, la opinión política de mi padre era distinta a la nuestra. Pero las diferentes posturas dentro de una misma familia eran bastante comunes en Chile durante esos años. En esos años yo no le daba mayor importancia", relata desde Barcelona, España, donde se exilió en 1974 después de permanecer casi un año en el sur de Chile.

Díaz relata que Michelle discutía en su casa sobre política: "Pero en su caso, si bien podían haber diferencias, la posición del general Bachelet no era diametralmente opuesta como en mi situación".

A los dieciocho años, entre la facultad, el estudio, el jolgorio con los amigos y la militancia, Carmen solamente llega a dormir a la población militar. Michelle vive una situación similar y pasa poco tiempo en su casa, lo que no le gusta nada al general Bachelet, quien jamás dejó de ser aprensivo con Mica.

Carmen Díaz recuerda a su amiga Michelle —a quien vio por última vez antes del Golpe— como una persona seria, responsable, íntegra: "Por su personalidad llegaba estupendamente a los estudiantes".

Congenian y coinciden en las misiones que se les encomendaban como miembros de la Juventud Socialista y en el trabajo político dentro de la

Universidad. Bachelet es una militante de base —como la propia Carmen— y se dedica sobre todo "a reivindicar la ideología socialista entre los estudiantes, asistir a asambleas, intentar que los compañeros no dejaran de ir a la Universidad durante el paro de octubre de 1972 e, incluso, apoyar en que no se detuviera la actividad del hospital J.J. Aguirre", cuenta Díaz.

Las dos tienen como líder a Carlos Lorca Tobar, quien sigue la especialización de Psiquiatría. Es un brillante dirigente que en 1968 conquista el Centro de Alumnos de Medicina, al año siguiente se convierte en secretario general de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) y en septiembre de 1971 en secretario general de la Juventud Socialista. El joven —siete años mayor que Michelle— es la cabeza del sector moderado de la JS, que está en completo desacuerdo con la línea radical del partido comandado por Carlos Altamirano que defiende el lema de "Avanzar sin transar". Postura que complica al Gobierno de la Unidad Popular.

En esta célula —que Michelle integra junto a su novio Ennio Vivaldi, un muchacho popular en la facultad— la hija del general Bachelet es designada como responsable de la formación política de la organización. Enseña materialismo dialéctico y teoría de partidos a los comunales de la colectividad y a los obreros que solicitan adoctrinamiento. Poco a poco se transforma en una figura habitual en la sede de la JS instalada en Santa Isabel con San Diego, en la Plaza Almagro[41].

Durante la Unidad Popular, en noviembre de 1971, el coronel Matthei asume como agregado aeronáutico en la embajada de Chile en Inglaterra.

Evelyn permanece alejada de los movimientos políticos que convulsionan a Chile y se concentra en sus estudios de piano y terminar con éxito la Enseñanza Media ese año 71 en el Colegio Alemán. Rinde la Prueba de Aptitud Académica y obtiene 778 puntos en Verbal y 773 en Matemáticas. Pero ella decide, junto a su hermano Fernando, que no deben desperdiciar la oportunidad de pasar uno o dos años en Inglaterra y ambos se van con sus padres y sus tres hermanos menores. Allá vivirá una realidad completamente distinta a la que se experimenta en el Chile de la UP, donde la tensión social comienza a bullir a menos de dos años de que asumiera Salvador Allende. Los once años que Evelyn lleva practicando piano le

abren un mundo en Londres. A Chile, ella no regresará sino hasta fines de 1974 para rendir nuevamente la P.A.A.

Vacaciones interrumpidas

La familia Bachelet Jeria, en enero de 1973, tiene el auto cargado para salir de vacaciones. Los planes, sin embargo, se ven trastocados por una llamada telefónica. Es el general Gustavo Leigh que ostenta el cargo de jefe del Estado Mayor General de la Fuerza Aérea.

Los dos oficiales son viejos amigos: se conocen desde 1939. "Desde que hicimos la guardia nos conocimos. Estuvimos separados muchas veces en la carrera, por muchos años, pero siempre que nos encontrábamos volvíamos a ser los amigos de antes, porque había esa comunicación de un muchacho que uno conoce desde que hicimos el servicio militar en la Fuerza Aérea", contó Leigh en 1988[42].

Cuando ambos ingresaron a hacer el Servicio Militar en 1939, la Fuerza Aérea aún no tenía escuela de cadetes. Para ingresar era necesario hacerlo desde las del Ejército o de la Marina. O bien, obteniendo una beca. Bachelet consigue una vacante como suboficial y después de unos meses hace el curso de Contabilidad y concursa para oficial de Finanzas. Así comienza su carrera. A Leigh, es Bachelet quien le abre la puerta a través de las gestiones que realiza con el general Osvaldo Puccio —padre del hombre que llegaría a ser secretario personal de Allende— para que recomiende a su amigo y le otorguen una beca en la FACH.

Cuando Leigh viajaba al extranjero, Bachelet era su apoderado en temas comerciales. En ese rol, le compra una casa y le ayuda en los trámites de separación de su primera mujer, Alicia Yates. El futuro miembro de la Junta Militar era un invitado frecuente de la casa de su amigo e incluso poco antes del Golpe —en agosto de 1973— fue a cenar a la vivienda de los Bachelet en la villa militar.

En la llamada telefónica de esa mañana de enero de 1973, Leigh le informa a su amigo Bachelet una nueva destinación: la secretaría de la Dirección Nacional de Abastecimiento y Comercialización (DINAC). Es un cargo

político en el Gobierno de Allende, cuya función es luchar contra el mercado negro y el acaparamiento de productos.

Salvador Allende había pedido a la Fuerza Aérea que le hiciera llegar una terna de oficiales de alto rango para asumir esta labor. El presidente reconoció en la lista el nombre de Bachelet, a quien había conocido trece años antes en Puerto Montt. Conversa con el senador radical Hugo Miranda —casado con una prima hermana de Bachelet— y se acuerda de que el general también pertenece a la Gran Logia. Este hecho —y la preparación del militar en materias de contabilidad— son clave para que Allende opte por el general de 49 años.

Pocos minutos después de la llamada de Leigh, y de la interrupción inesperada de las vacaciones, Bachelet se dirige hasta la oficina de la dirección de Finanzas y luego a las dependencias del Ministerio de Defensa, instaladas desde 1971 en el edificio Diego Portales, para presentarse frente a las autoridades. Hasta entonces, el padre de Michelle no había participado en el Gobierno de la UP, aunque lo apoyaba en la privacidad de sus conversaciones.

Empieza a trabajar inmediatamente sin dejar su cargo de director de Finanzas de la institución armada. Sin dejar de asistir a las reuniones del Estado Mayor.

“Alberto se abocó a la nueva tarea con el mismo entusiasmo y responsabilidad que mostraba en todo lo que hacía”, recordaba hace algunos años su viuda Ángela Jeria. “Era lo que tenía que hacer —dijo su mujer— y además le gustó hacerlo”[43].

En la DINAC, Bachelet nombrará como segundo a bordo al capitán Raúl Vergara, quien estudió Economía en la Universidad de Chile. “Yo era su ayudante (jefe de Gabinete) y por mi condición de economista, su asesor. Por la intensidad y responsabilidad de la misión que enfrentábamos, nos demandaba diez o más horas diarias de trabajo. El entusiasmo y compromiso con que asumimos la tarea generó entre nosotros una profunda amistad”, cuenta el oficial, quien hoy vive en La Reina a pocos metros de Michelle Bachelet.

El general asume y pide a los ciudadanos: “Cooperación y ayuda para eliminar la psicosis del acaparamiento”.

Declara con firmeza: “Los diez millones de chilenos tienen el mismo derecho a alimentarse porque el estómago no tiene color político”.

Implementa una medida que irrita a la derecha: el plan de canasta familiar a través de las Juntas de Abastecimientos y Precios (JAP).

El general Bachelet advierte que los sectores económicos más altos acaparan alimentos y exige ante las empresas y distribuidores que abastezcan a la población. En los primeros meses de 1973, visita lugares donde los productos están escondidos. Encuentra artículos enterrados en parcelas de Lo Curro.

Hubo algunas semanas en que en todo Santiago no había aceite.

—Tenemos, estamos llenos, pero el distribuidor ha dicho que mientras esté la UP no va a hacer más tambores —le responde el gerente de Indus Lever cuando el general le exige más provisiones.

El militar los obliga a distribuir[44].

Los acontecimientos ocurridos durante el gobierno de la UP, la evidente simpatía de su esposa Ángela por el progresismo y la militancia de su hija en la Juventud Socialista alimentan la desconfianza de sus compañeros de armas embarcados en el golpe de Estado. El general, con el paso de las semanas, es identificado por la oposición como un militar profundamente allendista.

El 5 de mayo de 1973, a las 14:00 horas, en el programa L*as mujeres también* improvisan de radio Cooperativa, la periodista María Eugenia Oyarzún arremete contra el general:

“El señor Bachelet hizo la gracia de entrar a la Escuela de Aviación porque su padrastro era el subsecretario de Aviación, don Alfredo Puga. Entró a los dieciséis años, hizo el servicio militar a esa edad en circunstancias de que creo se hace a los diecinueve (…) Este señor Bachelet vendió una casa en

Domingo Bondi y se compró dos departamentos en Apoquindo, que es poco menos que el ghetto, y los arrienda según me dijo una hermana de él en dólares a dos alemanes. Este señor Bachelet tuvo dos infartos y espero que yo no le cause el tercer infarto (...) Tiene una hija, Michelle, que es muy inteligente, primera alumna de su curso de Medicina, y militante de la Juventud Socialista".

Su hija Michelle, en la casa de la población militar de Las Condes, le plantea a su padre las medidas que, según ella observa, deben tomarse para controlar el desabastecimiento.

Su esposa Ángela, en las recepciones oficiales donde asiste el presidente y su mujer, Hortensia Bussi, no oculta su simpatía por el Gobierno. Lo recuerda Edith Pascual, esposa del coronel de la FACH, Carlos Ominami Daza, amiga de la familia Bachelet Jeria hasta la actualidad: "Me acuerdo que en algunas recepciones en la Escuela de Aviación, y en otros lugares, siempre se le hacía un vacío a la *Tencha*. Ángela se daba cuenta y me decía: 'Vamos a acompañarla'. Uno se detecta: éramos solamente cuatro señoras de oficiales que teníamos más respeto a la UP, como decía mi marido. Él era constitucionalista".

La relación entre Bachelet y Allende se hace estrecha. En una ocasión, el presidente invita al general y a su esposa a la residencia de Cerro Castillo, en Viña del Mar. En otra oportunidad, el jefe de Estado le pide al general que lo invite a su casa a comer perdices. La cita se realiza en la casa de la villa militar el 26 de julio de 1973. Es la primera vez que Michelle ve de cerca al mandatario. El socialista —al enterarse de que estudia Medicina— esa noche la bautizará: "La doctorcita"[45].

Bachelet, en varios de esos encuentros oficiales y de camaradería con Allende, le advierte al presidente que se empieza a confabular para una intentona golpista. Pese a que ya no va a las reuniones del Estado Mayor de la FACH, el general sabe por Vergara y otros oficiales que algo trama una parte de la alta oficialidad. Su amigo Gustavo Leigh —por medio de una nueva llamada telefónica— le había pedido a Bachelet que dejara el cargo de jefe de Finanzas y se dedicara por completo a la DINAC. Con ello, lo deja fuera del espacio donde se critica más en confianza al gobierno de Allende.

Ángela Jeria entrega una explicación en 2001: “Yo creo que se buscaba que no tuviera contacto con el Alto Mando, porque en esas reuniones se deliberaba. Y tampoco con la tropa, que le tenía mucho cariño y respeto”.

Matthei observa desde Londres la conflictiva situación política que se vive en Chile. Piensa que su amigo Bachelet jamás debió haber aceptado un cargo político en el Gobierno socialista. Desde su partida al Reino Unido ha ido variando su percepción sobre los acontecimientos que ocurren en Santiago. Sobre todo después de que el comandante en jefe de la FACH, César Ruiz Danyau, renuncia a su cargo a mediados de agosto después de una catastrófica gestión de nueve días en el Ministerio de Obras Públicas y Transporte.

“Hasta la renuncia del general Ruiz, yo tenía una posición más bien ambivalente. Influido por la experiencia de los alemanes durante la Segunda Guerra pensaba que es muy fácil tomarse el poder, pero después nadie sabe cómo salir del embrollo. A mi juicio, había que extremar las medidas para no llegar una situación de quiebre democrático, y así se lo había manifestado a toda la gente con quien conversaba. Por ese motivo me tenían en la lista negra aquí en Santiago”, explicó Matthei en sus memorias.

El escenario cambió para él ese 17 de agosto, tras la salida de Ruiz Danyau. “Me decidí completamente”, y así se lo hizo saber al nuevo comandante en jefe de la FACH en una carta que le envió desde Londres: “Luego de conversar con el agregado aéreo en Washington, mi compañero de curso Enrique Ruiz Bunger, le escribí una carta personal al general Leigh —manuscrita, por supuesto—, donde además de felicitarlo por su nombramiento, le expresé que tal como estaban las cosas se había hecho necesaria una intervención de las Fuerzas Armadas y le pedí que me permitiera regresar a Chile. Y es que yo no estaba dispuesto a aceptar que se transformara en un país comunista. Si había que pelear, se peleaba, pero era mejor frenar el asunto antes que lamentarlo. En el fondo, le di a entender al general Leigh que estaba disponible, lo cual fue un paso muy serio entre un coronel y el comandante en jefe, sobre todo ignorando cuál era su punto de vista al respecto”[46].

Leigh le responde que en ese momento es fundamental su trabajo en Londres, porque los Hunter —caza británicos— eran los únicos aviones de

combate de las Fuerzas Armadas chilenas y él tenía que gestionar allá las compras de repuestos y sus bombas. Matthei —hasta entonces— no conoce la posición política del comandante en jefe de la FACH, pero lo considera un hombre constitucionalista y poco derechista.

Entre los oficiales pro UP, sin embargo, ya está claro que Leigh está por la intervención armada del Gobierno. La decisión de Allende de designarlo al mando de la rama —después de frustradas gestiones para nominar a los generales Gabriel van Schouwen y Humberto Magliocchetti— desanima a los oficiales antigolpistas, quienes lo consideran un fanático anticomunista[47].

Once

El lunes 10 de septiembre, en vísperas del Golpe, Bachelet habla con su amigo Leigh. Veinticuatro horas antes, el secretario general del PS, Carlos Altamirano, había realizado ese histórico discurso en el Estadio Chile, donde denuncia una reunión conspirativa de la Armada para derrocar el régimen socialista.

—A Altamirano hay que cortarlo a pedacitos —le dijo Leigh al general, según declaró su hija Michelle a la Comisión Rettig en 1990.

Bachelet —aislado de la conjura contra Allende— no sospecha que el Golpe está a horas de producirse y le comenta al comandante en jefe: "Mañana te tengo el plan de racionamiento". El jefe de la Dirección Nacional de Abastecimiento y Comercialización (DINAC) había elaborado un informe confidencial para el presidente y su Gabinete y quería que Leigh lo conociera.

—Mira, me gustaría que este trabajo lo dieras a conocer no solo a mí, sino a los oficiales de la Fuerza Aérea, explícale a los oficiales, a los generales, de qué se trata el programa de racionamiento —le señala Leigh.

La ignorancia de Bachelet sobre los movimientos de tropas es total. Lo refleja la situación que se vive en su casa esa misma noche cuando suena el teléfono:

—Ángela, ¿qué sabes del Golpe de Estado? —le pregunta un compañero de Universidad a la esposa del general.

Ella le consulta a su marido y él le responde: “No te preocupes, eso es muy difícil”.

Con el paso de las horas, sin embargo, Bachelet se da cuenta de lo que ocurre a sus espaldas.

La mañana del 11, a las seis de la mañana, vuelve a sonar el teléfono de su residencia. Es un funcionario de la DINAC que le avisa del golpe de Estado.

El general se levanta de inmediato y se ducha. Ángela conecta la radio y empieza a escuchar el ruido de los aviones sobrevolar Santiago. Llama a su amiga Edith Pascual, la alerta de lo que pasa y se dirige a la Universidad. Bachelet parte a las oficinas del Estado Mayor de calle Zenteno, donde llega a eso de las 8:30 horas.

La recepción de sus compañeros de armas es violenta: el general Orlando Gutiérrez lo encañona con un revólver y lo conmina a entregarse por orden del comandante en jefe de la FACH. Es arrestado por los comandantes Edgar Ceballos Jones y José Vargas, quien le quita su arma de servicio y lo registra para ver si posee otra.

Lo trasladan al piso 19, donde lo dejan incomunicado. Ceballos arranca los cables del teléfono y queda bajo la custodia dos oficiales de mucho menor rango que él.

Ángela toma su auto y trata de llegar hasta su facultad, en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile de Ñuñoa, donde llega con la intención de defender el campus. Cuando regresa a su casa, por calle Eliecer Parada, por casualidad se encuentra con su amiga Edith, que infructuosamente intentaba encontrarse con su hijo Carlos, militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

Las mujeres se reconocen, detienen sus respectivos automóviles, se bajan y se estrechan en un abrazo. Los vecinos de este sector alto de la capital

celebran con champaña el derrocamiento del Gobierno de la UP[48].

La esposa de Bachelet ingresa a la villa militar y la señora de otro oficial la llama desde su casa.

—¿Tú ya no saludas? —le pregunta.

—Estoy muy preocupada por lo que está sucediendo —contesta Jeria.

—¿Por qué?

—La situación es muy grave. Están deteniendo a muchísimas personas y hay muchísimos muertos.

La mujer del oficial, convencida, le responde: “Si no se hubieran producido esas muertes, un millón y medio de personas habrían muerto igual que en España, especialmente nosotros”.

En Londres, a esa misma hora, Fernando Matthei acaba de almorzar un sándwich en su oficina de la embajada de Chile. Es un día normal y el militar de 47 años ha trabajado toda la mañana.

De repente llega la encargada de prensa, Loreto Hermans.

—Golpe de Estado en Chile —le informa con el rostro desencajado.

Los funcionarios políticos desaparecen de la misión e incluso el embajador Álvaro Bunster no aparecerá en varios días.

En la calle Zenteno de Santiago, frente a La Moneda, el general Bachelet observa desde lo alto el movimiento de tanques y el bombardeo al Palacio presidencial por parte de los Hawker Hunter que comandan oficiales de su propia institución. “Yo tuve la ocasión de ver cuando fue bombardeada La Moneda... Piensen que cuando uno ha cumplido los cincuenta años, es bastante triste, después de haber visto tanto, encontrarse con estos hechos. Pero lo vimos”, relatará después el general[49].

Ese mismo día, a las seis de la tarde, le comunican que es dejado en libertad. El militar —en estado de shock— presenta su renuncia a la institución a la que perteneció 34 años, un mes y once días. La solicitud de retiro —en escuetas ocho líneas— se la entrega al coronel Eduardo Fornet, a quien conoce desde los años de Cerro Moreno en Antofagasta. Sabe que es cuñado de su amigo Matthei.

Luego se dirige a su casa de la villa militar.

Bachelet, durante los dos días siguientes, se dedica a embalar sus cosas para dejar lo antes posible la residencial fiscal. También devuelve el auto de la FACH.

El 12 de septiembre, por la noche, suena el teléfono.

Contesta Ángela.

Al otro lado de la línea habla Michelle, que se había tratado de comunicar en reiteradas ocasiones sin éxito. Sus padres no la ven desde el lunes 10 por la mañana —un día antes del golpe—, cuando la estudiante de cuarto año de Medicina se había quedado de turno en el hospital para neutralizar la huelga de médicos.

—Estoy bien, pero preocupada por mi papá —dice Michelle.

La llamada tranquiliza al matrimonio. En cuanto se levanta el toque de queda —la mañana del jueves 13 de septiembre— lo primero que hace el general es ir a buscar a su hija a la Facultad de Medicina para llevarla de regreso a casa.

Ese día la vivienda es allanada en dos ocasiones por uniformados. Los militares sospechan de objetos decorativos que simulan ser armas y revuelven todo el hogar.

Los Bachelet Jeria a esas alturas no sospechan lo que va a ocurrir apenas unas horas después: el viernes 14 toca la puerta el comandante Braghetto, que le informa a Bachelet que debe presentarse ante el general Claudio Sepúlveda, en el Ministerio de Defensa.

—¿Debo considerarme bajo arresto? —pregunta el general

—No —le dice el comandante—. Si así fuera no me habría prestado para esto[50].

Al llegar al edificio del Ministerio de Defensa, Bachelet se dará cuenta de que todo ha cambiado y comenzarán a correr los últimos seis meses de su vida.

CAPÍTULO 6

LA ENCRUCIJADA MORAL DE FERNANDO MATTHEI

—Nadie tiene que defenderlo. Ante mis ojos, haberlo acusado de traición es grotesco, *Gelo*. ¡Grotesco!

El coronel Fernando Matthei está en su casa en calle El Alamein en Las Condes, esa donde dos olivos y un ciruelo que forman parte del jardín se los regaló justamente el esposo de su visitante hace solo cinco años.

Han pasado algunas semanas desde la muerte del general Alberto Bachelet en la Cárcel Pública, ocurrida el 12 de marzo de 1974, y su viuda cumple con la tarea solicitada por su marido cuando él aún vivía: entregarle a sus amigos, el coronel Fernando Matthei y al general y comandante en jefe de la FACH, Gustavo Leigh, una copia de la defensa que su abogado, Alfredo Etcheberry, preparó para responder a los cargos de traición formulados por la Fiscalía de la Fuerza Aérea en el caso "Contra Bachelet y otros".

Fue en el patio de la Cárcel Pública donde una mañana de febrero, Bachelet le pregunta a Ángela:

—¿No te ha llamado Leigh? No ha venido a verme.

—*Beto*, yo creo que va a ser muy difícil que te venga a ver —Ángela sabe que ellos están aislados en el mundo de la FACH. Y él, pese a las torturas a las que está siendo sometido, no lo tiene tan claro.

—Llévale esta defensa a Leigh y a Matthei para que ellos sepan que yo no soy culpable de nada —le pide él.

Bachelet, un hombre que amaba la institución a la que había ingresado hacía cuarenta años, no quería que oficiales a los que respetaba y apreciaba

se quedaran con la idea de que él había cometido uno de los peores crímenes para un oficial. Era un tema de honor militar.

A la reunión con Matthei, Ángela Jeria llega tensa. Pero la empatía del coronel logra distender el ambiente. Él le pide que le cuente en detalle lo que pasó con su amigo, y le agrega que a él lo nombraron director de la Academia de Guerra, un cargo que no quiere, y que aborrece que haya presos en el subterráneo. Elda Fornet, presente en el encuentro, mira a la viuda con distancia. Jeria detalla lo que fueron los últimos seis meses de su marido. Matthei le dice: “Te entiendo”.

Gelo se siente acogida por él, pero la muerte de Alberto Bachelet está demasiado fresca como para que encuentre consuelo. Los últimos seis meses, desde la detención de *Beto* el 14 de septiembre de 1973 hasta su muerte, han sido un infierno para ella y su hija Michelle. Ellas mismas han experimentado la vuelta de espalda de los compañeros de armas de su esposo.

“El 14 lo fueron a buscar a nuestra casa. Michelle y yo no supimos de él (…) Nos dedicamos a preguntar por él. Nadie nos recibía, incluso los que habían sido sus amigos por 28 años o más”[51]. Ni Ángela Jeria ni su hija eran compañía grata para los oficiales de la Fuerza Aérea, solo la familia y los amigos más íntimos las acompañan y ayudan en sus tratativas para conocer el destino de su esposo. No solo no sabían adónde lo habían llevado. La incertidumbre, los primeros cuerpos flotando por el río Mapocho, la transformación del Estadio Nacional en recinto de detención, entre otras informaciones que asoman en esos primeros días tras el Golpe, les lleva a preguntarse si aún está vivo. Un llamado anónimo les da un poco de tranquilidad, se trata de un general que les dice “no puedo hacer nada, pero él está bien”.

Mientras las mujeres intentan conocer algo más, buscan con desesperación a un abogado. Temen que el general Bachelet sea sometido a un Consejo de Guerra relámpago. Etcheberry es el que acepta.

En la villa de oficiales donde aún viven, las miradas hacia ellas se dirigen con desconfianza y recelo. Diecisiete años después, Ángela Jeria recordaría

ante la Comisión Rettig que “todos los días en la población (militar) nos iban a gritar hijos de oficiales: ‘A Bachelet lo fusilan mañana’”.

Por seguridad, “Michelle y Carmencita, sobrina de Alberto, no alojaron más, no volvieron a casa (…) toda esa semana fue bastante desagradable, porque nos comunicábamos por teléfono en forma muy así elemental, para llevarles ropa, llevarles comida; yo me encontraba con Michelle en cualquier parte del centro, no sabiendo si era peligroso para ellas estar en la casa. Como a la semana siguiente volvieron…Bueno y ahí nos cambiamos de casa”[52].

Esos primeros días en el nuevo departamento de Avenida Vespucio, ellas estaban nerviosas y cada vez sonaba el timbre daban un brinco pensando que les llevaba noticias de *Beto* o que las venían a allanar. Ángela piensa en una manera de apagar o bajar el ruido a ese timbre: “Lo encontraba demasiado alarmante”.

El 21 de septiembre, Jeria terminó el proceso de mudanza que *Beto* había iniciado la misma noche del 11 de septiembre, tras haber firmado esa tarde su renuncia a la institución y haber visto el bombardeo a La Moneda por parte de los aviones de la FACH desde la ventana de su oficina.

Para cuando su esposa y su hija se mudaron al departamento que él había comprado hacía dos años y frente a donde hoy vive Ángela, el general también había experimentado cambios en su condición de detenido. Si el día del Golpe él fue más bien retenido en el Ministerio de Defensa, tres días después la Fuerza Aérea ya había comenzado con un proceso que terminaría el año 74 con 64 personas condenadas y más de setecientos interrogados. Era la señal de la FACH —al mando del general Leigh— hacia las otras ramas de las Fuerzas Armadas de su compromiso con el Golpe y lo que se vendría después.

Luego de que dos generales lo fueran a buscar a su casa —según declaró Jeria en la investigación judicial por la muerte de su marido— Bachelet fue llevado hasta el subterráneo del Ministerio de Defensa. Allí, por boca del general Claudio Sepúlveda, escuchó que estaba en manos de la Fiscalía de Aviación y que se le investigaba por vinculación con grupos extremistas y depósitos de fondos en una supuesta cuenta corriente. Bachelet se

sorprendió con la acusación. Él había trabajado en el Gobierno de Allende por una solicitud del mandatario hacia el comandante en jefe de la FACH. No fue él quien pidió ser nominado director de la Secretaría Nacional de Distribución.

En los siete meses que duró la investigación y que culminó con un Consejo de Guerra público, la Fiscalía solo sumó un antecedente a la primera declaración que Bachelet dio ese 14 de marzo de 1973.

Al día siguiente del Golpe, el Banco del Estado tenía un nuevo presidente: el general de la FACH, Enrique González. Algunos funcionarios denuncian ante él que "se realizaron reuniones entre dirigentes políticos y oficiales de la FACH en las oficinas del vicepresidente Carlos Lazo"[53]. Eso y algunos documentos encontrados —como un listado con los nombres del Alto Mando de la FACH—, dieron la hebra para el inicio del caso que levantó la Fuerza Aérea.

Bachelet, que aseguraba solo haber divisado una vez a Carlos Lazo, y no haberse reunido con Carlos Altamirano, ni menos haber confabulado con él ni con otros, contó entonces la reunión de la cual él creía nacía la confusión por la cual estaba siendo investigado. A comienzos del mes de agosto, había estado en dos reuniones en el edificio financiero con asesores cubanos con los cuales había trabajado sobre el problema de distribución de alimentos. De esas citas, salió un plan para paliar la crisis de abastecimiento que vivía el país. Ese plan se lo habría entregado Bachelet al Presidente Allende a inicios de septiembre.

Mientras el general contaba de sus reuniones de trabajo con los cubanos, otros dos oficiales estaban siendo interrogados ese 14 de septiembre por sus reuniones en el Banco del Estado: el comandante Ernesto Galaz y el coronel Rolando Miranda. A diferencia de Bachelet, ellos dos habían tomado contacto con políticos a los que habían advertido de acciones de oficiales de la FACH que amenazaban al gobierno de Allende.

Esa tarde, los tres oficiales fueron trasladados hasta la Base Aérea de Colina. Allí, aunque estaban en calidad de detenidos, recibieron trato de oficiales por los uniformados de menor rango y cada uno tuvo una habitación en el Casino de Oficiales. Pero en el extraño ambiente que se

incubaba por esos días, donde se buscaba expandir la visión de que un grupo de uniformados se había coludido para infiltrar a las Fuerzas Armadas —un clima, donde los "constitucionalistas" pasaban a ser "conjurados"—, acciones mínimas de deferencia podían jugar en contra de cualquiera. En el libro *Disparen a la bandada* de Fernando Villagrán se relata la historia del peluquero Salas, quien al ver a "su" coronel Miranda se ofreció como portador de una carta del prisionero a su mujer. Mala idea de Salas, porque al ser sorprendido fue arrestado y enviado a la Academia de Guerra Aérea, "donde sufrió un cruel trato hasta que sus captores se convencieron de que el buen peluquero solo había intentado hacer un favor personal a su coronel".

Así llega el 17 de septiembre, en que los tres oficiales son nuevamente llevados hasta el subterráneo del Ministerio de Defensa a ser interrogados. Allí, Bachelet se encontrará con quien fuera su segundo hombre en la Dirección de Abastecimiento, el capitán Raúl Vergara. Este había estudiado Economía en la Universidad de Chile y era promotor de que los uniformados se relacionaran con la civilidad estudiando en la Universidad. Vergara había celebrado sin pudor el triunfo de Allende y, más tarde, cuando el Gobierno de la UP se veía cada vez más amenazado, el capitán se movilizó para aunar un grupo de oficiales y suboficiales antigolpistas.

—Capitán, ¿sabía el general Bachelet de sus actividades?

—(Con Bachelet) analizábamos los acontecimientos e incluso discutíamos las opciones que enfrentaba el país. ¡Ello no borraba la condición de que él era un general y yo solamente un capitán! Su compromiso con el proceso era sereno, maduro y racional. En cambio, yo me dejaba llevar por el entusiasmo militante y por el "avanzar sin transar". Coincidiendo, sin embargo, en la legitimidad y necesidad del proceso político liderado por el Presidente Allende, ambos respetábamos el espacio del otro. El general pudo tener indicios de mi actividad, pero no fue parte de ellas —recuerda hoy.

El 17 por la tarde son cuatro los oficiales que regresan a Colina. Dos días después, el miércoles 19 de septiembre a las 15:30, los cuatro hombres son sacados de sus habitaciones en el Casino de Oficiales y subidos a un helicóptero. Vergara identifica el trayecto y el destino: la Academia de

Guerra Aérea (AGA). La cuna de los estudios de la oficialidad había sido suspendida en sus funciones. La FACH, la rama más pequeña de las Fuerzas Armadas, destinó a todos a sus hombres a labores operativas y, entre ellos, a quienes estudiaban en la AGA.

El lugar fue convertido en lo que Fernando Matthei denominó en una declaración judicial de 2006 como un “campo de concentración”.

“Los oficiales y suboficiales que fuimos procesados empezamos a llegar al AGA, que tras el golpe se constituye en lugar de detención y tortura. El lugar de la prisión masiva era en los subterráneos. Después se hizo fatídicamente conocida ‘la capilla’. Era el lugar de las torturas”, recuerda Vergara.

Una vez allí a los oficiales se les ordena entrar a un salón pequeño donde se les atan las manos y los encapuchan. Hace dos años, en su declaración judicial por el caso de la muerte de su padre, Michelle Bachelet contó que el relato que él les hizo de su paso por la AGA, fue así: “Los apremios físicos consistían en estar de pie muchas horas, amarrado de manos en su espalda, no recibir ni agua ni comida, ni permitírsele ir al baño no obstante hacer correr una llave de agua, además ponerle una capucha en su cabeza”. En ese mismo expediente, ella cuenta que en la Base de Colina a su padre se le dejó un arma con una sola bala “para que se suicidara”[54].

En su declaración judicial del 5 de septiembre de 2011, Jeria recordará más detalles del relato que le hizo su marido sobre su detención en la AGA: “Una de las cosas que más lo angustiaba era cuando lo tenían en la Academia de Guerra durante muchas horas de pie y encapuchado y con las manos amarradas a la espalda. Y, como no podía respirar de manera normal, porque la capucha se le metía entre la boca y la nariz y le impedía respirar, buscaba alguna pared para apoyar la frente y trataba que la capucha colgara sin que le impidiera respirar”.

Pese a las condiciones y a que su esposa y su hija no saben de su paradero, el general les escribe una segunda nota. La primera había sido para Ángela Jeria, pidiéndole ropa gruesa el mismo 14 de septiembre. La segunda, dice así: “Decirle a Michelle que lo más importante es que sea pronto una doctora excelente, dicho en otras palabras, que estudie”.

Treinta horas más tarde, a Bachelet lo sacan del lugar y lo llevan ante el nuevo fiscal: el general Orlando Gutiérrez. Este oficial de la rama de Ingeniería de la Fuerza Aérea también estuvo destinado en Cerro Moreno en los años en que Bachelet y Matthei se hicieron amigos. De acuerdo al relato de Matthei en su biografía, Gutiérrez fue también el autor de una carta firmada por un “NN” en julio de 1967 a *El Mercurio* en que denunciaba el drama económico que vivían los uniformados. “Nunca me ha gustado que las personas se escuden en el anonimato”, diría Matthei hace diez años. Y en la entrevista concedida para este libro, el general (R) agregará: “Nunca en mi vida hablé una sola vez con el general Gutiérrez, porque me caía mal. Y habíamos tenido una pelea cuando él estaba aquí y yo en Londres. Por negligencia de él tuvieron que dar de baja cinco aviones a chorro. Él se indignó cuando yo descubrí eso en Londres y no quedó otra cosa que botarlos a la basura. No lo fusilaron por eso…Pero la respuesta es no, ni una sola vez hablé yo con el general… Es más, incluso cuando él me pidió una audiencia, cuando yo era comandante en jefe (1978-1991), por cómo había tratado a Bachelet, yo no lo recibí. No lo recibí y punto”.

Pero en septiembre de 1973, Matthei aún está en Londres y le restan unos meses para enterarse que será nombrado director de la AGA, esa academia que tenía un subterráneo que ya se había convertido en un infierno para Bachelet.

Tras un interrogatorio que no varió respecto del de días anteriores, Bachelet es enviado a una pieza en la AGA donde continúa en arresto e incomunicado. Esa noche lo examina un doctor del Hospital de la FACH, quien tras tomarle un electrocardiograma diagnostica que el general —al que se le había recomendado no someterse a estrés luego de su infarto hacía cinco años— estaba sufriendo una isquemia, el estado previo a un infarto. Lo envían al Hospital de la FACH. Los otros tres compañeros de detención —Galaz, Miranda y Vergara— se quedan en la AGA.

Ángela Jeria y su hija Michelle reciben la noticia de que *Beto* está internado. Su primer intento por verlo es frustrado. Con los días lograrían visitarlo en el hospital.

El 9 de octubre, Bachelet es llevado ante Gutiérrez nuevamente, y este le dice que no hay cargos en su contra. Pero lo vuelve a enviar a la sala de

interrogatorio. Ahí niega el único antecedente nuevo que ha aparecido en su contra en esos días: una reunión con miembros del MIR. Por petición de su segundo a bordo, el capitán Vergara, él recibió en su casa a tres dirigentes de ese partido —Andrés Pascal, Edgardo Enríquez y otro—, quienes estaban molestos con Bachelet por su decisión de sacar de sus cargos a gerentes de la distribuidora Agencias Graham, que promovían la política de canasta familiar[55]. Bachelet dijo que en esa reunión conversó una hora con los dirigentes sobre políticas de abastecimiento.

Cuando termina el interrogatorio, aparece Gutiérrez, le levanta la incomunicación y lo envía a su casa con arresto domiciliario.

Por última vez en casa

Han pasado 26 días desde su detención cuando Alberto Bachelet vuelve a casa. En una cinta que el general graba a nueve días de su regreso, él y Ángela relatan así el momento del reencuentro:

—También el chofer que me trajo a mi casa, un hombre que conozco hace muchos años, fue muy amable, muy cortés. Trató de ser agradable en todo sentido (...) La *Gelo* no tenía idea que yo llegaba acá (...) La vi flaca y chupada y con los seis kilos que yo había bajado, éramos un par de huesos juntándonos. La encontré muy sorprendida, porque no esperaba que yo llegara.

—Tenía la intuición —dice ella—, porque no me quise mover ese día.

—Al oficial que me trajo yo le dije: “No me deje aquí, acompáñeme hasta arriba porque a lo mejor no hay nadie y tengo que volver al hospital”. “No, mi general, suba solo”, me dijo. Ese cabro se portó muy bien también, un cabro que yo le enseñé a disparar en el club de tiro al vuelo. Yo ya me veía sentado en la puerta esperando que alguien llegara.

En su declaración ante la Comisión Rettig, Ángela también recordará que él llegó “demacrado. Venía con ocho kilos menos. En las manos tenía marcas profundas, ya que fue amarrado. Cuando llegó casi no hablaba. Durante las noches se despertaba y decía que lo iban a venir a buscar, ya que estaba

bajo arresto domiciliario. El terror era muy grande. Poco a poco se fue soltando”.

En los primeros días en casa, Bachelet comienza a recuperar los kilos perdidos, pero la “inactividad, a la que no estaba acostumbrado; el temor permanente de ser nuevamente detenido; el abandono —en su mayoría involuntario, por razones que él desconocía— de quienes habían sido sus amigos de toda la vida, repercutieron fuertemente en su estado de ánimo. Se le veía inquieto y angustiado, lo que trataba de disimular haciendo gala de su buen humor y simpatía, a fin de no preocuparnos”, cuenta Jeria[56].

Bachelet se establece rutinas para pasar los días encerrado en el departamento. Lee más que nunca libros de historia mientras escucha sus óperas favoritas. Aprovecha de ordenar papeles y documentos. Regalonea a su hija todo lo que puede. Y escribe muchas cartas, en las que fue dejando testimonio de lo que había vivido. En una a su hijo Alberto, que residía en Australia, con su esposa, Patricia Espinoza, y sus dos hijos pequeños, Christian y André dice:

> *Estuve 26 días arrestado e incomunicado. Fui sometido a tortura durante 30 horas (ablandamiento) y finalmente enviado al Hospital FACH con una isquemia, que es la antesala del infarto (…) Me quebraron por dentro, en un momento, me anduvieron reventando moralmente —nunca supe odiar a nadie— siempre he pensado que el ser humano es lo más maravilloso de esta creación y debe ser respetado como tal, pero me encontré con camaradas de la FACH a los que he conocido por 20 años, alumnos míos, que me trataron como un delincuente o como a un perro.*

Ángela Jeria también está mucho en casa en esos días de octubre, pues su facultad y su carrera, Arqueología en la Universidad de Chile, están suspendidas. Recién el 22 de octubre ella tiene que ir a reinscribirse. Michelle lo había hecho una semana antes en Medicina.

Mientras está en casa, Bachelet experimenta otra decepción: la masonería, a la que había pertenecido por 28 años y donde había llegado al grado 19, lo expulsa. En la carta que le envía el coronel de la FACH Renato Ianiszewski,

maestro de su logia, le da como argumento las inasistencias. Bachelet responde así a la acción de los masones:

"Para usted, venerable hermano, no es ningún misterio lo que me ha ocurrido en estos últimos meses. Sin embargo, en los momentos más difíciles, ningún hermano de La Cantera trató de tender la mano al hermano momentáneamente caído y menos a su familia. Eso se llama cobardía moral. Usted, V.H., olvidó los principios que nos son tan caros, como la fraternidad y la solidaridad para con los necesitados"[57].

Aprovechando que está en casa y que ella disfruta reacomodando los muebles, *Gelo* le da una serie de tareas domésticas para aliviarle el paso de las horas a su marido. Él se lo toma un poco en broma y graba sus quejas en una cinta que enviará a sus parientes en Estados Unidos. Ángela acepta hablar también, pero a ella le cuesta contener la emoción cada vez que se pone frente al micrófono.

—¿Estás contenta de que esté en la casa? —se escucha que le pregunta él a *Gelo*.

—Estoy contenta.

—Está contenta porque me ha explotado en la casa, corriendo muebles, limpiando cosas. Tú viste cómo limpié la terraza completa —replica él.

Pese a las bromas, él mantiene la preocupación de que puede volver a ser arrestado. Cada vez que suena el timbre, piensa que alguien lo viene a buscar y se pregunta: ¿volveré a mi casa? ¿Debo llevar o no mi maleta?

Su pesadilla se hace real el 18 de diciembre de 1973.

Seis días antes, Bachelet llama al fiscal Gutiérrez para pedirle permiso para viajar a Talca, pues un primo suyo de cincuenta años se casa. Pese a que habla con su acusador, no puede evitar bromear sobre la decisión del pariente a tan tardía edad. El fiscal le responde que no tiene problemas con que viaje, pues no tiene cargos en su contra. Que está terminando el sumario y que pedirá una condena de tres años y un día para él. Bachelet queda sorprendido con la respuesta y llama a su abogado. Pero antes,

escuchará de voz de Gutiérrez que ellos —la Fiscalía— no se creen que la reunión con los integrantes del MIR hubiera sido solo para discutir sobre desabastecimiento y distribución de alimentos. Bachelet era el oficial de más alto rango y activo que tenían en el proceso.

El día que *Beto* y *Gelo* cumplían 28 años de casados, el 16 de diciembre de 1973, fueron a Talca. Así recuerda ella ese viaje: “El matrimonio fue bastante desagradable porque hubo incidentes con dueños de fundo presentes al relatarles las torturas que había sufrido y creo que por eso se lo llevan posteriormente preso. Volvimos a Santiago y es detenido el martes 18 de diciembre de 1973. Fue detenido por el comandante (Edgar) Ceballos y es conducido a la Cárcel Pública”.

Al llegar esa tarde al recinto penitenciario de calles General Mackenna con Teatinos, en la galería N° 2 se escucha una algarabía. Bachelet se reencuentra en la celda N° 12 con Galaz, Miranda y Vergara, además de otros oficiales de la Fuerza Aérea, como el capitán Jorge Silva. Lo reciben con alegría, se cuentan lo que han pasado y cuando lo quieren excusar de labores rutinarias de la cárcel como preparar las comidas, lavar loza o limpiar baños, él les dice que no, que es uno más. Cuando se encuentra con el ex vicepresidente del Banco de Estado, Carlos Lazo, este le dirá: “Qué gusto conocerlo, general. ¡Cómo me golpearon para que dijese que había tenido reuniones con usted!”.[58]

Cosas del destino: en Londres, ese mismo 18 de diciembre, Fernando Matthei era informado de que la destinación que Leigh había decidido para él a partir de 1974 es la dirección de la Academia de Guerra Aérea[59]. Con ello, se abre el capítulo más complejo de la amistad entre Matthei y Bachelet.

“Don Quijote yo no soy”

Tras permanecer en Inglaterra como agregado de la Fuerza Aérea en la embajada de Chile en Londres desde fines de 1971, el coronel Matthei regresa el 28 de enero de 1974 con su esposa y su hijos menores Robert, Víctor y Hedy. Evelyn se queda ese año allá por su cuenta, siguiendo con

sus estudios de piano. Fernando hijo ya había vuelto el año anterior para retomar sus estudios de Ingeniería.

Matthei cuenta que al regresar a Chile, le llamó la atención el ambiente de odio que había entre sus compañeros de armas. “Yo no entendía lo que estaba pasando en Chile cuando volví de Londres, no pude reconocer a los que eran mis compañeros y amigos, el odio que se veía en algunos. Mire, un soldado jamás tiene que odiar a su enemigo. Si lo vence, al enemigo se le respeta. Lo tienes prisionero y lo respetas como tal. Actuar distinto es ser cualquier cosa, menos soldado”.

Fue en Londres que se entera por la prensa de la detención de su amigo Bachelet y de la investigación que realiza la Fiscalía aérea. “Me sentí contrariado”.

El 2 de febrero Matthei se presenta oficialmente en la AGA. Por decreto oficial, ya era el director de esa academia cuya misión original era educar a los oficiales, preparar a los comandantes. Matthei había sido nombrado en ese puesto pues según cuenta en su libro biográfico, para ascender a general “me faltaba cumplir un requisito reglamentario: un año de mando”. Eso se lo daría la nominación en la AGA. “Habría sido un puesto soñado en tiempos normales”. No era el caso a comienzos de 1974.

Vestido de uniforme completo, el coronel Matthei llega hasta el edificio con amplios jardines de calle La Cabaña, en Las Condes. El oficial a cargo de la Fiscalía era el general Orlando Gutiérrez. Ese con el que el coronel no tenía buena relación. Pero más allá de lo personal, había aquí un tema de grados, como lo explica el ex capitán Raúl Vergara: “El director tenía menor grado que el hombre a cargo de los subterráneos”.

Pero ese 2 de febrero, Matthei no se presenta ante Gutiérrez, sino —de acuerdo a sus tres declaraciones judiciales— ante el coronel Horacio Otaíza, quien era el segundo oficial después del general de la Fiscalía. Tras la formalidad, se reúne con la gente que sí estaba bajo su mando: el subcomandante Luis Muñoz Pérez —que ejerce como subdirector—, “más personal de planta, como escribientes, cocineros, ordenanzas, choferes”. En otro escrito judicial, explica que la gente a su cargo tenía como responsabilidad la seguridad del perímetro externo, preparar las comidas y

el manejo del casino, y que incluso las bandejas para el subterráneo las debían dejar en la escalera". En su libro, Matthei recuerda que "el amplio subterráneo (…) estaba rígidamente custodiado, siendo *off limits* para toda persona ajena a la Fiscalía de Aviación".

Ese día, él mismo prueba la comida del casino de la AGA, pues se queda a almorzar. Allí se encuentra con el comandante Ramón Cáceres y le pregunta por el estado de salud de Bachelet. Le responde: que están todos bien. Nada más. Fue la única vez que Matthei preguntó por su amigo, de acuerdo a su testimonio judicial.

Antes de retirarse del edificio, Matthei pide que le abran la biblioteca, pues necesita sacar un libro que él mismo había comprado durante su estadía en Londres y había enviado a Santiago. Se trata de un texto sobre la invasión alemana a Noruega. Lo necesita para la otra función que Leigh le ha asignado al llegar a Santiago: Director de Planificación en el Estado Mayor de la FACH. "Esa era mi labor real, ahí estaba todos los días, el cargo que realmente tenía, donde debía rearmar todos los planes de ataque, todo el funcionamiento y por el cual fui evaluado ese año. En mi calificación de ese año, no aparece una palabra de la AGA". Por ese cargo, él todos los días se dirige a trabajar a los cuarteles generales de la FACH y no a la Academia.

La biblioteca de la AGA está en el subterráneo, *off limits* como la llama él, por lo que es escoltado hasta el lugar por el teniente Víctor Mattig, otro de los oficiales asignados a la Fiscalía y quien en las investigaciones judiciales posteriores ha sido identificado como uno de los torturadores del lugar. Al bajar, Matthei ve a un grupo de detenidos, pero dice no reconocer a ninguno.

¿Podía Matthei hacer algo por su amigo Bachelet? Es la pregunta que siempre aparece. También se la hace el coronel Matthei en ese febrero de 1974 y le consulta a un amigo general: "(Hablé) con el general Martini. Le hice presente si podía hablar con el comandante en jefe, el general Gustavo Leigh, para ver si se podía hacer algo. Él me dijo que no me metiera en las cosas que no me correspondían, que esos eran problemas del comandante en jefe y que yo ni siquiera había estado acá durante los dos últimos años de la UP"[60].

Raúl Vergara agrega que se debe tener en cuenta el ambiente de la época, y cuenta la historia de lo que pasó a un oficial que pagó caro el solo ir a verlos cuando estaban detenidos en la Cárcel Pública: el caso del comandante Iván Escobar. “Para su desgracia, el día que fue coincidió con una patrulla aérea que iba a buscar o dejar detenidos. Esa misma noche su casa fue allanada y él conducido a la Academia de Guerra donde fue salvajemente torturado ¡por alguien que no solo fue su compañero, sino además socio de negocios! El fatídico comandante (Edgar) Ceballos”. Por ese pecado, Escobar pasó una “larga temporada en la cárcel con nosotros y sin cargos”, continúa Vergara. Según él, lo que se buscaba provocar con esas acciones era asustar: “El ambiente después del golpe militar en la FACH era de completa inseguridad y mucho temor. La caza de brujas iniciada desde el mismo 11 y la violación a los más básicos principios de respeto a la jerarquía, al vejarse abiertamente a prestigiosos oficiales, partiendo por generales, indicaba que nadie estaba seguro”.

Matthei dice hoy: “Yo no podía hacer nada. Nada. Si hubiera tratado de hacer algo a mí me iban a echar de inmediato ¿y quién ganaba con eso? Nadie gana nada con que otro haga gestos que no conducen a nada. No me llena de orgullo eso. A veces, podría ser mejor ser un Quijote, aunque uno quede botado. Pero, don Quijote yo no soy. ¿Qué hubiera sacado siéndolo? No hubiera logrado hacer nada por él, y yo habría quedado atrapado en las aspas, fuera de la FACH. Eso no le hubiera servido a nadie”.

Y aunque el general dice que actuaría de la misma forma, mirado en retrospectiva, no le ha sido fácil vivir con la encrucijada moral que enfrentó. En 2003 dijo en su biografía: “Confieso que nunca lo fui a visitar (a Bachelet) ni al subterráneo de la academia ni a la cárcel, hecho del cual me avergüenzo. Tal vez en esa oportunidad primó la prudencia por sobre el coraje”[61].

El 2 de marzo, Matthei es enviado en comisión de servicio a Londres por días. Estando allá, Alberto Bachelet muere la mañana del 12 de marzo de 1974 en la Cárcel Pública. Los días previos había sido interrogado y sometido a tortura en la AGA.

En los diarios del día siguiente, saldrán breves notas donde —bajo el título “Falleció General Alberto Bachelet”— se dará a conocer la información

oficial entregada por el Secretario de Prensa de la Junta de Gobierno, Federico Willoughby-MacDonald. Una nota del 15 de marzo en *El Mercurio* será un poco más larga y entregará una extensa ficha clínica del oficial con algunos episodios de salud extras a los que conocía su familia. El infarto cardíaco, producto de una condición médica previa, es la razón oficial para explicar su muerte.

Solo en los pasillos de la galería N° 2 de la Cárcel Pública la verdad de lo ocurrido corre en boca del médico Alvaro Yáñez —también detenido— y a quien Bachelet le dice la tarde anterior a su muerte que está preocupado porque lo irán a buscar para llevarlo a una sesión al AGA. Cuando vuelve está demacrado y anímicamente golpeado. Les cuenta a algunos de sus compañeros de la celda 12 que ha debido escuchar por horas cómo torturan en un salón contiguo a una mujer que trabajó con él la Dirección de Abastecimiento. Al doctor Yáñez y al capitán Jorge Silva, que esa mañana del 12 de marzo está con Bachelet en la celda terminando las labores del desayuno, les dice que se siente mal. El doctor Yáñez intenta convencer al alguacil de la cárcel para que lo envíe a un recinto hospitalario. Bachelet ya había tenido otro episodio cardíaco en enero, por el que fue internado un par de días en el hospital de la FACH. Yáñez sospecha que ahora el general está en medio de un infarto, pero el alcaide responde que necesita una orden de la Fiscalía de la FACH para trasladarlo.

Cuando Bachelet pierde la conciencia sobre la cama, Yáñez intenta infructuosamente reanimarlo con masajes cardíacos. La autopsia realizada en el Servicio Médico Legal por los doctores José Luis Vásquez y Alfredo Vargas dirá: “La causa de la muerte es una dilatación aguda del corazón (…) y era portador, de una acentuada arterioesclerosis generalizada, de predominio cardiovascular. A nivel de corazón, se comprobaron múltiples infartos antiguos muy extensos. Se trata de una muerte por enfermedad”.

Ángela Jeria y su hija Michelle, quienes lo visitaban todos los días martes en el patio de la Cárcel Pública, lo volverán a ver ese martes sobre la camilla del Servicio Médico Legal.

Pero antes de eso, en febrero, Bachelet se entera de que Matthei está en Chile. También alcanza a saber de su nuevo viaje a Londres. Es en ese

intervalo que le pide a su esposa que le lleve su defensa a Matthei y a Leigh.

El amigo Leigh

La viuda de Bachelet llega hasta el Edificio Diego Portales para llevarle la defensa de su marido al comandante en jefe Gustavo Leigh. A quienes Ángela Jeria les ha contado esa escena, recuerdan que ella siempre usa el término “descarnado” para describir la actitud del general hacia ella. Molesto por la insistencia de la mujer, él lanza los papeles que ella le entrega sobre la mesa y le dice: “Mira lo que dicen aquí estas publicaciones”, mostrándole titulares de medios que hablaban contra el general Bachelet. *Gelo* quedó descompuesta. Todo lo contrario a lo que sería la reunión con Matthei en su casa.

Como comandante en jefe de la FACH, Leigh era quien había promovido los Consejos de Guerra para los oficiales de sus filas. Un juicio que para varios no tenía razón de ser, pues si los acusados habían cometido algún acto de conspiración, este habría sido antes de que se estableciera el Estado de Guerra mediante la dictación del Decreto Ley N° 5 de la Junta Militar emitido el 12 de septiembre.

Matthei explica así sus críticas al proceso: “En lo personal, yo sentía vergüenza de que la institución que canta ‘camaradas en la vida y en la muerte’ hagamos una payasada estúpida que no hizo ni el Ejército, ni la Marina, ni Carabineros. Solamente se le ocurrió a la Fuerza Aérea dirigida por el comandante en jefe, el general Gustavo Leigh”.

Pero en octubre de 1973, el general Bachelet aún no veía la relación entre su proceso judicial, sus visitas a la AGA y Leigh. En la cinta que graba entre el día 18 y 19 de ese mes, él dirá: “Para mí es un orgullo tenerlo como amigo. Gustavo Leigh puede estar en una posición ideológica distinta a la mía, pero no por eso voy a dejar de reconocer los méritos que tiene”.

Ya en la cárcel, y por febrero, su decepción habrá crecido con su amigo. Y la de su viuda más aun tras la muerte de su esposo. Pues además de visitar a Leigh, el 17 de abril de 1974 ella le envía una carta a raíz de una entrevista

dada por Augusto Pinochet a un medio extranjero —y replicada en Chile— donde dice que Bachelet había sido preso por “delitos de carácter económico”.

Así le escribe Ángela:

> *Bien sabe Ud., señor General, que mi marido no se encontraba procesado por delitos económicos, sino que había sido acusado por “incumplimiento de deberes militares” en relación con materias puramente institucionales (…) siendo Ud., el representante de la Fuerza Aérea en la H. Junta de Gobierno, deseamos pedirle que, por haber conocido personalmente durante tantos años a mi marido como camarada de armas, sea Ud., quien obtenga esa aclaración.*
>
> *Firma: Ángela J. de Bachelet.*

Gustavo Leigh no le respondería hasta tres meses después, en una carta fechada el 30 de julio de 1974, el mismo día en que se dieron a conocer las sentencias de los Consejos de Guerra: “Acuso recibo de su nota por la que se solicita una aclaración en lo que dice relación con la responsabilidad de su marido (…) Atendido que el Consejo de Guerra no había dictado sentencia, era imposible para mí acceder a su petición, toda vez que desconocía cuál sería el resultado del proceso”. La carta de tres carillas luego detalla lo que dice el dictamen en que acusa a Bachelet “como autor del delito de incumplimiento de deberes militares”, acusación que se basa en la reunión en el Banco del Estado con funcionarios del Gobierno cubano y con miembros del MIR en su casa. Al final de ese dictamen, se establece que su caso queda sobreseído por fallecimiento.

Años después de estas cartas, ya en los 80, Ángela Jeria se encontrará por casualidad con Leigh un día sábado en una ferretería de Avenida Las Condes. Él, ya fuera de la comandancia en jefe, le dirá que está tranquilo, porque tenía su conciencia y sus manos limpias.

Como explicará él en 1988 en revista *Análisis*, la amistad con Bachelet sufrió un quiebre a medida que la radicalización del país entre la izquierda y la derecha se profundizó. “El llegó mucho antes que yo a general…Y después, cuando yo llegué a general y estuve en el Estado Mayor, ya había

una separación… Porque ya vivíamos un período en que la gente no se hablaba unos con otros. Del año 70 en adelante (…) Él empezó a mostrar una vena política. Y en las instituciones armadas no existe realmente una vena política”.

Y pese a que él ocupaba el más alto cargo de la institución, en 1988, ya dedicado al corretaje de propiedades, diría en la misma entrevista respecto del proceso contra Bachelet: “(Supe) que estuvo detenido, eso sí…Yo no podía hacer nada”[62].

CAPÍTULO 7

TORTURA Y REPARACIÓN

—¡Cuánto has sufrido, *Gelo*, cuánto has sufrido! Tú no sabes cuántas veces me siento en el jardín de mi casa, debajo de los dos olivos que *Beto* me ayudó a plantar, y le converso y le pido consejo.

Es el verano de 1979 y el ahora comandante en jefe de la FACH y miembro de la Junta Militar, general Fernando Matthei Aubel, recibe a Ángela Jeria en su oficina en el edificio de las Fuerzas Armadas en calle Zenteno. Al igual que hace cinco años, cuando ella lo fue a ver a su casa en Las Condes con el expediente de la defensa de su esposo, Matthei logra desarmarla con su amabilidad. Apenas la ve, él la abraza y pronuncia la ya famosa frase. Ángela y su hija Michelle han logrado volver a Chile después de cuatro años de exilio que la llevó primero a Australia, a la República Democrática Alemana (RDA) y, finalmente, a Estados Unidos. Para su hija, en todo caso, sería la nación comunista el centro de su vida en el exterior.

Cuando Ángela Jeria está en Estados Unidos, se promulga en Chile el 19 de abril de 1978 la Ley de Amnistía. Con esta, la ministra de Justicia, Mónica Madariaga, logra dejar fuera del alcance de tribunales por casi dos décadas los crímenes cometidos entre el día del Golpe y el 10 de marzo de 1978, fecha en que se levantó el Estado de Sitio en Chile y se reemplazó por Estado de Emergencia. La ley tenía, sin embargo, un efecto positivo para víctimas de la dictadura: se abría una puerta para el regreso de algunos exiliados durante ese período. Ángela Jeria ve ahí una esperanza y decide consultar en la embajada en Washington. La primera información que le dan es que lo más probable es que ella y su hija cumplan con los requisitos. No resulta así. El oficial de la Fuerza Aérea y subsecretario del Interior, Enrique Montero Marx (1973-1982), le envía una comunicación en que le dice que ella no podrá ingresar al país pues es considerada peligrosa para la seguridad nacional[63].

Durante el exilio, Jeria se ha transformado en una activista de las denuncias de violaciones de los derechos humanos en Chile. Al año siguiente del asesinato del ex canciller Orlando Letelier en un atentado en Washington —perpetrado por agentes del aparato represivo chileno en septiembre de 1976—, ella viaja a esa ciudad a dar testimonio de los crímenes que la dictadura cometía en Chile.

Pese a todo, Jeria se había ilusionado con poder regresar y cuando supo de la negativa se comunicó con su concuñado, el general (R) de la FACH Osvaldo Croquevielle. Casado con la hermana de Alberto Bachelet, Alicia, desde la detención de *Beto* —el 14 de marzo de 1973—, el oficial ya retirado nunca ha abandonado a Michelle y a Ángela. Él hizo todas las gestiones necesarias para ayudarlas cuando estuvieron en problemas. Fue él también quien amenazó a la Capilla Castrense con dejar el ataúd de Bachelet en la calle si no lo recibían para su velorio. Ahora, no sería la excepción.

Desde el 24 de julio de 1978, Fernando Matthei ocupa uno de los cargos más importantes en el aparato político: es uno de los cuatro miembros de la Junta Militar. Croquevielle recurre a él. Matthei se compromete a buscar una solución.

—Fui donde Sergio Fernández, el ministro del Interior, y le dije: “Yo garantizo, yo soy el garante de Ángela Jeria y Michelle Bachelet”.

La garantía dada por el comandante en jefe de la FACH tuvo resultado y por eso en este verano de 1979 Ángela y Fernando están en esa oficina en calle Zenteno conversando. Es él quien la ha citado. “Conversamos mucho. Matthei me dijo que no había tenido otra opción más que asumir como comandante en jefe de la FACH, porque Pinochet lo había puesto entre la espada y la pared: si no lo hacía, dividiría a la FACH en dos partes, una la asignaría a la Marina y otra al Ejército; o nombraría a un general de Ejército como comandante en jefe”[64].

Matthei había llegado al cargo máximo de la institución luego de que las disputas entre Gustavo Leigh Guzmán y Augusto Pinochet Ugarte se hicieran insostenibles. Desde el mismo 11 de septiembre de 1973, Leigh había resentido que el jefe del Ejército tuviera preponderancia sobre los

otros comandantes en jefe. El episodio final de esas tensiones se vivió con la entrevista que el aviador dio al diario italiano *Il Corriere della Sera* y que fue publicada el 18 de julio de 1978, donde se manifestó contrario al itinerario institucional que dejaría a Pinochet en el cargo más tiempo del que él encontraba aceptable. Pero lo que más molestó al jefe de la Junta Militar fueron los comentarios sobre el atentado a Letelier, al decir que si se llegaba a probar alguna participación de organismos chilenos él revisaría su permanencia en la Junta. En los seis días siguientes, la tensión entre Leigh y Pinochet solo aumentó, y el 24 de julio la Junta emitió un decreto secreto de remoción del comandante en jefe de la FACH[65]. Matthei, el décimo general en la línea de antigüedad y ministro de Salud desde hacía dos años, ya había sido llamado por Pinochet. Sabía que al aceptar el cargo, lo haría en las peores condiciones internas, con un alto mando de la FACH en pie de guerra, pues todos apoyaban al saliente comandante en jefe. Al final de esa tarde, no solo se habían ido los nueve generales que debieron ser llamados a retiro por estar por sobre él —entre ellos su cuñado, Eduardo Fornet—; también presentaron su renuncia los otros diez que estaban bajo él. Al día siguiente, Matthei dijo que sería "cobardía moral no haber aceptado".

Fue al tomar esa decisión en un escenario interno tan adverso, que Matthei pensó en esa frase de los toreros españoles y que en julio de 2013 le repitió a su hija Evelyn cuando supo de la renuncia de Pablo Longueira a la candidatura presidencial: "¡Vista, suerte y al toro!".

Con los meses, Matthei había avanzado en ordenar al nuevo Alto Mando de la FACH tras suyo. El fantasma de Leigh parecía disminuir de peso, pues según Ángela Jeria contó a revista *Análisis* una década después, en esa conversación del verano de 1979, "(él) me dijo también que Leigh tendría que responder ante la historia por el bombardeo a La Moneda y por el aberrante proceso a los oficiales de la FACH y lo que había pasado en los subterráneos de la AGA".

En abril de 1974 el entonces coronel Matthei y director de la Academia de Guerra había asistido a la inauguración del Consejo de Guerra que la Fiscalía Aérea realizó contra 57 miembros de sus filas y siete civiles. Ese que emergía del caso caratulado "Contra Bachelet y otros". De esos procesos salió un primer dictamen el 30 de julio con cuatro condenas a

muerte, que más tarde fueron revertidas a treinta años de presidio, y después a exilio. Matthei repite hoy algo que también les dijo, en privado, en 1991 a algunos de esos mismos oficiales procesados: que él considera una aberración lo que allí se realizó. “Nada de eso debió hacerse nunca”. También lo dijo en su declaración judicial de septiembre de 2012: “Las condenas impuestas, donde hubo penas de muerte, las consideré absurdas y afortunadamente ellas fueron conmutadas”.

Si cuando *Beto* estuvo detenido él no jugó a ser el Quijote, el general (R) hoy explica que la gestión que realizó para que Ángela y Michelle pudieran regresar a Chile la hizo porque en 1979, y como comandante en jefe, él sí tenía el poder para hacer una diferencia. No así cuando era un coronel: “No hice nada en la AGA. No lo podía hacer, punto. Esto otro lo podía hacer y lo hice, punto”. Otros gestos para resarcir de alguna manera lo que no hizo antes, Matthei los realizaría con el tiempo.

Para Ángela Jeria esa gestión ante Sergio Fernández y la larga conversación de ese día, le hicieron valorar aun más a ese oficial amigo de su esposo, al que ella consideraba culto y respetable desde que se conocieron en 1958 en Cerro Moreno. Una opinión que ella mantiene hasta hoy y por la que ha salido en su defensa cuando agrupaciones de DD.HH. han insistido en pedir su procesamiento como uno de los responsables en la muerte del general Bachelet.

Porque en ese diálogo de 1979, Matthei también hizo su mea culpa: “Sí, le dije algo sobre no haber sido más valiente con lo de Alberto”.

Matthei ya había tenido la oportunidad de darle el pésame a Ángela a poco de la muerte de su esposo. De lo que no habían hablado era de lo que pasó con ella y Michelle después de la muerte de *Beto*, y que terminó con ambas en el exilio. De ahí su frase ese verano: “¡Cuánto has sufrido, *Gelo*!”.

Villa Grimaldi y Cuatro Álamos

Luego de la muerte de Bachelet, madre e hija siguieron trabajando para ayudar a los que seguían en la cárcel. “Traté de reunir antecedentes para informar al mundo lo que pasaba. Me contacté con militantes de distintos

partidos. Sacábamos información de los abogados, la cárcel, y a través de distintos canales llegaban a destino”[66].

Una de las personas con las que circulaban la información fue detenida por la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), organismo a cargo del teniente coronel Manuel Contreras. Ella dio el nombre de Ángela y Michelle y el 10 de enero de 1975 Armando Fernández Larios llega con otro agente a detenerlas a su departamento en Avenida Vespucio. La estudiante de Medicina recién llegaba de la Universidad y se encuentra con su madre, que está con sus nietos de cuatro y cinco años, los hijos de Alberto. “Alcancé a esconder algunos papeles con los nombres de personas. Dijeron que venían ‘nada más que a llevarnos a conversar’. Les pedí que me dejaran llamar a mi nuera. Mi hija llamó a compañeros del PS y en clave les informó que nos detenían”. Michelle alcanzó a advertir a su pololo, Jaime López: “Mi amiga Dinamarca me invitó a tomar té y no sé a qué hora voy a volver”, le dijo por teléfono. Era la frase que habían acordado por si se encontraban en problemas[67].

Madre e hija fueron vendadas y subidas a un vehículo. “Pude fijarme dónde nos llevaron: pasaron por una casa en Los Leones con Ferrer, y después a Eduardo Castillo Velasco, luego a Villa Grimaldi. Nos mantuvieron todo el día amarradas a una silla, esperando el interrogatorio”. Quien las recibió fue el coronel del Ejército, Pedro Espinoza. Allí estuvieron seis días. Ante la Comisión Rettig Ángela Jeria relatará en 1990 que fue la experiencia más terrible que tuvieron en la vida, pero que fueron tratadas mejor que otras personas. Y Michelle Bachelet dirá: “A mí me golpearon, pero no me pusieron en la parrilla”. Madre e hija fueron separadas en el lugar.

“Sí, me torturaron…Me cuesta recordar los detalles. Como que se me bloquearon los malos recuerdos (…) Me amenazaban con matar a mi mamá y a ella con matarme a mí”, recordó Bachelet en 2004.

—¿Es efectivo que también fue abusada?

—No. Si fuera cierto, lo reconocería. Lo amedrentador era estar tan indefensa, tan vulnerable.

En esos días, Ángela fue encerrada en un cajón y vendada. Estuvo sin comer. Solo una vez la llevaron al baño. El día que la sacaron, le dijeron que se les había olvidado que ella estaba allí. "Llegó un oficial, abrieron la puerta —que estaba sujeta con clavos— y me dice: 'Señora, cómo la tienen aquí'. Tenía zapatos y pantalón de la FACH. Creo que era el capitán Madrid. Me dijo: 'Ay señora, al general nunca lo tuvimos así'. No, le dije, pero lo mataron. Dijo: 'Dejen la puerta abierta para que respire'... En las noches traían a presos y los introducían en las 'cajas'. Sentía cómo se quejaban, gritaban"[68].

En el patio de ese lugar, Ángela Jeria fue llevada ante la presencia del coronel Marcelo Moren Brito, a quien décadas más tarde, a fines de los 90, ella reconocería como un vecino de su edificio. Cuando lo vio por primera vez en el ascensor, ella se sintió muy contrariada, pero no pudo dejar de decirle que lo conocía. "¿De dónde?", le preguntó él. "De Villa Grimaldi", le respondió ella.

—¿Quién es usted?

—Soy la esposa del general Bachelet.

En otra ocasión en que se cruzaron en el ascensor, ella le dijo que no lo odiaba, que más bien él le daba pena. De ahí en adelante, él la buscaba en el edificio para saludarla. Hace unos meses fue la esposa de Moren Brito quien se le acercó a Jeria en un supermercado para pedirle ayuda para su marido, detenido y condenado por sus acciones en el penal Cordillera. La mujer quería saber por qué él no podía acceder a libertad condicional si estaba pronto a cumplir diez años en prisión. Ángela consultó a un especialista, quien le explicó que no era posible pues Moren Brito tiene una acumulación de penas y procesos pendientes. Con esa respuesta, Ángela bajó hasta el tercer piso de su edificio y le explicó lo mismo a la esposa de quien fuera el hombre que en 1975 la mandaba a llamar hasta el patio de Villa Grimaldi, donde la humillaba con sus palabras y a ratos con sus manos.

Al séptimo día, madre e hija son trasladadas a otro recinto de detención y tortura, Cuatro Álamos. En ese lugar quedan en piezas contiguas y logran conversar por la noche a través de la rendija de una ventana. Michelle

Bachelet, quien teme por la suerte que ha corrido su madre, es liberada el 20 de enero. Al salir, llama a su tío Croquevielle para contarle lo que les ha pasado y le pide ayuda para sacar a su madre. Este acude al comandante en jefe de la FACH, Gustavo Leigh, quien le dice que la DINA está fuera de su alcance, pero que verá qué puede hacer. Mientras estaba en Villa Grimaldi Ángela Jeria escuchará que por ella están presionando desde la FACH para que la liberen.

De acuerdo al libro *Disparen a la bandada*, será otra gestión la que dará resultado, una ante el ministro del Interior, general César Raúl Benavides. Él ofrece liberación a cambio de expulsión[69]. Michelle Bachelet mueve rápidamente visas para ella y su madre. El 31 de enero, Ángela es traslada a un cuartel policial donde pasará la noche y al día siguiente, hasta el aeropuerto. Ella no sabía adónde la llevaban. En Pudahuel se encuentra con su hija, a quien no veía desde que las detuvieran hacia un mes, y embarcan en el avión rumbo a Australia. En el viaje casi no lloran, pero se cuentan todo lo que han pasado. “No nos paró la lengua. Nos contamos todos los detalles, nos vino una cosa muy adolescente de ponernos al día. O sea, sentimos una enorme emoción y felicidad mezcladas de dolor porque nos estábamos yendo de nuestro país. Pero no nos fuimos llorando todo el viaje, nos fuimos conversando”[70].

Mientras todo eso pasaba, en enero de 1975, el coronel Fernando Matthei era ascendido a general de brigada aérea y nombrado por Leigh como director de Operaciones. Dice que él no supo en ese tiempo por lo que pasaba la esposa de su amigo y su hija, sino hasta mucho después.

Y pese a que en ese verano de 1979 Ángela volvía a un país donde la DINA ya no existía, pero sí la CNI, en esa conversación en la oficina de la comandancia en jefe de la FACH, Matthei dice que no le pidió nada a ella respecto de sus actividades políticas en suelo nacional.

—Tú estás de vuelta en Chile y tú verás cómo te conduces acá —recuerda Matthei que le dijo.

A lo que ella respondió:

—Yo no voy a cambiar, seguiré haciendo las mismas cosas en que andaba.

Ángela Jeria seguirá vinculada a asociaciones de DD.HH. y su hija Michelle ingresará a una vida más riesgosa al entrar al mundo del trabajo político clandestino.

Ni Jeria ni Matthei recuerdan haberse vuelto a ver en los 80. Edith Pascual, la viuda del coronel Carlos Ominami, sí recuerda que por 1981 hubo un intento fallido. Jeria la llevó hasta la casa del comandante en jefe de la FACH para intentar que él intercediera por la hija de Pascual. María Soledad Ominami estaba detenida en un cuartel de Investigaciones, controlado por la CNI. Pero no tuvieron suerte: solo las recibió la esposa del general, Elda Fornet, desde el otro lado de la reja, y no hubo mayor ayuda, según recuerda Pascual.

No sería hasta el regreso de la democracia que Matthei realizaría una serie de gestos muy valorados por Jeria.

El honor militar

"Para nosotros y nuestros amigos, mi marido no ha perdido su honor. Nuestro máximo anhelo es que se reivindique públicamente su honor, tanto como hombre como militar". La frase figura en la declaración de Ángela Jeria ante la Comisión Rettig de 1990.

Fernando Matthei conoce del resultado del *Informe Rettig* de voz del propio presidente Patricio Aylwin, quien llegó hasta su casa para felicitarlo. Cuando el documento se dio a conocer el 4 de marzo de 1991, Matthei estaba enfermo y en reposo en su casa. Aylwin, quien veía en el uniformado a un hombre confiable y hasta como a un aliado durante los complejos momentos del fin del Gobierno militar y el inicio de la transición, felicita a Matthei. Desde que él asumió la comandancia en jefe en julio de 1978 no figura en ese informe ninguna violación a los DD.HH. cometida por miembros activos de la FACH. Al asumir el cargo, Matthei había tenido especial cuidado en sacar a sus oficiales de los organismos de seguridad. Así se lo había anunciado al propio Pinochet.

El martes 12 de marzo de 1991, Fernando Matthei va hasta La Moneda a dar su respaldo oficial al Informe de la Comisión Nacional de Verdad y

Reconciliación. A la salida del Palacio, los periodistas le preguntan:

—Comandante, ¿la FACH está dispuesta a restituir el honor del general Alberto Bachelet?

Matthei se queda un momento en silencio y responde:

—Alberto Bachelet siempre fue amigo mío. Personal. Yo me siento muchas veces a la sombra del árbol que él me regaló. No dejo de recordarlo nunca como un buen amigo. Es un general que tiene honor y todo lo que sea a su favor cuenta totalmente con mi beneplácito. Yo no puedo estar más de acuerdo[71].

Hasta hoy, el diario en que esa noticia fue titular está guardado entre los archivos de Ángela Jeria.

Ese mismo año, ella lo va a ver a su oficina de la comandancia en jefe. Ángela intentaba ayudar a los compañeros de cárcel de su marido, quienes por ese tiempo hacían gestiones para que la FACH les reconociera alguno de los derechos que habían perdido tras las condenas del Consejo de Guerra de 1974. Algunos eran pecuniarios, otros más bien simbólicos.

Para quienes no han crecido en ese mundo militar cuesta entender por qué esos gestos son tan relevantes. El ex capitán Raúl Vergara intenta explicarlo: “Dentro de las reivindicaciones de los que fuimos procesados estaba esto de recuperar la tifa —identificación de los uniformados—, era una manera de volver a ser de la familia de la Fuerza Aérea. Todos nos decían: ‘pero ustedes son idiotas, miren cómo los trataron, los maltrataron. Y ahora quieren volver’. Yo entré a los dieciséis años a la Fuerza Aérea, y así todos, y desde ahí absorbes el mundo. Tienes un sentido de pertenencia tremendo. Se forma una atracción hacia esa institución, una especie de fuerza centrípeta”.

El comandante Fernando Matthei lo sabe. Y por eso se compromete con Ángela a recibirlos. Antes de que ella deje su oficina, él le dirá algo así como que aún le cuesta mirarse al espejo por lo que la FACH hizo con su esposo.

Uno de esos encuentros de Matthei con los ex detenidos se producirá en el Club de Campo de la FACH, en Quinchamalí, poco antes de que él deje la comandancia el 31 de julio de 1991. Son invitados el general Ramón Vega, quien sería el próximo comandante en jefe de la FACH; el ex comandante Ernesto Galaz, uno de los que recibió pena de muerte en el Consejo de Guerra; y el capitán Raúl Vergara, otro de esos condenados.

Vergara recuerda que con Galaz salieron muy sorprendidos del almuerzo. No porque Matthei les dijera que los había invitado como una forma de desagravio, sino porque —según la versión de Vergara— el general les dijo que los "desatinos cometidos por la Fuerza Aérea no solo contra todos los del proceso 'Contra Bachelet y otros', sino contra la población en general, obedecían a la retorcida personalidad de Gustavo Leigh".

Cuando hoy le preguntamos a Matthei, ¿por qué Leigh decidió hacer ese Consejo de Guerra? El general (R) responde con tono seco: "No me pregunte a mí por qué Leigh hizo lo que hizo".

De acuerdo a la versión de Vergara, en ese almuerzo Matthei también les habló de sus diferencias con Pinochet cuando gobernaba la Junta Militar. Al finalizar, le dijo a su sucesor que la Fuerza Aérea debiera efectuar una gran ceremonia de reparación a los oficiales y suboficiales víctimas de la represión. Pero en 1991 el horno no estaba para bollos todavía. Esa ceremonia no se realizaría sino hasta 2003, al conmemorarse los treinta años del Golpe de Estado. Sería en Quinteros y Michelle Bachelet asistiría como hija del general más simbólico de ese caso y como la primera mujer ministra de Defensa.

Mientras tanto, Matthei haría otras cosas. Ese año 91 cita a su despacho al ex coronel de artillería Carlos Ominami y a su hijo del mismo nombre, quien es ministro de Economía de Aylwin. Ahí, Matthei le restituye a Ominami su tifa y sus piochas. "Era como el reingreso de mi papá a la familia aérea. Para mi papá fue súper importante esto"[72].

Carlos Ominami Daza, llamado *El Chino* por sus compañeros de armas —aunque su origen era japonés—, había sido detenido y llevado a la AGA el 19 de octubre de 1973. La razón: una copia de un plan de la FACH que había estado en manos de *El Chino* para prevenir acciones de violentistas

había sido encontrada en un allanamiento en las Torres San Borja. El que su hijo fuera del MIR, y su esposa Edith simpatizante de izquierda, llevaron las sospechas hacia él como el filtrador del documento.[73]. En la AGA lo interrogó y torturó quien había sido su amigo personal: el general Orlando Gutiérrez. En el libro *Disparen a la bandada* se reproduce el siguiente diálogo entre Gutiérrez y el *El Chino*, mientras este está colgado de las muñecas a una barra:

—¡Si yo no sé, *Negro*! ¡Tú sabes que no sé…!

—¡¿Cómo que *Negro*?! ¡Llámame Mi-ge-ne-ral, Mi-ge-ne-ral…! ¡*Chino*, concha de tu madre!

Ominami fue condenado a 541 días y más tarde partió al exilio a Bélgica.

A ese subterráneo de la Academia de Guerra Aérea, Fernando Matthei dice que no volvió por diecisiete años. La vergüenza que le provoca lo que allí habían hecho sus compañeros de armas entre 1973 y fines de 1975, y justamente, en el edificio que era el lugar de formación de los comandantes de la FACH, lo mantuvo alejado del lugar. Hasta que, ya retirado, decidió bajar. En silencio, devolvió a la biblioteca el libro ese sobre la Segunda Guerra que había retirado el 2 de febrero de 1974.

CAPÍTULO 8

MICHELLE, LOS 80 Y LA REINSERCIÓN

“Siempre tuvimos los teléfonos intervenidos, además de llamadas en que nos insultaban”, relató Michelle Bachelet en 1990 a la Comisión Rettig. Se refería a los primeros años que vivió en Chile tras su regreso del exilio.

Ángela y Michelle retornan a Santiago el 28 de febrero de 1979. La madre tiene 53 años; la hija, 27. Después de una estancia de algunos meses en El Arrayán —en la casa de Alicia Jeria, hermana de Ángela—, las mujeres logran recuperar los departamentos del edificio de Las Condes que tenían en arriendo. La viuda de Bachelet se instala en el piso 10. Michelle se muda después al que está justo a un lado, donde había vivido junto a sus padres después del golpe. Lo hace junto a su hijo Sebastián —nacido el 1 de junio de 1978 en la RDA—, quien todavía no aprende a caminar. Su esposo Jorge Dávalos, un exiliado chileno con quien se casó en Alemania, llega a mediados de ese año y se instala junto a su mujer y su niño.

El regreso es complejo para Michelle y no solo por las llamadas anónimas que reciben ella y su madre. Tiene ganas de vivir en el país, pero siente una enorme incertidumbre por lo que le espera y por la forma en que va a sobrevivir económicamente; con un marido que, como ella, tampoco se ha titulado, y con un hijo tan pequeño. A eso se agregan los problemas que encuentra cuando se matricula en la Universidad de Chile y no le reconocen su semestre de estudios de Medicina en Alemania: “Traté de terminar mi carrera y así lo hice a pesar de que me hicieron volver a cuarto año”, contó Bachelet a la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación.

Michelle ha tenido poco tiempo para pensar en todo lo que le ocurrió desde 1973. Concentrada en insertarse en la sociedad alemana, en sus estudios en la Universidad de Humboldt y en su trabajo político desde la RDA, no se ha detenido en su propia historia: el golpe, la desaparición de sus amigos, la

muerte de su padre, su paso por Villa Grimaldi y Cuatro Álamos, el exilio. En estos años nunca se le ha visto llorar.

De su madre aprendió a contener sus emociones. Ángela —por herencia de su abuela paterna, que era inglesa— supo desde pequeña que mostrar los sentimientos es desagradable para el resto de la gente. No hay que reír de forma exagerada ni llorar en público, le dijeron siendo niña. A Michelle nunca le remarcaron estas normas de conducta. Ella, sin embargo, durante su vida asimilará estos patrones y será siempre una persona que evitará mostrar sus debilidades en público.

Durante sus años en la RDA —entre 1975 y 1979—, la veinteañera reforzará su carácter reservado. Un vecino la recordará como "una hippie, con sus pantalones vaqueros ajustados y la cabellera larga; siempre llevaba un morral al hombro"[74].

Poca gente sabe que, detrás de esa joven madre, estudiante de Medicina, existe una militante comprometida de la Juventud Socialista que trabaja intensamente desde Alemania Oriental para colaborar con la oposición a la dictadura en Chile.

"Mami, quiero que te vengas conmigo"

Los exiliados chilenos en Alemania Oriental, cuando hablan sobre su situación, dicen sentirse sentados arriba de una maleta: nunca desarman el equipaje con el objetivo de retornar pronto a Chile[75]. Ángela y Michelle no son la excepción. Aunque se instalan una larga temporada en la RDA, jamás echarán raíces. Las mujeres viven por primera vez en una sociedad que practica el socialismo que admiran, pero en el horizonte siempre estará Santiago.

En ocasiones, la viuda del general Bachelet observa desde arriba del tren a las alemanas mayores que, con un pañuelo en la cabeza, se trasladan en bicicleta. Y piensa que ella no se imagina a los sesenta y tantos años pedaleando por las calles de Potsdam, a treinta kilómetros de Berlín Oriental. Entre otras cosas, porque nunca ha aprendido a andar en bicicleta.

Potsdam es una ciudad rodeada de lagos, cuyos 150.000 habitantes se enorgullecen del castillo de Sanssouci, edificado en 1740 por orden del Káiser Federico El Grande para establecer su residencia de verano. Madre e hija han llegado a esta ciudad en diferentes épocas de 1975. Michelle arriba en mayo. Ángela entre agosto y septiembre. Las mujeres vienen de Australia, su primer destino después del exilio. Al salir de Chile, les han ofrecido radicarse en Bélgica, pero ellas prefirieron irse a Sidney. Allí vive Alberto —el único hermano de Michelle—, junto a su esposa Patricia y sus dos niños. En Australia, madre e hija intentan recuperarse de su paso por los centros de tortura, mientras *Betingo* las lleva de viaje por distintas ciudades. Además, en ese país ambas realizan giras para denunciar los abusos del régimen de Pinochet. Con ese propósito, llegan a urbes como Melbourne.

“Australia era un buen país”, recordó Bachelet siendo ministra de Defensa en 2002. “Pero yo me sentía demasiado lejos y preferí quedarme en Europa”.

La Juventud Socialista le había pedido que se fuera a Alemania Oriental para trabajar por la democracia en Chile. Era un país más adecuado y menos lejano para luchar contra la dictadura. Y ella partió. Antes de viajar, sin embargo, le pidió a Ángela:

—Mami, quiero que te vengas conmigo.

Desde la RDA, la joven de 24 años hizo todos los trámites para que su madre se instalara junto a ella.

Inicialmente residen en un asilo asignado por el Gobierno de Erich Honecker. Pero la situación cambia unas semanas después, cuando les ofrecen instalarse en el tercer piso de un edificio del silencioso barrio de Am Stern, en las afueras de Potsdam. Allí ya viven varias familias de exiliados chilenos. Son bloques de departamentos de cinco pisos, unidos por una terraza común con juegos infantiles, que tienen el clásico estilo de la arquitectura socialista de la Guerra Fría. La villa tiene la forma de un enorme cuadrado en medio de una explanada de arena, comunicado con el resto de la ciudad por una arteria que llega hasta el tranvía. El departamento está en la calle Koroljow-strasse, bautizada en honor al ruso Sergei

Koroljow, director del programa de cohetes espaciales de la Unión Soviética.

Ángela y Michelle intentan acostumbrarse a su nueva vida, que no contempla ninguna de las comodidades de las que gozaban antes del golpe en Santiago. Previo a la muerte de su padre, la veinteañera incluso tenía un auto que había dado de baja su madre. En Alemania viven en departamentos pequeños: un ambiente, living comedor, cocina, baño, una terracita. Muchas veces los expatriados chilenos —que los alemanes recuerdan por su larga cabellera azabache y su frondosa barba— dejan sus viviendas de escasos metros cuadrados para celebrar reuniones en los patios de la comunidad. Se juntan para acordarse de Chile y de anécdotas que, aun siendo dramáticas, en ocasiones los hacen reír.

Madre e hija también participan de estas fiestas y tratan de interactuar con los alemanes que habitan cuatro de cada diez viviendas de los bloques. Ángela hará buenas amistades y muchas veces invitará a sus vecinos a su departamento. También a sus compañeros de trabajo.

Si bien han dejado en arriendo sus dos propiedades en Santiago —administradas por el general Osvaldo Croquevielle—, el dinero no es suficiente. Tampoco alcanza con las ayudas del Gobierno. Por eso, la viuda del general Bachelet se esmera por encontrar pronto un empleo. Y lo consigue. Gracias a sus estudios universitarios, que debió dejar inconclusos en Chile, se convierte en ayudante de investigación en el Museo de Prehistoria, ubicado en esos años en el impresionante palacio del rey Federico. En esta época se levanta a las 5 A.M, realiza las labores domésticas y camina cuatro cuadras desde su casa hasta el autobús. Después cruza el bosque hasta la entrada del palacio de Sanssouci, que en invierno tiene varios centímetros de nieve. Congelada por el frío que no tolera, Ángela llega a la oficina a las 7 A.M. Con sus compañeros se comunica en inglés: nunca hablará alemán más allá de lo básico.

—No les hablaba en alemán para que no creyeran que era una *australopithecus* —recordará siempre Jeria.

Combina su trabajo con intensas actividades en las redes de solidaridad con Chile. Todas las semanas viaja media hora en tren hasta la capital de la

RDA para participar en las transmisiones de la radio Berlín, donde colabora en un programa de oposición al régimen militar. Allí interpela directamente a los miembros de las Fuerzas Armadas y, poco a poco, se convierte en un ícono de la lucha contra la dictadura. Consciente de su papel, viaja a diferentes países de Europa para contar su experiencia y conseguir apoyo para la oposición desde el extranjero.

En esos viajes al exterior, la licenciada en Arqueología habla de la normalidad de la vida en la Alemania comunista. Lo contó el año pasado durante la realización de un documental: “Una vez salí, tuve que ir a Italia y ahí me llenaron con aceite para los pobres alemanes que no tenían. Yo decía ‘eso no es cierto... es rico el aceite de oliva y a lo mejor no hay, pero no les falta nada, no pasan hambre’. No lo podían creer, me decían: ‘¿Y esa ropa dónde la compraste?’. ‘En Berlín’, contestaba. ‘No puede ser..., ese vestido tan bonito...’. ‘Sí, en Berlín’, volvía a contestar. Creían que andaban con uniforme”[76].

Michelle tampoco detiene su trabajo político. Además de acompañar a su madre en algunos viajes por Europa, en los tiempos de la RDA está a cargo del boletín del secretariado exterior de la Juventud Socialista de Berlín, donde escribe extensos artículos. También prepara informes de coyuntura chilena para los líderes socialistas exiliados en Alemania Oriental. Aunque no es una dirigente de primera línea, la hija del general Bachelet es una militante reconocida y valorada.

Mantiene sus funciones políticas en total reserva y, paralelamente, intenta reconstruir su vida lejos de Chile. En octubre de 1976, un año después de su llegada a Alemania Oriental, Michelle comienza a trabajar como asistente en la unidad de cirugías de la clínica comunal de Babelsberg, a mitad de camino entre su departamento y el núcleo urbano de Potsdam. Es parte de su preparación para retomar sus estudios de Medicina en la Universidad de Humboldt en Berlín, su gran anhelo[77].

Por esa época, reciben visitas de sus familiares. En una oportunidad llega *Betingo* junto a su esposa y los niños. El matrimonio deja a los dos pequeños con Ángela y recorre algunas ciudades europeas. En 1977 aterriza en Potsdam el hermano menor del general Bachelet, Fernando, junto a su

hija Vivienne Bachelet Norelli. Padre e hija están radicados hace algún tiempo en Italia. La muchacha estudia Medicina en la Universidad de La Sapienza de Roma. Como su prima hermana, eligió su carrera por influencia del general: “El tío *Beto* nos impulsó a ambas a la Medicina. Era muy marcado en eso, nos decía: ‘Uno estudia Medicina porque es una carrera que tiene sentido social’”, recuerda Vivienne.

Michelle no solamente se vuelca en sus estudios, sino que también intenta rearmar su vida sentimental después del impacto por el destino de su novio Jaime López.

En 1977, a los 26 años, se casa con Jorge Dávalos. Es un chileno, socialista y exiliado como ella, que intenta retomar sus estudios de Arquitectura en la Universidad de Weimar. Cuando Ángela llega a Alemania, ellos ya se conocían. La viuda no asistirá a la ceremonia que se realiza en el Registro Civil de Potsdam: hace poco tiempo se ha marchado a Estados Unidos para hacer lobby frente a la Casa Blanca y ante las comisiones de Derechos Humanos de las Naciones Unidas. La ha convocado Isabel Morel, viuda del asesinado canciller Orlando Letelier. Jeria se instalará en un departamento de un hermano que reside en Washington y, posteriormente, arrendará una pieza en la zona de Brooklyn, en Nueva York. Es la casa de una pareja de norteamericanos que simpatiza con la oposición chilena.

Dos años antes de su matrimonio con Michelle, Dávalos había estado en el Parteischule Karl Liebknecht, la escuela de formación de cuadros del Partido Socialista Unificado de Alemania (SED). Igual que los otros cuarenta chilenos que pasaron por esa institución en 1975 —como Osvaldo Puccio y Fernando Flores—, recibía de doscientos a ochocientos marcos de la RDA por concepto de beca de estudio, una mesada y fondos para alimentación. Entre las lecturas formativas había títulos como *Ejercicio práctico de la metodología del Manifiesto comunista* y *Ciencia, formación del pueblo y cultura de la RDA.*

La Comisión Federal para los Documentos del Servicio de Seguridad Pública de la antigua RDA todavía guarda antecedentes del paso de Dávalos por Alemania Oriental. La ficha 000017 del 14 de octubre de 1974, por ejemplo, asegura que él llegó “con el fin de desarrollar los pasos necesarios para lograr la llegada de su familia a la RDA: su esposa Marcia Martínez

Jiménez y su hijo Jorge Ignacio Dávalos Martínez". La oficina de Chile Antifascista —que aglutinaba a los partidos de la Unidad Popular en el exilio— tuvo que dar garantías ante los servicios de inteligencia de la Stasi de que su anterior matrimonio se había disuelto en Santiago[78].

Michelle está integrada a la sociedad alemana: en los edificios donde vive en Potsdam es conocida por tocar la guitarra en las fiestas de la comunidad junto a otra chilena y a una inglesa. Pero la inserción en la sociedad no es fácil. De partida, tiene dificultades con el idioma. Aunque maneja el inglés a la perfección, su alemán no alcanza los estándares mínimos para retomar sus estudios universitarios. Por eso, poco después de casarse, deberá trasladarse sola a la ciudad de Leipzig, 180 kilómetros al este de Berlín, donde unos quinientos estudiantes aprenden la lengua en el Herder Institut. Comienza las clases el 23 de enero de 1978 y se quedará siete meses[79].

Bachelet combina sus estudios de alemán con su primer embarazo. En junio de ese año da a luz a Sebastián.

Retorna a Potsdam en agosto de 1978. El matrimonio y su niño se instalan en el mismo bloque de departamentos de Am Stern donde vivía la hija del general junto a su madre. Está ilusionada: después de cuatro años, el 1 de septiembre volverá a ser una estudiante de Medicina. Durante un semestre, deja a Sebastián en una sala cuna cercana a su casa, viaja media hora en tren hasta Berlín y llega a las salas de la sede principal de la Universidad Humboldt, ubicada en la imponente avenida Unter den Linden[80]. Es el centro histórico de la ciudad alemana, donde se encuentra la Puerta de Brandeburgo y la Isla de los Museos, entre otras atracciones de la ciudad.

El plan de estudios contempla que se titulará en 1984. Pero las gestiones de Ángela en la embajada de Chile en Washington apresurarán el retorno de la familia a Santiago.

Varios años más tarde, el 9 de noviembre de 1989, Jeria sentirá tristeza al enterarse de la caída del muro de Berlín: "Me dio pena. Se perdía un país que yo conocí, ya dejó de existir. El hijo mayor de Michelle dice siempre: 'Nací en un país que ya no existe'. Fue un ensayo interesante haber logrado una sociedad más justa y equitativa"[81].

En 2006, Michelle Bachelet regresará a Alemania como presidenta de Chile. Será recibida por otra mujer, la canciller Ángela Merkel.

Llanto frente al televisor

Michelle, al igual que su madre, pronto se une en Santiago a la Comisión Chilena de Derechos Humanos y comienza a vincularse con organizaciones como la Vicaría de la Solidaridad, la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas (FASIC) y la Corporación de Promoción y Defensa de los Derechos del Pueblo (CODEPU). Han llegado a Chile en el verano de 1979 con el propósito de trabajar activamente por el retorno de la democracia, como lo hicieron desde su primer día de exilio en Australia.

Ángela es atrevida.

El 20 de agosto de 1980, junto a otras cuatro mujeres, llega hasta la Llama de la Libertad, que había sido encendida frente a La Moneda por Augusto Pinochet, el 11 de septiembre de 1975, para conmemorar el golpe. El día de la protesta no es casual: el Comité Pro Retorno —que Ángela integra— ha escogido esta fecha para conmemorar el día del exiliado. Coincide con el natalicio de Bernardo O'Higgins, a quien consideran el primer expatriado de Chile.

La viuda y sus compañeras llegan con una corona de flores y una bandera chilena que dice: "Fin al exilio". No alcanzan a acercarse al monumento cuando son detenidas. Jeria y otras cuatro mujeres pasarán cinco días en la comisaría ubicada en calle Compañía, donde no les permitirán visitas. Dormirán en colchones sin frazadas y deberán soportar el olor fétido que se desprende de los baños.

En ese lugar, Ángela pasará su cumpleaños 54. Ese 22 de agosto, sus amigas de FASIC le hacen llegan una torta y saludos escritos. Hay mensajes enviados incluso desde fuera de Chile. En la celda, sus compañeras del comité le cantarán el cumpleaños feliz.

Es la primera detención que sufre en Chile después de Villa Grimaldi y Cuatro Álamos. Aunque la resiente, siempre pensará que nada se asemeja a lo que vivió en enero 1975.

Poco después, en julio de 1980, Jeria forma parte de una romería en la esquina de Américo Vespucio con Grecia. La manifestación es en repudio por el asesinato del militante del MIR, Eduardo Jara. Ángela lleva a su nieto Sebastián en los brazos —apenas tiene dos años— cuando aparece un bus de carabineros. Un oficial desciende y grita: “¡Pelotón, alto!”. Las diecinueve personas que quedan no han alcanzado a caminar ni dos cuadras. Los uniformados detienen a la viuda y al director de relaciones internacionales de la Comisión Chilena de Derechos Humanos, Sergio Molina. Pasarán 24 horas en un retén de Ñuñoa.

En marzo de 1985, Ángela participa en una nueva acción. Junto a un grupo de activistas forman una caravana de automóviles con crespones negros para protestar por el secuestro y asesinato de Santiago Nattino, Manuel Guerrero y José Manuel Parada, quien es yerno de María Eugenia Rojas, amiga de la viuda del general. Jeria va de acompañante en el automóvil de Edith Pascual, esposa del capitán (R) coronel Ominami, que por esa época vive en su mismo piso del edificio de Las Condes. Se dirigen a la esquina de Apoquindo con Badajoz, donde había sido detenido Nattino. El objetivo siguiente es trasladarse hasta Avenida Los Leones, donde habían sido secuestrados Guerrero y Parada. Pero no alcanzan a moverse cuatro cuadras —en silencio— cuando los manifestantes son arrestados. Carabineros en motocicletas los escoltan hasta la comisaría de Las Hualtatas, donde permanecerán 24 horas.

—¿Por qué nos detuvieron? —pregunta Ángela, cuando están a punto de concederles la libertad.

—Por estacionarse en doble fila —le contesta el uniformado.

Pero no siempre Jeria tiene mala suerte. A mediados de los 80, también junto a su compañera Edith, cose varias sábanas blancas y escribe nuevamente: “Fin al exilio”. Su amiga toma su automóvil, la viuda Bachelet se instala de copiloto y se dirigen al puente de calle Apoquindo con Américo Vespucio, frente a la Escuela Militar. El plan les resulta perfecto: Jeria sale del vehículo, cuelga el lienzo y las dos mujeres escapan. Desde el departamento de Ángela, justo al frente, observarán con satisfacción a los conductores que se detienen para observar el mensaje instalado al lado de uno de los símbolos de las Fuerzas Armadas chilenas.

En cuanto llega a Chile, Michelle se concentra en terminar la Universidad, como le había pedido su padre en 1973 desde su arresto en la Cárcel Pública. “Con mi marido hicimos un acuerdo: él trabajaba y yo terminaba de estudiar Medicina y de especializarme en Pediatría”, recordó Bachelet[82].

Cuando egresa en 1982, sin embargo, le informan que no todo marcha como ella piensa: “Cuando me recibí no pude trabajar, ya que me decían que tenía graves antecedentes en la CNI. Después me gané una beca del Colegio Médico en Pediatría —en el Hospital Roberto del Río— y tuve bastantes problemas para poder hacerla”, declaró ante la Comisión Rettig en 1990.

Por esa época, a comienzos de los 80, la doctora combina su formación profesional con su trabajo en una ONG —PIDEE— donde atiende a los hijos de retornados y desaparecidos políticos. Después de terminar su beca de tres años en el hospital, asumirá la jefatura de Salud Física de la organización. De ese tiempo conserva a su grupo de mejores amigas, con las que comprará el terreno de Caburgua. Entre ellas, Estela Ortiz, viuda de José Manuel Parada, una de las pocas personas que la conoce de cerca y que le guarda una irrestricta lealtad.

Michelle mantiene en reserva total una faceta importante de su vida de retornada: en 1984, el mismo año que da a luz a su segunda hija, Francisca Dávalos, comienza a colaborar de manera clandestina con la dirección interna del PS. Es una misión compleja, pero Bachelet considera que es parte del riesgo que decidió asumir al regresar a Santiago[83].

La misión no le era tan ajena. Ya después del Golpe ella había realizado labores clandestinas como levantar informes de prensa y escribir artículos para el diario del PS, *Impunidad y Lucha*. Una amiga de esa época, al mirarlo en retrospectiva, dice que era escalofriante que hicieran aquello cuando la represión ya se había desatado.

Para su nueva actividad en 1984, la hija del general participa en cursos de instrucción para tener vida partidaria sin ser descubierta por los aparatos de inteligencia del régimen de Pinochet. Aprende a intercambiar información a través de buzones, reconocer un seguimiento y realizar labores compartimentadas, que no estén en conocimiento de otros miembros del partido. Con Camilo Escalona —a quien había conocido en los 70, cuando

ambos militaban en la JS— se comienza a reunir una vez por mes. Usan complejas técnicas para encontrarse en las calles del sector oriente de Santiago. Él está clandestino —es jefe del PS Almeyda en Chile— y le pide informes de coyuntura sobre las Fuerzas Armadas, un mundo que Michelle conoce de cerca[84].

Bachelet comienza a desenvolverse en dos frentes: uno público, ligado a la lucha por los Derechos Humanos, y en un mundo más subterráneo. Poco a poco empieza a ser parte importante del frente interno del PS y asume mayores responsabilidades. Sus críticos siempre se referirán a esta época para explicar los orígenes de su forma de actuar en política: “Bachelet ama, prefiere y cultiva el secretismo”[85].

Justamente cuando siente estar insertándose en la política chilena, lo que anheló durante sus cuatro años de exilio en la RDA, vive otro de los episodios duros de su vida personal: la separación de su marido, Jorge Dávalos. Se produce a comienzos de 1985, cuando Sebastián tiene seis años y Francisca apenas uno. La socialista —que había vivido con su familia en una comunidad de La Reina— nuevamente se instala con sus dos hijos en el departamento de Las Condes, vecino al de su madre.

“No tiendo a la depresión”, dijo cuando fue consultada sobre su forma de enfrentar los quiebres de pareja. Se refería también a la separación del padre de su tercera hija, Sofía, nacida en 1992. Se trata de Aníbal Henríquez, un médico de derecha que conoció a comienzos de los 90: “El se enamoró de otra mujer y me dejó”.

“Algunos dolores sentimentales me han llevado a profundos cuestionamientos, a una desvalorización personal, a una autoestima medio resquebrajada, pero sin llegar a niveles dramáticos, porque siempre he tenido que seguir adelante por mis hijos. Las metas y las responsabilidades han impedido que me deprima. He estado en el borde, pero no he caído”, cuenta Bachelet en 2002.

Le preguntan:

—¿Piensa que la imagen de su padre la marcó en su relación con los hombres?

—No, no creo porque… ¡ay!, no me quiero exponer delante de todo el mundo…

—Pero un poco que sea.

—Creo que he sido una mamá con mayúscula en mi relación con los hombres. Mi padre, en cambio, fue un padre con mayúscula para mí. Con mis parejas, yo no busqué un papá. Tal vez, si lo hubiera hecho, me hubiera ido un poco mejor…[86].

A mediados de los años 80, Michelle establecerá una relación que no solamente será importante en lo afectivo, sino que también la hará conocer el camino armado contra la dictadura. En 1985 comienza una relación con el ingeniero comunista Alex Vojkovic, que hace un año integra el equipo político del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR). Es el responsable del área de propaganda y, posteriormente, uno de los voceros de la agrupación. Bachelet no integra la estructura de la organización ni tiene contacto con el grupo armado, pero no tiene grandes contradicciones con el accionar del brazo armado del PC[87].

La hija del general esporádicamente apoya a Vojkovic en el equipo de propaganda y conoce a integrantes de la cúpula política del FPMR. Algunos visitan su departamento de Américo Vespucio, donde la doctora socialista vive con el ingeniero y los niños: “Ahí conversan y analizan el cuadro político. Bachelet participa de estos encuentros y aporta su visión”[88].

Entre el 84 y 86, el FPMR realizó acciones subversivas desde apagones generalizados en Santiago hasta el fallido atentado a Augusto Pinochet. Las acciones eran ejecutadas por la facción militar del grupo y no la política.

En abril de 2003, cuando se conoció este vínculo, la entonces ministra de Defensa del Gobierno de Ricardo Lagos señaló: “Soy y he sido militante del Partido Socialista de Chile por 33 años de mi vida, y no he participado en ninguna otra organización política”.

La relación con el ingeniero, sin embargo, dura menos de dos años. Entonces, Bachelet se concentra nuevamente en sus labores políticas y, pese a los riesgos que advierte en el plebiscito de 1988, finalmente participa del

proceso y marca la opción “No” cuando vota en un local de la comuna de Ñuñoa. En esa época tiene 37 años, usa el pelo largo, chasquilla y grandes lentes ópticos.

Después del triunfo de la oposición, integra el Partido Amplio de Izquierda Socialista, una coalición instrumental que reúne al PC, al PS Almeyda, a la Izquierda Cristiana y al MIR. Desde fuera de la Concertación, comienza a trabajar por el triunfo del democratacristiano Patricio Aylwin, quien se convierte en el primer presidente después de la dictadura. Asume el 11 de marzo de 1990.

Entonces, Michelle Bachelet comenzará un lento camino desde la marginalidad de la izquierda hacia la institucionalidad de La Moneda.

En los 90 se mantiene fuera de los círculos de poder de la Concertación. Ella pertenece a la facción de la Nueva Izquierda del PS, cuyos máximos líderes son excluidos de los puestos claves de los primeros tres gobiernos. Bachelet, sin embargo, opta en democracia por desempeñarse en el Ministerio de Salud, aunque ostenta cargos discretos: primero en el Servicio de Salud Metropolitano, luego en la Comisión Nacional del Sida (CONASIDA).

Su militancia socialista gana algo de notoriedad recién en 1995: integra el Comité Central de su partido. Un año después acepta ser su candidata en las municipales. Postula a concejal por Las Condes y obtiene un 3,35% de los votos, equivalente a 2.622 sufragios. En esos mismos comicios, el candidato de la derecha, Joaquín Lavín, se queda con la alcaldía de esa comuna. Obtiene 86.702 votos, un 77,76%.

En diez años la carrera política de Bachelet daría un giro radical, cuando en enero de 2006 es elegida presidenta de Chile. En esa década, las casualidades marcan su carrera política y ella se transforma en fenómeno gracias a hitos clave como ser ministra de Salud y luego de Defensa del Gobierno de Ricardo Lagos.

Cuando integra por primera vez el Gabinete en el 2000, Bachelet solamente tiene un traje dos piezas. Parte a comprar ropa a las grandes tiendas. Ya en

su cargo, Lagos le exige —sin consultárselo previamente— que termine con las colas en los hospitales en noventa días.

En una salida a terreno juntos, una pobladora detiene al Mandatario.

—Presidente, no la vaya a echar. Está haciendo lo que puede —le dice.

—No, no se preocupe —contesta Lagos[89].

El socialista advierte que la escena se comienza a repetir en distintos lugares y se da cuenta de la empatía que existe entre Bachelet y la ciudadanía. En 2002 la designa como primera ministra mujer de Defensa en la historia de Chile y una de las pocas del mundo.

Cuando le toca a ella llegar a La Moneda, lo hace con un discurso ciudadano y de renovación, alejado de los partidos. A los cuatro meses debe enmendar la ruta: hará un cambio de Gabinete porque su primer equipo no fue capaz de articular el poder político.

Sus cuatro años de gobierno no son fáciles: comienzan las manifestaciones estudiantiles, enfrenta la crisis del Transantiago, tiene una tensa relación con los partidos de su conglomerado y enfrenta la crisis mundial de 2009. Ese episodio será crucial para elevar su popularidad: uno de los puntos que hasta sus detractores le reconocen fue el manejo económico bajo su administración.

Pero hasta el último día Bachelet enfrenta conflictos. El 27 de febrero de 2010 se produce el terremoto en la zona sur de Chile. Mueren 181 personas después de una alerta fallida de tsunami. Su desempeño esa madrugada en la Oficina Nacional de Emergencia (ONEMI) será criticado por la oposición y por parte de las familias de las víctimas. El caso judicial 27-F será una preocupación permanente para su círculo.

En todos estos años transcurridos desde que Bachelet regresó a Chile desde el exilio, ella ha tenido poco tiempo para pensar en todo lo que le ocurrió. En las experiencias que ha ido sumando. Pero aunque sea una mujer reservada en las emociones, a veces se desborda. Le sucedió hace unos años, en su departamento de Las Condes. Mientras mira una película

frente al televisor, de pronto escucha un sollozo desconsolado. Se impresiona al darse cuenta de que el sonido no proviene de la pantalla: es ella misma la que llora con amargura, sin razón aparente. Después de años, en la privacidad de su hogar, puede expresar su dolor acumulado.

CAPÍTULO 9

EVELYN SALTA A LA POLÍTICA

“23-1-73”.

La nota está escrita con lápiz grafito en la parte superior de una partitura y corresponde a la fecha en que Evelyn Matthei comienza a estudiar el “Opus 110” de Beethoven. Más abajo, en el pentagrama, aparecen otras anotaciones numéricas. Son de la profesora australiana de piano, Ruth Nye, quien las hizo hace cuarenta años para marcar el ritmo con que Evelyn Matthei debía mover sus dedos sobre las teclas de ébano y marfil.

Una de las sonatas de ese libro, la N° 31, fue la que ella tocó ante el pianista Claudio Arrau, en una audición privada que daría ante él. Ese fue el momento más alto de sus estudios de piano, pero también el que la llevó a tomar la drástica decisión de enmendar el rumbo, dejar atrás catorce años de estudios musicales y regresar a Chile, donde comenzaría un nuevo camino sobre el que volcaría la pasión que exhibía frente al piano.

La joven había llegado a la casa del barrio Golders Green en enero de 1972, luego de que su padre fuera nombrado agregado aéreo de la sede diplomática chilena en Londres. Ella, egresada de cuarto medio, había optado por desechar su puntaje sobre 700 en la Prueba de Aptitud Académica —que dio a fines del 71— e irse a Londres con sus padres y ver qué podía hacer allá. Al poco tiempo tuvo esa oportunidad: presentarse ante Claudio Arrau en una recepción en la embajada y preguntarle si conocía un profesor que enseñara su técnica para interpretar. Tiene dieciocho años cuando se aproxima al maestro.

La recomendación que le da Arrau para que busque a Ruth Nye no solo la llevan a practicar hasta doce horas diarias. Doce horas en que podía pasar 150 veces repitiendo un acorde hasta que sonara como debía ser. En la casa de Nye, Matthei conoce a un mundo de artistas, entre cantantes de ópera,

estudiantes de piano y actores de teatro. Desde los que vivían en el lujo londinense hasta quienes no tenían dinero para “comer más que fideos”[90].

Un día, junto a su padre, ella experimenta algo de la realeza británica. En Chile era la época de la Unidad Popular y el coronel es invitado a un *tea party* en los jardines del Palacio de Buckingham. Matthei decide ir acompañado de su hija, pero ella no tiene qué ponerse para la ocasión. La joven había aprendido a coser en el Colegio Alemán, y compra una tela de color blanco con lunares rojos de distintos tamaños y un molde con el diseño que cose a mano. Esa fue la primera prenda que Evelyn Matthei se haría para sí misma. Una pasión que la relaja y la entretiene, al punto que hoy un tercio de la ropa de su clóset está fabricado por ella misma. Pero esa es otra historia, porque en los casi tres años que vive en Londres su foco estará en el piano. Y también en un novio —el primero en su vida— que tuvo en esa ciudad.

Ruth Nye y su esposo, Ross, son íntimos de Arrau y de su mujer, que también se llama Ruth. Cada vez que el pianista visita la ciudad, la profesora lo acompaña en esas giras. A él le gusta grabar en Londres, entonces, Ruth es quien le da vuelta las hojas a la partitura mientras él toca. A varios de esos encuentros es invitada la pupila chilena. “Comíamos con él después del concierto y estábamos con él antes del concierto”, recuerda Evelyn. La profesora Nye —quien aún enseña piano, hoy en el Yehudi Menuhin School—, recuerda un viaje en auto que hicieron con Arrau, su esposa y Evelyn: “Manejamos juntos al sur de Londres, creo que fue a Brighton. Pasamos la noche allá. Él dio un recital en el lugar. Lo recuerdo como un momento muy feliz”[91].

Evelyn había crecido escuchando a Arrau en su casa. A su madre le gustaba tanto que era capaz de reconocer cuando era él quien interpretaba una pieza. En ese viaje al sur de Londres, la joven acompaña al pianista a las librerías que él recorre y observa con fascinación los libros que capturan su interés. Estar tan cerca de él parece una fantasía.

Entre quienes enseñan la técnica de Arrau, el más cercano al chileno es otro chileno, que asiste a las clases que el chillanejo dicta en Nueva York. Se trata de Rafael de Silva. En septiembre de 1973, De Silva viaja a Londres

para realizar un curso por dos semanas. Evelyn Matthei se inscribe. Las clases comienzan el martes 11.

Su padre, el jefe de la misión aérea en la embajada de Londres, se ha convencido en las últimas tres semanas de que no hay otra salida que una intervención militar para la difícil situación que se vive en Chile con el gobierno de la UP. Ya le ha escrito esa carta al comandante Leigh pidiéndole que lo traiga a Chile. En las sobremesas en la casa de los Matthei Fornet se conversa con intensidad sobre la crisis que se vive en el país. No hay dos opiniones, ninguno simpatiza con el gobierno de Allende. El general Matthei recordará hoy que esa fue la primera vez que vio a su hija interesada en hablar de política.

El coronel se entera del golpe al comenzar la tarde en la embajada. En Londres hay casi seis horas más que en Santiago. No es mucha la información que llega hasta la sede diplomática, o por lo menos no inmediata. Elda Fornet se preocupa por el mayor de sus hijos, Fernando, quien había regresado a Chile en febrero de ese año para retomar sus estudios de ingeniería. La única tranquilidad está en el que el joven vive cerca de su tío, el coronel Eduardo Fornet, y este informará al agregado aéreo en Londres que su hijo está bien.

Tras la cena, esa noche del 11 de septiembre se hablará largo sobre el golpe militar. Evelyn Matthei dirá hoy que la noticia de Chile la afectó anímicamente, pero no suspende sus clases con De Silva.

Fernando Matthei sabe que a fin de año le darán su nueva destinación y la familia tendrá que regresar a Chile. Evelyn decide que se quedará en Londres sola. Su próximo objetivo ya lo tiene claro: alcanzar el nivel para audicionar ante Arrau.

Practica por horas esa sonata “Opus 110” de Beethoven. La N° 31.

En 1974, Arrau la escucha junto a Ruth Nye. La profesora australiana recuerda que estaban en York. Al terminar la pieza, él le dice simplemente: “Siga”. “Fue un ‘siga’. No más. No fue un ‘siga estudiando *mijita*, pero no se le ocurra hacer ninguna otra cosa. No”, recuerda Evelyn[92].

Para ese momento, ella vive con una amiga y trabaja para solventar sus gastos. Sus padres regresaron en enero de 1974 a Santiago y no le envían dinero para su mantención.

Entonces, vino ese "siga" de Arrau. Ella no había estudiado tantos años piano para ser profesora o formar parte de una orquesta de cámara. Ella quería ser concertista. Y el dictamen del maestro vino a convencerla de algo que ella ya había notado: por muchas horas que practicara, sus dedos no tenían lo que se necesitaba para alcanzar el nivel máximo en la interpretación. La joven de veinte años decide terminar con su carrera como pianista.

Por unos meses más se queda en Londres trabajando como secretaria en la misión aérea de la embajada. Allí traspasa en una máquina de escribir las largas listas de repuestos que son solicitados desde Chile para los *Hawker Hunter*. Como si la máquina de escribir fuera el piano, ella tipea rápido y con precisión.

El último trimestre de 1974 Evelyn Matthei regresa a Chile. Nunca más tomará de clases de piano.

—Evelyn, ¿no fue decepcionante llegar a la convicción de que no iba a ser concertista después de tantos años de estudio?

Casi no deja terminar la pregunta y responde: "Para nada. Sentía que había diez mil otras cosas que podía hacer. No me costó ni una lágrima…Nada, no, nada. Fue como: 'Esto no es lo mío y *goodbye*'. Lo más terrible fue venirme a Chile y dejar a mi pololo allá. ¡Eso sí que fue terrible!", y lanza una carcajada[93].

De esos años interpretando a Beethoven y Chopin le quedarán varias marcas de la música, como la disciplina y la capacidad de admirar la belleza. Pero también un aspecto que en política le traerá más de un problema con los años. La capacidad de viajar por un rango de emociones intensas y opuestas, en muy pocos segundos. Para sus críticos, se trata de un "temperamento que opaca su inteligencia"[94].

Universidad, Piñera y política

—Jorge, yo te quiero advertir una cosa. Mi hija es una mujer que desde chiquita ha tenido un carácter muy, muy fuerte. Si tú le decías: “Hagamos esto”. Ella decía: “No, yo quiero lo otro”. Y la verdad es que era muy difícil persuadirla cuando ya se formaba una opinión sobre algo. Yo te quiero advertir, que no quiero quejas después. No quiero que me la devuelvas porque ella efectivamente tiene un carácter extraordinariamente fuerte.

Quien habla es el comandante en jefe de la Fuerza Aérea y miembro de la Junta Militar, Fernando Matthei. Su interlocutor es el economista de la Universidad Católica Jorge Desormeaux, quien a sus 29 años está a minutos de casarse con la hija del general. La escena se desarrolla en la casa de los Matthei Fornet en calle El Alamein con Oxford, ante varios testigos. Es el 5 de septiembre de 1979, cerca de las 19:00, y está a punto de comenzar la ceremonia civil.

Cuando el general termina su discurso —el que la concurrencia interpreta como medio en broma, medio en serio—, los presentes estallan en risas. Además de los novios y las familias de ambos, están los amigos más cercanos de la pareja, como el DC René Cortázar, quien fuera compañero del novio en la Universidad y hoy es su testigo de matrimonio.

Desormeaux y Matthei se conocieron en la Facultad de Economía de la Universidad Católica cuando él, tres años mayor que ella y ya doctorado del MIT (Massachusetts Institute of Technology), dictaba un curso para alumnos de postgrado y de último año, llamado algo así como Tópicos especiales de Macroeconomía. En realidad, ambos se habían conocido en la infancia en el Colegio Alemán, donde ella era reconocible por el alumnado pues tocaba el piano en los actos de fin de año y él estaba en un taller de teatro. Pero fue en la UC, entre su casi docena de alumnos, donde a él le llamó la atención la rubia que también sobresalía por sus altas notas. Al egresar, ella obtendría el premio al alumno más destacado de su generación.

“Hubo muchos que no lo vieron con buenos ojos”, esto de que el profesor saliera con la alumna, recuerda Desormeaux[95]. Pololearon seis meses y Evelyn le planteó que no pasaran las vacaciones separados y decidieron casarse. Luego del matrimonio civil, vino la ceremonia religiosa en una capilla benedictina sobre un cerro. La ceremonia la ofició el tío de la novia, Mauro Matthei, quien es parte de esa congregación. “Fue harta gente y fue

todo muy lindo, aunque nos llovió ese día. Todos se embarraron, el camino era de tierra. Sebastián Piñera me dijo que le íbamos a tener que comprar otro par de zapatos", recuerda Desormeaux. La pareja, donde uno es profesor y la otra alumna, se fue de luna de miel a Pichidangui por menos de una semana.

El matrimonio Desormeaux-Matthei se va a vivir primero a un departamento en calle San Félix en Las Condes. Con los años, le comprarán la vivienda a los padres de Evelyn, allí mismo donde se habían casado y tendrán tres hijos: Jorge, Roberto y Antonia. En esa casa donde aún florecen en primavera esos dos olivos de Bohemia que le regaló Alberto Bachelet a Fernando Matthei. El ciruelo en flor se secó.

Al regresar a Chile desde Londres, casi al finalizar el segundo semestre de 1974, Evelyn Matthei se había encontrado con un país muy distinto al que dejó. Ella se había ido con la Unidad Popular y al volver se vivía bajo la dictadura militar.

Ajena a toda actividad política, rinde nuevamente la P.A.A. Esta vez, le toca hacerlo junto a su hermano menor Robert, quien quiere estudiar Medicina. Él, con quien Evelyn comparte algunos rasgos de carácter, es con quien tiene también la mejor sintonía de entre sus hermanos. Ella nuevamente logra puntajes sobre setecientos (Verbal 753, Matemáticas 771, Específica de Matemáticas, 737). Pero será Robert quien se lleva los honores, con 889 puntos en la Específica de Ciencias.

Robert será también el aliado de Evelyn en casa, en un tema relacionado con su padre. Si bien les enorgullecía que Fernando Matthei hubiera alcanzado el más alto grado en su carrera militar, estos dos hijos eran críticos a la violación de los DD.HH. en la dictadura. Por eso, les preocupaba que su padre al asumir en 1978 la comandancia en jefe de la FACH, y con ello un sillón en la Junta Militar, él se viera comprometido con aquellos hechos. "(De los Derechos Humanos) era de algo que se hablaba en mi casa. Estábamos conscientes de que había problemas"[96].

Cuando en marzo 1985 efectivos de Carabineros secuestran y asesinan a Santiago Natino, Manuel Guerrero y José Manuel Parada —en lo que se conoció como el Caso Degollados—, estos dos hijos le piden a Fernando

Matthei que presente su renuncia a la Junta Militar. “Ellos estimaron que esto era una vergüenza, que no se podía hacer y que yo no podía pertenecer a un gobierno donde pasaran estas cosas”. El general los escucha y les responde que no lo hará. “Les dije que yo no había entrado a la Fuerza Aérea a ser piloto en buen tiempo. Yo entré a ser piloto de combate y hay situaciones difíciles y hoy estamos volando en una tormenta y yo no me voy a bajar en paracaídas y dejar que el avión se saque la mierda con todos arriba, porque yo no tuve el coraje de seguir arriba”, recuerda hoy el ex comandante en jefe de la FACH[97].

Su hijo mayor, Fernando Matthei Fornet, agrega: “A la luz de la historia, mi padre tenía razón en haberse quedado”.

Con ello, Matthei hijo se refiere a varias cosas, entre otras, al rol que su padre cumplió el 5 de octubre de 1988, cuando cerca de la 1 de la madrugada fue el primer miembro del Gobierno en reconocer que la opción “Sí” había perdido el plebiscito.

—Tengo bastante claro que ganó el “No”, pero estamos tranquilos —dijo el comandante Matthei a los periodistas que esperaban ansiosos en La Moneda.

Hasta ese momento, el Gobierno había entregado cómputos parciales que daban por ganador al “Sí”. Matthei ya había conversado por teléfono con su hija, quien estaba en la sede de su partido Renovación Nacional, donde también manejaban la información de que habían perdido, pero los tenía inquietos el silencio de La Moneda.

Al llegar a Palacio, Matthei tenía dos datos más: primero, Sergio Onofre Jarpa, presidente de RN, había reconocido hacía menos de una hora el triunfo del No. Lo segundo, tenía los cómputos del comando de la Concertación que ellos le habían mandado con un emisario. “Como sabíamos que el díscolo de la Junta Militar era Matthei, dijimos ‘tenemos que hacerle saber la realidad’ y le mandamos los cómputos (…) Él tampoco quería que Pinochet se perpetuara con una ‘chuecura’, no estaba dispuesto a que los militares se ensuciaran las manos con un plebiscito torcido”[98]. Si Matthei y Pinochet habían tenido algunas diferencias en la Junta Militar, la

actuación del aviador esa noche marcó un profundo distanciamiento con Pinochet.

Una década más tarde, en 1998, cuando Augusto Pinochet es detenido en Londres, la entonces senadora UDI Evelyn Matthei aparecería como una de las más apasionadas defensoras de que si se lo iba a juzgar, eso tendría que ser en Chile. Para sostener su punto, realizó un *sitting* frente a la embajada de Gran Bretaña, llamó a no consumir productos ingleses y viajó a lo menos dos veces hasta Londres.

Patrulla juvenil y Piñeragate

Mayo de 1988. Esta fecha marca el ingreso de Evelyn Matthei a la política y tiene lugar en un programa de televisión al que es invitada por Andrés Allamand: *De cara al país*, de Canal 13.

La semana anterior, la noche del 25 de abril, Ricardo Lagos Escobar se había convertido en figura pública al atreverse a interpelar a Pinochet ante las cámaras de ese mismo programa. "Le voy a recordar general Pinochet que usted el día plebiscito de 1980 dijo 'Presidente Pinochet no sería candidato en 1989' y ahora le promete al país otros ocho años con tortura, asesinato y violación de derechos humanos. Me parece inadmisible que un chileno tenga tanta ambición de poder. De querer estar 25 años en el poder". Todo eso, con el dedo apuntando a la cámara.

Es el año del plebiscito y el secretario general de RN, Andrés Allamand, se fija en un detalle de esa emisión que casi no se recuerda hoy: Lagos fue acompañado por una joven Carolina Tohá, quien también provoca reacciones positivas por su participación.

Para la emisión siguiente de *De cara al país*, Allamand está invitado junto al presidente de RN, Sergio Onofre Jarpa. El joven dirigente se aboca entonces a buscar a una mujer que los pueda acompañar, un rostro nuevo que sea el símil de Tohá[99].

Evelyn Matthei no milita y está dedicada a su trabajo como economista en las oficinas de quien fuera su profesor en la UC, Sebastián Piñera. Él había fundado la compañía financiera Bancard en 1979 y ella se desempeñaba allí

como subgerenta de Turismo y Seguros desde hacía dos años. Piñera había decidido que votaría por el "No" y ya había rechazado la invitación de su amigo Allamand para sumarse a su partido. Pese a ello, se reúnen habitualmente a hablar de política.

En su búsqueda, Allamand se acuerda de la única mujer que asistía a unos almuerzos mensuales en el Club de la Unión entre políticos y empresarios. También la había visto en casa de Piñera. Es Evelyn Matthei. Así es que la va a buscar a su oficina en Bancard. A ella le atrae la idea de participar en el programa y le pide que lo consulten con su jefe. Bajan a la oficina de Piñera, un piso más abajo. Cuando todo está acordado, queda un paso pendiente: hablar con el comandante en jefe de la FACH y miembro de la Junta.

Fernando Matthei no conoce a Allamand, pero lo recibe en el Diego Portales cuando este le pide una audiencia. "Él tuvo la deferencia de venir a hablar conmigo y pedirme permiso para que mi hija pudiera participar en una discusión… y, por supuesto, que le dije que ningún problema".

Tras ensayos en los que participó hasta Piñera actuando como si fuera el entrevistador Roberto Pulido, Evelyn Matthei aparece esa noche del 2 mayo ante las cámaras de De cara al país, y lee una declaración relativa a DD. HH. "Antes del programa no dormí en cuatro días. Lo único que podía tragar era agua. Sabía poco del manejo político y estaba aterrorizada", contaría ella más tarde[100].

Sentada entre Onofre Jarpa y un joven Allamand, los entrevistadores le harán a ella el menor número de preguntas: cinco en un programa de una hora. Ella se ve nerviosa, juega con un lápiz entre sus dedos y mira constantemente sus apuntes cuando es su turno de responder. Solo en un momento se la verá confiada: cuando exhibe sus conocimientos sobre Economía y cuentas públicas.

En el entrenamiento que le habían dado para asistir al programa se había decidido que había un tema en el que ella no podía equivocarse y el que, por ser la hija de quien era, seguramente se lo preguntarían: las relaciones cívico-militares. La respuesta la llevaba escrita y, aunque intenta disimularlo, Evelyn va leyendo la respuesta al aire: "Las FF.AA. han

modernizado el país dejando un legado trascendental (…) los civiles debemos demostrar cordura, prudencia y madurez para que el proyecto de esta gran nación salga adelante de la mejor manera posible”[101].

Su padre, quien dice hoy que no recuerda haber visto el programa de televisión, asegura que no pensó que ese paso sería el ingreso de su hija a la actividad política. “No pensé que iba a seguir, que le iba a gustar mucho más tiempo. Yo creía que a ella más bien le gustaba la economía”.

Pero Evelyn Matthei se involucra con todo.

En la política le aflora la pasión que había tenido con el piano. “En mi vida siempre se me da que pongo mucho interés en hacer bien las cosas, pero no en todo. Hay ciertas cosas que dejo pasar. Pero, cuando hay algo que me despierta el interés, de verdad le pongo mucho, mucho pino”[102].

Ella comienza a militar en Renovación Nacional y a dedicarse en un 100% a esa actividad, “pese a que mantuvo su cargo en Bancard hasta un mes antes de asumir como diputada en marzo de 1990”[103].

Su relación con Allamand comienza a afiatarse y ella lo mira con admiración política. “En esa época, incluso, consultaba a Allamand cada vez que tenía que dar entrevistas o participar en algún foro”[104].

Aunque ninguno de los dos es ferviente admirador de Pinochet, acatan la decisión mayoritaria del partido de que se debe apoyar el Sí en el plebiscito de octubre. Una bien peinada Evelyn Matthei aparecerá en la franja televisiva con Alberto Espina, como si fueran los conductores de un noticiario de televisión, que enviaba una cámara a la casa de Andrés Allamand para llamar a votar por el “Sí”.

El libreto de Matthei y Espina parte así:

Alberto Espina: “Durante estos quince años, Chile ha recorrido un camino que no siempre ha sido fácil”.

Evelyn Matthei: “Es cierto. Hay mucho construido, pero también hay mucho por hacer. El costo ha sido alto. Todos los chilenos hemos pagado un

precio. Pero estamos en el umbral del desarrollo”.

Espina: “Renovación Nacional piensa como usted. No queremos que Chile vuelva atrás. Por eso, es necesario votar Sí y perfeccionar el desarrollo económico y social de estos años…”.

Luego del triunfo del No, ella —ya candidata a diputada del partido— molestará al ala más conservadora de su partido al decir en una entrevista: “Pinochet no era mi candidato”. Además, plantea su desacuerdo con la manera que se enfrentaron las violaciones a los DD.HH.: “Si hubiese habido mayor energía y mayor sanción a los responsables de los primeros casos, el problema no habría alcanzado la gravedad que ha llegado a tener. El Gobierno se equivocó de fórmula para enfrentar ese tema tan doloroso”[105].

Al trío de figuras jóvenes de la derecha se une Sebastián Piñera, quien participa como generalísimo de la candidatura presidencial de 1989 de Hernán Büchi.

Ellos cuatro conforman la “patrulla juvenil”. El primer choque de esta se producirá a partir del 23 de agosto de 1992. Cuando estalla el Piñeragate y se abre uno de los capítulos más oscuros de la vida política de Evelyn Matthei.

Esa noche en las pantallas del programa de televisión A eso de..., en Megavisión, el dueño del canal Ricardo Claro llegará con una radiocasete Kioto y emitirá al aire y en vivo una grabación en la que se escucha al precandidato Sebastián Piñera, y ya senador de RN, decir a su amigo Pedro Pablo Díaz cosas como:

—De todo lo que dice después le tienen que contradecir, huevón. ¿Ah? ¿Divorcio? ¿Que está preparada, que no está preparada? (…) No puede transformar a la Matthei en víctima (…) Le puede decir, por ejemplo, mire todo el país conocía una de las características, cierto cuando su papá era comandante en jefe que decía una cosa, qué diablos pensaba porque decía diez cosas distintas en diez minutos. Da la impresión que esto también se extiende a usted.

Evelyn Matthei y Sebastián Piñera eran precandidatos presidenciales del partido. Pero hacía rato que la relación de mayor complicidad de la patrulla juvenil se había averiado. La diputada electa por Las Condes en 1989 sentía que Allamand, ya presidente de RN, estaba jugado por apoyar a Piñera en desmedro de ella en esa carrera presidencial.

El 23 de agosto era el cumpleaños N° 42 de su esposo, Jorge. Estaba en el inicio de los preparativos de la cena para esa noche cuando llamó al tesorero de RN y hombre clave de su campaña, Cristián Correa, para que la acompañara a una gestión. Eran las 9:15 A.M y Correa no estaba en casa, así es que llamó a otro de su equipo, Francisco Ignacio Ossa. Este la acompañó hasta el Coppelia de Providencia donde recibirían de manos del capitán del Ejército Fernando Diez la cinta con la grabación en que Piñera le pedía a su amigo Díaz que pauteara al periodista Jorge Andrés Richards para que dejara en ridículo a la diputada en la entrevista que le harían en televisión.

Así comenzó el día más largo de Evelyn Matthei que terminaría 76 días después con ella confesando que desde un principio sabía todo: ella recibió la cinta, ella decidió que se editara y ella dio el visto bueno para entregarla a Ricardo Claro para su emisión en televisión.

Pero, en esos primeros días, Matthei actuó ante la opinión pública como si fuera solo la víctima del intento de manipulación de Piñera.

En el libro *Los muchachos impacientes* se describe cómo la diputada fue quedando acorralada tanto por la investigación judicial como por la realizada por el propio Piñera, en paralelo, para dar con los responsables de arruinar su precandidatura presidencial. En medio de esa trama policial, RN casi se quiebra por el cruce de la disputa política entre el liberal Andrés Allamand y el más conservador Sergio Onofre Jarpa.

Cuando las sospechas sobre su participación están cerca de descubrirla, el 12 de octubre se registra el siguiente consejo de Matthei a la esposa de Francisco Ignacio Ossa: “Mira, Isabel, la mejor forma de mentir es convencerse de que lo que estás diciendo es verdad. Repasa toda la versión que inventamos y convéncete de que es verdad”[106].

El 7 de noviembre de noviembre 1992, Matthei ya no tendrá salida y lee una declaración pública en la sede de RN. Esta la ha redactado su marido, Jorge Desormeaux, quien dos noches antes tuvo que llegar a acompañar a su esposa a una reunión en el departamento de Roberto Palumbo donde Allamand, Piñera, Ricardo Rivadeneira, Ossa y Correa, entre otros, intentan negociar la fórmula de salida. Desormeaux se había enterado el mismo 23 de agosto por boca de su esposa lo de la cinta que le habían entregado, y le había recomendado que parara el asunto, que no la entregara a la televisión. Pero ella no lo escuchó.

El 16 de diciembre de 1992, el Tribunal Supremo de Renovación Nacional da a conocer sus sanciones: suspensión de diez años en el ejercicio de sus derechos como afiliada al partido e inhabilidad por el mismo período para optar a cargos directivos para Evelyn Matthei. Piñera solo obtiene una censura por escrito e inhabilidad para optar a cargos directivos por un año.

Ella deja RN. En la elección siguiente —1993— postulará por el distrito de San Antonio, como independiente, pero en cupo de la UDI. Pablo Longueira, diputado de ese partido, comenzará los acercamientos. El distrito 15 no era una batalla fácil: la derecha no tenía diputados, pues la Concertación había obtenido un doblaje allí en la elección de 1989. Si Matthei ya le había ganado a Joaquín Lavín cuando compitieron por Las Condes en la parlamentaria anterior, su desafío esta vez era salir adelante luego del golpe que había recibido con el Piñeragate. Ganó con un 25,8%.

A poco de asumir la nueva diputación, comienza un nuevo caso político-judicial en que Matthei se verá envuelta y que partirá en enero de 1995 con una entrevista del ex ministro Francisco Javier Cuadra a revista *Qué Pasa* en que declara: “Algunos parlamentarios consumen drogas”.

La diputada es una de las primeras en apoyar las declaraciones del ex ministro. Luego se sumará Longueira con la UDI. “Después de la actitud de la UDI, los rumores se iban concentrando en RN”, contará años más tarde Andrés Allamand en su libro *La travesía por el desierto*. Con los días, los focos de la prensa se empiezan a mover hacia el diputado RN como uno de los parlamentarios a los que Cuadra alude. Allamand escribe en sus memorias: “Mis amigos periodistas (…) advertían que mi nombre encabezaba las listas. Nadie, por supuesto, tenía ningún dato que pudiera

vincularme ni por asomo con el mundo de las drogas". Ante la investigación judicial, Cuadra entrega nombres. "Todos los testigos los había aportado Evelyn Matthei", dice Allamand en su libro.

Cuadra fue condenado a 540 días de prisión, tras pasar durante el proceso judicial una temporada en el anexo cárcel Capuchinos. En 1997 se abre una nueva arista al conocerse un videomontaje sobre el caso Drogas: saldrá a la luz que Evelyn Matthei había facilitado una camioneta al autor del video.

Los entretelones de este nuevo flanco del caso se conocen cuando Matthei se lanza a otro desafío: competir en la senatorial por la Región de Coquimbo. Nuevamente, va como independiente en cupo de la UDI, en una zona que no es fácil para los partidos de centroderecha. En la elección senatorial anterior habían elegido un senador solo por efecto del binominal, pues el segundo lugar en número neto de votos lo obtuvo el PC Jorge Insunza. En 1997, Evelyn Matthei lleva adelante una campaña incansable en esa circunscripción y logra ser electa con un 23,32%.

Dos años más tarde, la senadora por Coquimbo firmará en la Unión Demócrata Independiente, un partido con el que había tenido diferencias ideológicas desde que inició su carrera política en 1988, pero que la había acogido cuando RN prácticamente la expulsó de sus filas. En ese lugar casi hostil para hablar de reconocimientos sobre violaciones a los DD.HH., ella habló del tema mucho antes que Longueira creara el documento "*La paz ahora*", de 2003. También actuó con independencia en asuntos valóricos, como cuando presentó con el senador PS Fulvio Rossi un proyecto de ley para despenalizar el aborto terapéutico. Recién como candidata presidencial, en 2013, Evelyn Matthei ha moderado sus comentarios en las materias que la distancian de la UDI y del ala más conservadora de RN.

El domingo 21 de julio de 2013, al día siguiente que la UDI fuera a su casa a anunciarle oficialmente que ella era la candidata, en el programa *Tolerancia Cero* Matthei dijo que no impulsaría una ley de aborto. "Yo aprendí hace mucho tiempo que hay ciertos temas que tienes que despejar para poder avanzar. A mí nadie me pidió nada sobre ese asunto. Lo decidí sola. Sabía que tenía que cerrar ese tema", explica Evelyn. Y agrega que lo aprendió de chica, cuando su padre le pidió a ella y a sus hermanos que

escribieran artículos para una revista institucional de la FACH. A los catorce años, leyó muchos libros de las guerras y ahí lo aprendió, dice.

Para su familia —sus tres hijos y su esposo—, la carrera política de Evelyn Matthei ha tenido un costo. Pero ninguno la recrimina por ello. En un reportaje publicado en septiembre en el suplemento *El Semanal* de *La Tercera*, su marido dirá: “Cuando Evelyn es invitada a la política por Andrés Allamand me preocupé, porque no era el tipo de vida que yo tenía prevista para nosotros como familia. Yo tenía la sensación de que la política era dura y exigente (…) La verdad es que me quedé corto: fue mucho peor”.

Antonia Desormeaux Matthei (22), estudiante de segundo año de Medicina en la Universidad del Desarrollo, nació cuando su madre era diputada en Las Condes; tenía diez meses para el Piñeragate, dos años cuando Evelyn fue electa por San Antonio y seis cuando asumió la senaturía en Coquimbo. Ella contará —en el mismo reportaje— que su mamá solo le alcanzó a enseñar la sílaba “MA” del silabario cuando tenía tres años y el resto lo aprendió sola. Sus hermanos, Jorge (29) —quien acaba de terminar un postgrado en el MIT y se quedará trabajando en EE.UU.— y Roberto (26), ingeniero comercial de la UC, alcanzaron a verla más en casa cuando eran pequeños. Ambos recuerdan que Evelyn les enseñó a leer en castellano y en inglés cuando eran niños y los hizo fanáticos de unas novelas de misterio infantil que ella misma había seguido en su niñez. En esos libros de Enid Blyton, los protagonistas son niños que viven aventuras sin adultos de por medio.

Desde 1997, cuando ganó en Coquimbo, solo estaba un día a la semana en su casa en Las Condes: los domingos. El resto del tiempo tenía que estar entre su circunscripción y Valparaíso. “Era un sacrificio que mi madre tuvo que hacer. No pasó mucho tiempo con nosotros de ahí en adelante, pero el tiempo que sí pasó fue bueno”, dice Roberto Desormeaux[107]. En el mismo reportaje, sus hijos la definirán como la madre cómplice.

Como senadora, ella presidió la Comisión de Hacienda y la Mixta de Presupuestos, además de participar en varias otras. Sus pares le reconocen su alto manejo técnico en materias económicas.

Después del 97, la senadora no protagonizará ningún otro hecho político-judicial del tipo Piñeragate o Caso Drogas. La relación política y personal la recobrará con Sebastián Piñera, llegando a ser en 2011 una de sus ministras más incondicionales. Nunca así con Allamand.

Un ex diputado de la UDI dirá sobre ella: “Si tuviera que elegir solo a una persona como aliada política o para ir a pelear a un frente de batalla, esa es la Evelyn. Es apasionada y es leal con quien va a la pelea con ella”.

CAPÍTULO 10

EL RETORNO DE LA HISTORIA

Varias docenas de rosas decoran el departamento donde Ángela Jeria vive sola, rodeada de fotos de una Michelle Bachelet veinteañera, de su hijo *Betingo* muerto en 2001, de sus cinco nietos, sus bisnietos y de su esposo el general Bachelet. Es agosto de 2012 y han pasado pocos días desde que ella dijera ante la prensa: “Siempre el general Matthei ha sido amigo nuestro, lo estimo mucho y yo tengo la certeza de que él no estuvo en la Academia de Guerra en el tiempo en que mi marido estuvo ahí”.

En 2011 la Agrupación de Ejecutados Políticos presentó 726 querellas relacionadas con violaciones a los DD.HH. que no habían sido investigadas por la justicia. Una de ellas lleva el nombre de Alberto Bachelet. La viuda y la hija del oficial muerto en la Cárcel Pública no son las patrocinantes de la acción, pero en septiembre de ese año Jeria se hará parte de esta. No así, su hija, secretaria ejecutiva de ONU Mujeres. La investigación la lleva el ministro Mario Carroza. Un año después, tras recibir un informe del Instituto Médico Legal que acredita que el infarto que sufrió Bachelet fue producto de las torturas a las que fue sometido en la Academia de Guerra, el magistrado procesa a dos ex oficiales de la FACH que son identificados por los compañeros de celda del general como sus torturadores. Se trata de Edgard Ceballos Jones y Ramón Cáceres Jorquera. Ya es julio de 2012. Días más tarde, los patrocinantes de la causa tomarán un camino que la viuda del general Bachelet no comparte. Deciden pedir que se procese a Fernando Matthei Aubel por ser quien en lo formal era director de la Academia de Guerra Aérea (AGA) cuando Bachelet murió.

Para Jeria, establecer la verdad en las violaciones de DD.HH. ha sido un motor de vida tras lo sucedido luego del golpe de Estado. Y, de acuerdo a su evaluación, involucrar a Matthei es empañar la verdad con intenciones más bien políticas. Lo conversa con su abogado Isidro Solís. Entonces, decide

no hacerse parte de esas gestiones que encabeza el defensor de la Agrupación de Ejecutados Políticos, Eduardo Contreras.

Fernando Matthei ya había declarado ante la Policía de Investigaciones en calidad de testigo el 4 de enero de 2012 en la causa. Allí da la versión que ya se conoce: que él no tenía jurisdicción sobre el subterráneo de la AGA, pues eso estaba en manos de la Fiscalía de la Aviación, a cargo del general Orlando Gutiérrez, y él como coronel estaba varios grados más abajo. Que él solo bajó una vez al subterráneo a buscar un libro para lo cual fue escoltado por un teniente de la Fiscalía, y ahí vio a los detenidos, pero no instrumentos de tortura. Y que si bien escuchó que se cometían apremios, él nada podía hacer.

Ante la arremetida de la Agrupación de Ejecutados Políticos, Matthei vuelve a declarar el 8 de agosto, ahora "exhortado a decir la verdad", pues es él quien está siendo investigado. Reitera entonces sus dichos de la primera declaración. Y detalla su carrera como oficial FACH.

Cuatro días más tarde, Ángela Jeria sale en su defensa.

Y con ello revive la profunda amistad que unió a los apellidos Bachelet y Matthei en el pasado. Un lazo que las hijas de ambos reconocen, pero que no se reprodujo entre ellas.

Tío Fernando

—Tío Fernando, me cuesta decirle de otra manera —dice Michelle Bachelet y le saca una amplia sonrisa al ex comandante en jefe de la FACH, Fernando Matthei.

Michelle Bachelet está en su primer año de gobierno cuando en septiembre de 2006 visita esa base aérea en el norte, donde ella, a los siete años, había conocido a este oficial al que le decían *El Gringo*. Esa misma base donde su padre y Matthei se conocieron y se hicieron amigos. La presidenta Bachelet asiste a la ceremonia de recepción de una flotilla de F-16, a la que son invitados varios ex comandantes en jefe de la institución. Al final de la fila está Matthei, y cuando ella lo ve adelanta el paso y rompe la formalidad llamándolo "Tío". Hacía años que no se veían.

Esa tarde en Cerro Moreno, un emocionado Matthei dirá al final de la ceremonia que el especial afecto que le expresó la presidenta "también es de mi parte, hacia ella y hacia su madre".

El general hace memoria ahora en la terraza de su casa y dice que no recuerda haber visto a la hija de su amigo ni en los 80, ni en los 90. Solo la vio por los diarios en el 2000 cuando ella apareció en la vida pública como ministra de Salud de Ricardo Lagos Escobar. Si el contacto entre ellos era nulo, el de las hijas de Bachelet y Matthei también fue casi inexistente hasta que Michelle ocupó el Ministerio. Pero en el entorno de ambas se recuerda que hubo un encuentro de ellas por 1989, cuando Evelyn Matthei postulaba para ser diputada por Las Condes y militaba en Renovación Nacional. De lo poco que se recuerda sobre ese encuentro, está la idea de que ambas conversaron, entre otras cosas, sobre DD.HH.

Algo que también le pasó al ex senador Carlos Ominami, quien recuerda haber visto a Evelyn Matthei antes del plebiscito de 1988. La conversación también versó sobre las violaciones a los DD.HH. y "alguna referencia a los problemas que vivió mi padre en la Fuerza Aérea. Sentí en esa ocasión que, sinceramente, ella tenía una sensibilidad particular por estos temas". Por eso, agrega el ex senador, le llamó la atención cuando una década más tarde tuvo que enfrentar en un debate en televisión a una apasionada Matthei que defendía el retorno del general Pinochet, detenido en Londres.

Los distintos caminos que recorrieron Michelle Bachelet y Evelyn Matthei se expresan en el período en que ambas ocuparon puestos políticos de relevancia. Mientras Bachelet fue ministra de Salud, primero (2000-2002), y luego de Defensa (2002-2004), Evelyn Matthei era senadora de la UDI en el Congreso. Cuando Bachelet llegó a la Presidencia, Matthei seguía en el Senado. En todo ese período, ellas no establecieron alianzas políticas, ni siquiera por razones estratégicas. Matthei dirá que en los proyectos de Bachelet que ella estimó relevantes —como la reforma previsional—, se abocó a su estudio por el mérito del proyecto mismo. Y en la única gira internacional a la que la senadora fue invitada por la presidenta —a la India — los invitados a ese viaje no observaron una relación especial o conversaciones de complicidad entre ellas.

El lazo de amistad sigue arraigado en la relación de sus padres, y que mantienen vivo Ángela Jeria y el general (R) Matthei.

Las flores

—¡Qué gran mujer eres, *Gelo*, qué gran mujer! ¡Muchas gracias por tu declaración! ¡Tú sabes que yo no estaba a cargo!

Al teléfono habla un emocionado Fernando Matthei. Es agosto de 2012 y el general (R) recibe una llamada de Ángela Jeria, quien quiere agradecerle por las rosas que él le ha llevado a su departamento, luego de que ella lo defendiera públicamente. Matthei quiere felicitarla por su valentía, pues sabe que ella levanta una voz disidente en su mundo de las agrupaciones de los Derechos Humanos al salir en su defensa.

Un año más tarde, el 5 de agosto de 2013, el ministro Carroza desestima por segunda vez procesar a Fernando Matthei por la muerte de Bachelet. La Agrupación de Ejecutados Políticos dice que llegará a la Corte de Apelaciones. Y el comandante (R) Ernesto Galaz, quien fuera torturado con Bachelet durante la inauguración de la Academia de Guerra como lugar de interrogatorio, y con quien se reencontró en la Cárcel Pública el 18 de diciembre de 1973, asume la vocería en este asunto. En diversas entrevistas, Galaz eleva el siguiente juicio: “En toda la época en que Matthei estaba como comandante de esta unidad (AGA), esto se producía. Él no puede decir que él no sabía. Su delito es el de cómplice. Quiéralo él o no. Aunque el juez Carroza lo dude, aunque la familia Bachelet crea que no hay tal… ¡Matthei es cómplice de tortura en la Academia!”.

Días antes, el 1 de agosto, en el lanzamiento del libro *Disparen a la bandada* de Fernando Villagrán, Galaz, uno de los presentadores, suaviza la munición contra la viuda de Bachelet, quien se encuentra entre el público esa tarde. Ahí, él dirá: “Aunque el juez Mario Carroza lo dude y la familia aérea lo justifique, él es cómplice de los asesinatos que pudieran haber ocurrido y las torturas en la Academia”.

Las rosas en ese departamento de calle Vespucio no vienen solo de Fernando Matthei. Su hija, entonces ministra del Trabajo de Piñera, también

había felicitado a Ángela Jeria en público cuando supo que ella había salido en defensa de su padre. “Además de cariño, ahora tengo mucha admiración por Ángela Jeria y le agradezco profundamente lo que ha hecho, (le enviaré) un gran ramo de rosas, que es lo que se merece”.

Evelyn Matthei cumple su palabra y le envía un ramo con más de dos docenas de rosas color té.

Entonces, Ángela Jeria recordará esa escena del 16 de diciembre de 1971, cuando aún la tragedia no caía sobre su familia ni sobre Chile, y al llegar a su casa se encontró con 26 rosas color té, sin ninguna espina. Y una tarjeta que decía: “Por 26 años y sin espinas”. Era el regalo de aniversario de matrimonio que le enviaba su marido.

En agosto de 2012, ella le comentará a Evelyn Matthei, cuando la llame para agradecerle el gesto de las flores, esa escena de hace 41 años que tiene grabada en su memoria.

FOTOGRAFÍAS: LA HISTORIA QUE CRUZA A BACHELET Y MATTHEI



La familia Bachelet Jeria en 1953: Alberto, Ángela, Alberto hijo y Michelle, de dos años, durante unas vacaciones en Cahuil, VI Región



Alberto Bachelet y su novia Ángela Jeria, poco antes de casarse. Temuco 1945



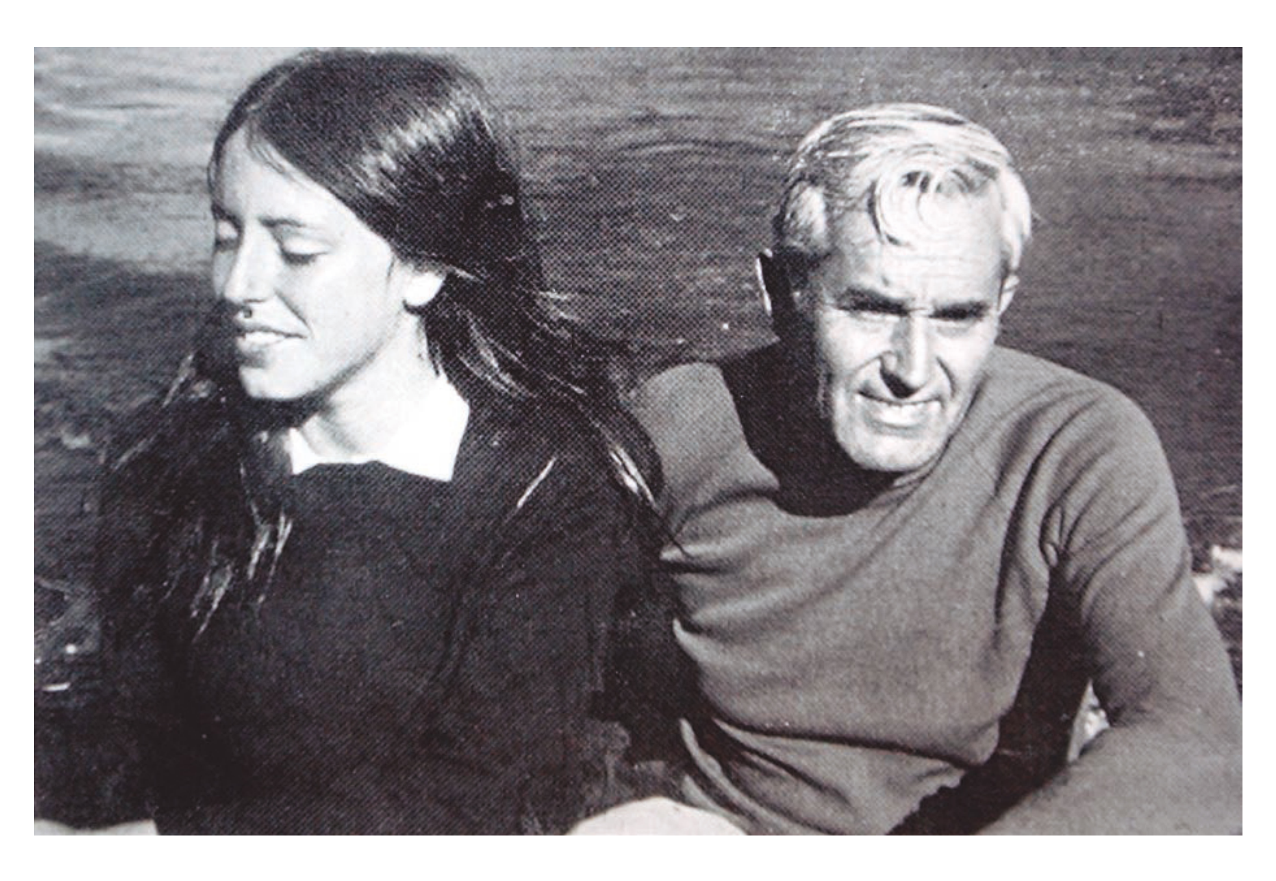
Ángela Jeria, Michelle Bachelet y sus dos hijos, Sebastián y Francisca, participan en una ceremonia en honor al general Bachelet en marzo de 1991



Alberto Bachelet durante su niñez en el fundo familiar Santa Margarita de la Gran Avenida. Es el primero de derecha a izquierda. Al centro, con cinta en el pelo, su hermana mayor, Alicia



Michelle en la piscina del edificio de Bethesda, Maryland, donde residió junto a su familia entre 1962 y 1963



Padre e hija durante unas vacaciones en la laguna de Malloco en 1968. Ella tenía 17 años



Base aérea Cerro Moreno a fines de los años 50, cuando las familias Bachelet y Matthei coincidieron en la villa militar. La imagen corresponde a un recuerdo que la Fuerza Aérea le entregó a su viuda después del retorno de la democracia



Bachelet, de bigote, en los tiempos en que estuvo destinado a Quintero



Bachelet, segundo de izquierda a derecha, en la base aérea de Iquique



Bachelet posa junto a un avión mientras estaba destinado en Temuco, a mediados de los años 40



Alberto Bachelet y su esposa Ángela Jeria, los dos a la izquierda en la imagen, mientras participan de una recepción oficial de la Fuerza Aérea en el Círculo Español de Santiago. La fotografía fue tomada poco después del nacimiento de su segunda hija, Michelle



Bachelet en una fotografía tomada en Iquique entre 1942 y 1943. Es el primero de izquierda a derecha



Michelle Bachelet de siete años en una excursión junto a sus padres en la zona de San Gabriel, en el Cajón del Maipo. La fotografía fue tomada por su hermano mayor, Beting



Ángela Jeria durante una de las vacaciones con su familia a orillas de los Lagos del sur. La fotografía la tomó su esposo, Alberto, y muestra la carpa donde siempre se alojaron durante los veranos



Michelle Bachelet y su conjunto musical del Liceo 1, conocido como Las Hechizadas y las Klap Klap



Michelle Bachelet en su departamento de Américo Vespucio, verano de 1974



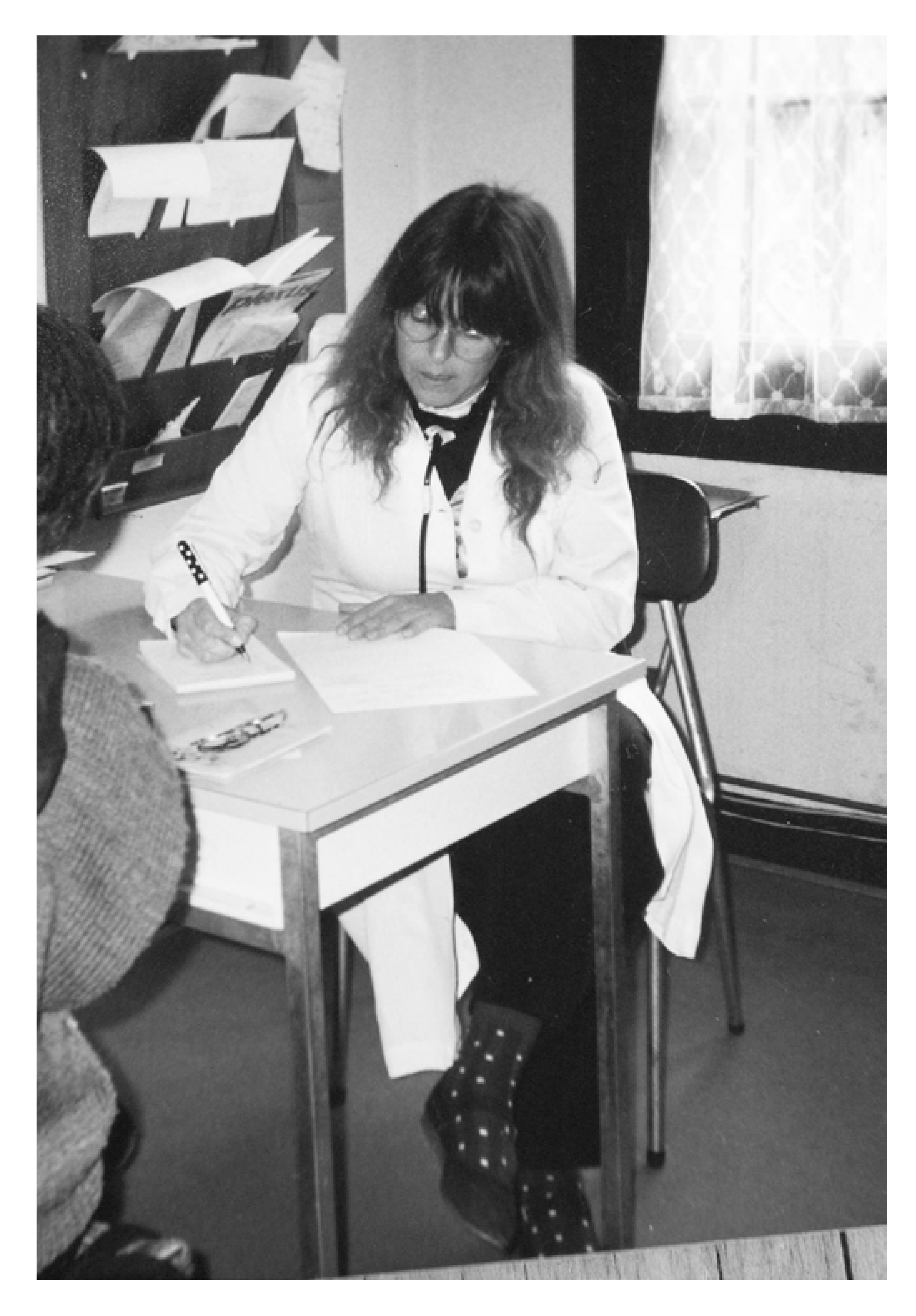
Trabajo en cobre realizado por el general Bachelet mientras estuvo en prisión. "Por luchar por la libertad, igualdad y fraternidad. Cárcel Pública, enero de 1974. General Bachelet, prisionero de guerra"



Michelle junto a su hermano Alberto y su cuñada Patricia durante su casamiento



En 2001 se realizó una reunión de la familia Bachelet en Santiago y Alberto Bachelet Jeria viajó desde Estados Unidos. En la foto, con su hermana Michelle. Betingo falleció en mayo de ese mismo año de un infarto cardíaco



En los años 80, Michelle Bachelet trabajó en una ONG focalizada en los hijos de ejecutados políticos y víctimas de la dictadura (PIDEE)



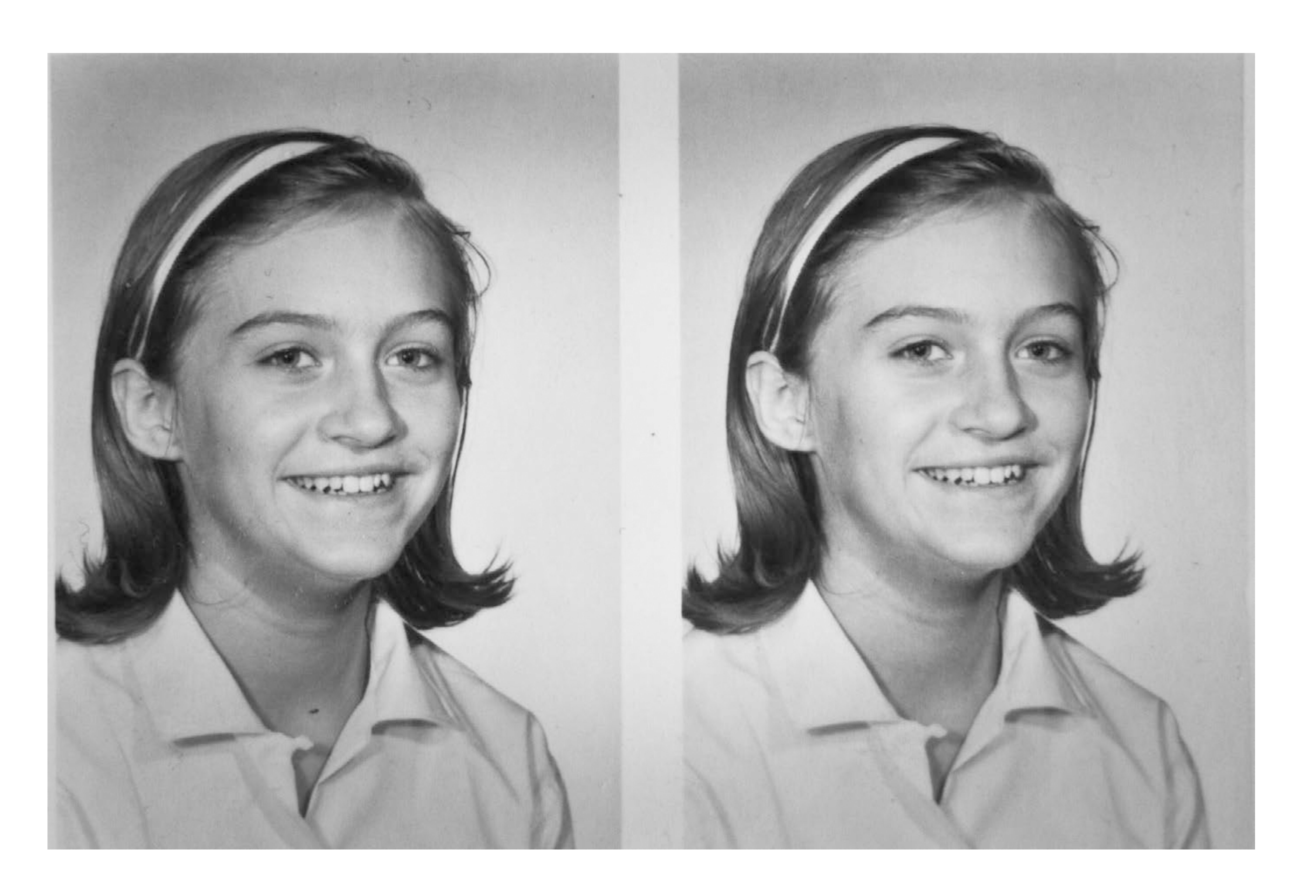
Bachelet en su época de ministra del Gobierno de Lagos, junto a sus tres hijos en su departamento de Las Condes



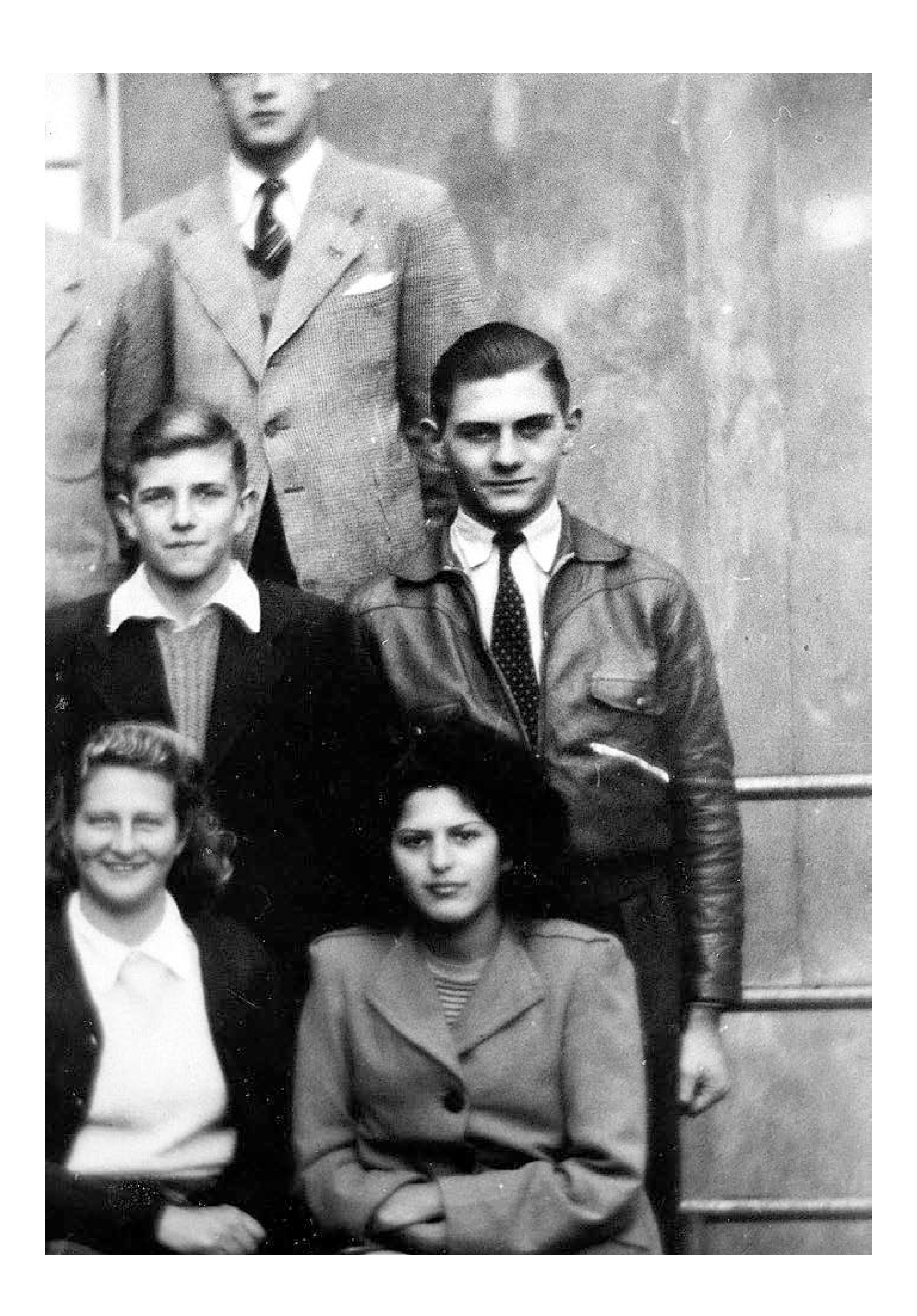
Michelle en una foto tomada en la década de los 90 en Caburgua, junto a los amigos con que comparte las vacaciones en el sur



Retrato de Evelyn Matthei cuando niña



Retrato de Evelyn Matthei en sus años de estudiante del Colegio Alemán





Fernando Matthei cuando adolescente en Santiago



Evelyn Matthei en el Colegio Alemán (tercera fila, la quinta de izquierda a derecha)



Elda Fornet y Fernando Matthei, a mediados de los años 70



Evelyn Matthei con su padre, el entonces comandante en jefe de la FACH, Fernando Matthei. Ceremonia de graduación de la Escuela de Economía de la Universidad Católica 1979



Fernando Matthei a principios de los 90 con su hija Evelyn y sus nietos Roberto y Jorge. En 1991, Matthei deja la comandancia en jefe de la FACH



Evelyn Matthei, tocando piano. Ella estudió a partir de los siete años y lo dejó luego de una audición ante Claudio Arrau. (Foto: Gabriel Schkolnick)



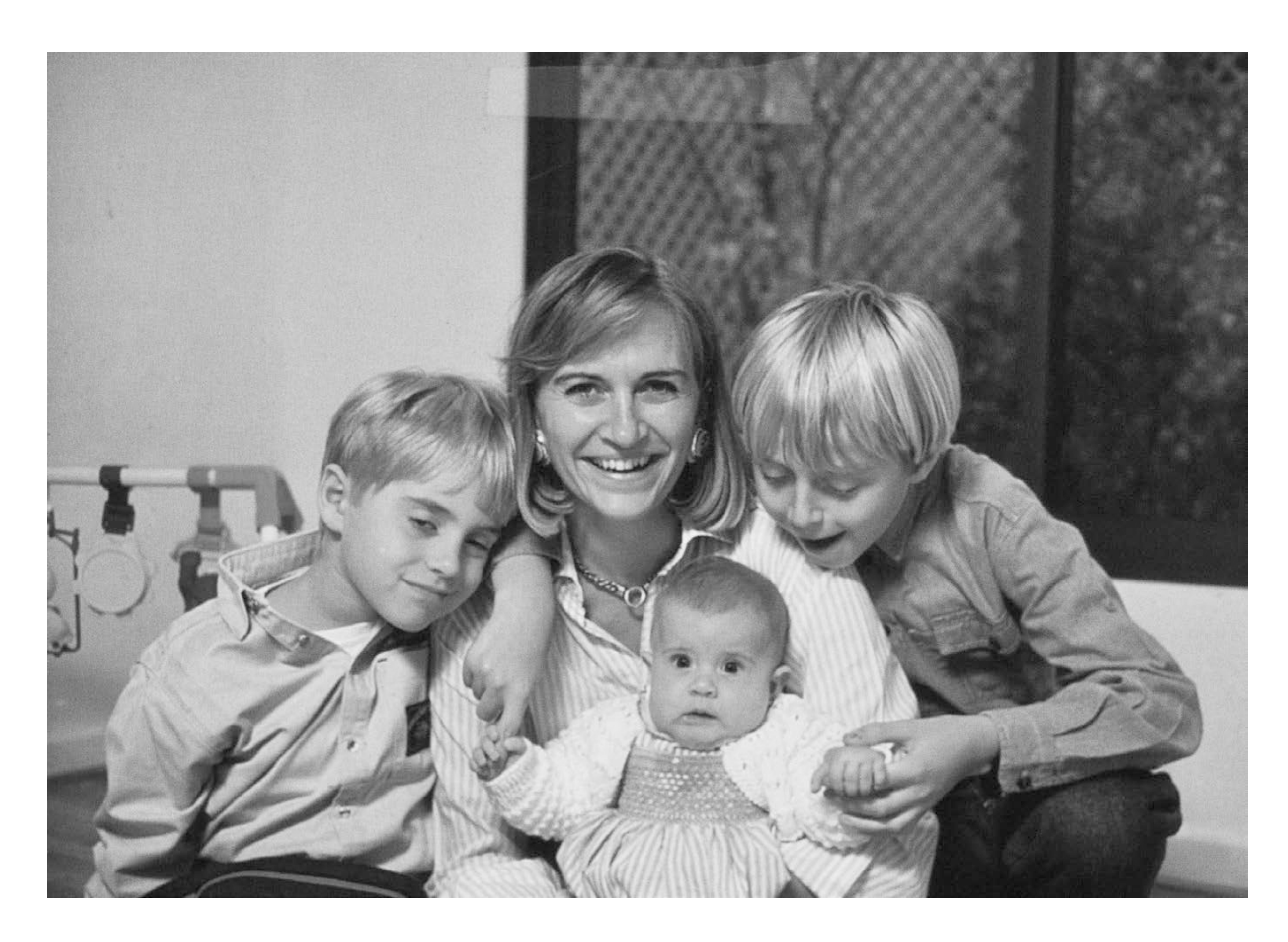
Evelyn Matthei y su padre, Fernando Matthei, en su último año como comandante en jefe de la FACH



Michelle Bachelet saluda a Fernando Matthei en la base Cerro Moreno. Allí se encontraron en una ceremonia en 2006



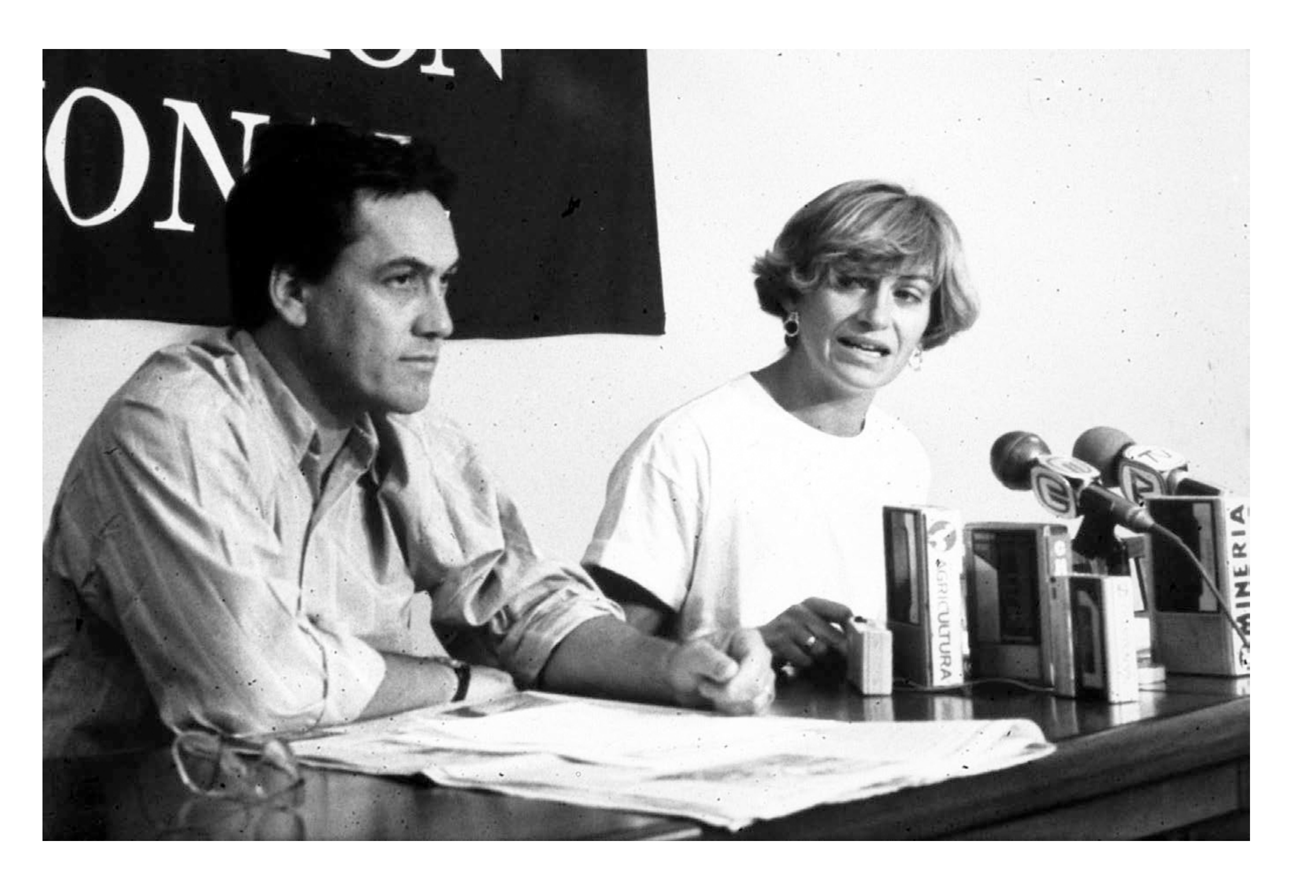
Evelyn y su esposo Jorge Desormeaux con su hija Antonia, hoy. (Archivo Copesa, Marcelo Segura)



Evelyn Matthei y sus hijos en 1992. De izquierda a derecha: Jorge, Antonia y Roberto



Fernando Matthei asume como comandante en jefe de la FACH ante Augusto Pinochet. Julio de 1978



Sebastián Piñera y Evelyn Matthei a principios de los 90

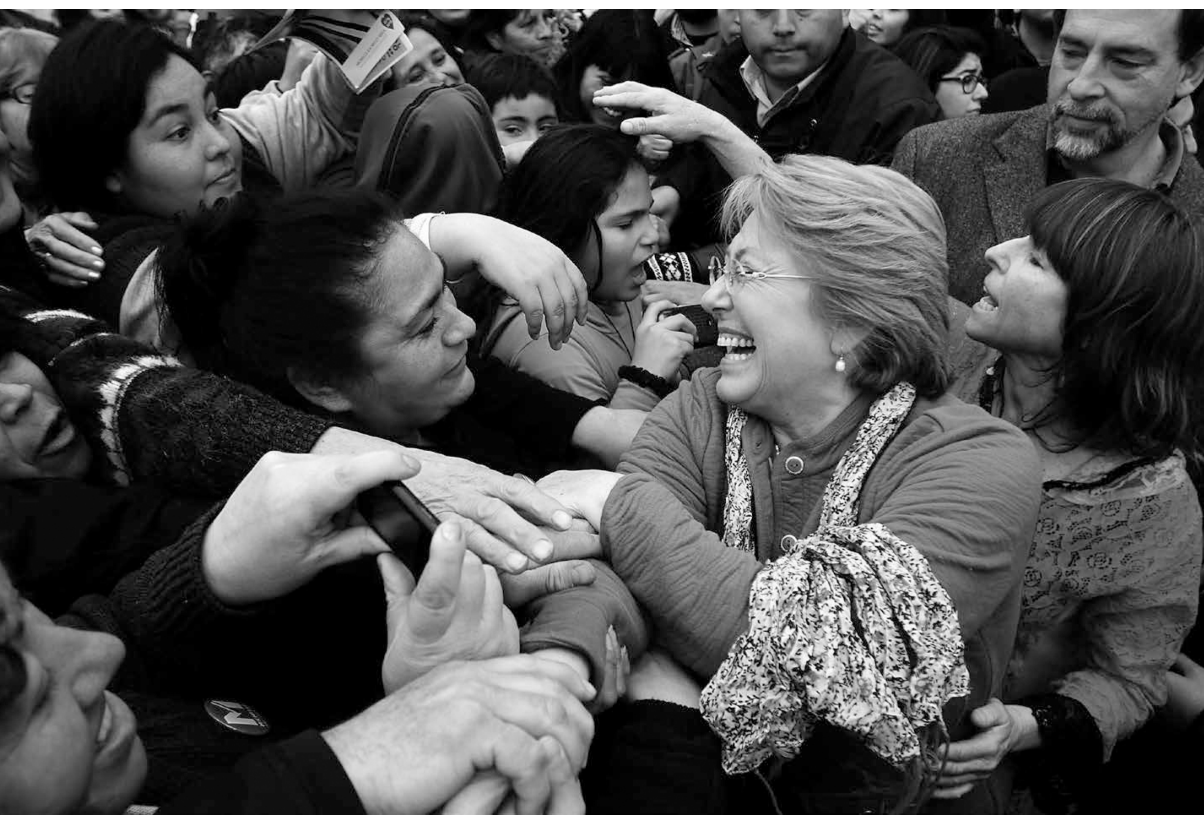


Sebastián Piñera, Hernán Büchi, Evelyn Matthei y Alberto Espina en la campaña presidencial de 1989. Piñera competía como senador, Matthei a diputada, Büchi a la Presidencia y Espina a diputado



“Patrulla juvenil” de Renovación Nacional en la campaña de 1989.


RODRIG
FIRME



NOTAS

[1] “Rotundamente, no quiero ser presidenta de la UDI”, Evelyn Matthei en entrevista con Raquel Correa, *El Mercurio*, 26 de marzo del 2006.

[2] Arancibia, P., De la Maza, I., Matthei. Mi Testimonio, Santiago: La Tercera/Mondadori, 2003, pág. 78.

[3] Conversaciones con Fernando Matthei sostenidas en agosto de 2013.

[4] Insunza, A., Ortega, J., Bachelet. La historia no oficial, Santiago: Editorial Debate, 2005, pág. 53.

[5] Pamela Jiles, “El general Bachelet acusa”, revista *Análisis*, febrero de 1988.

[6] María Cristina Jurado, “La Escuela en el desierto de Michelle y Evelyn”, en revista El Sábado de *El Mercurio*, 31 de agosto de 2013.

[7] Arancibia, P., De la Maza, I., op. cit., pág. 101.

[8] Carolina Díaz, “Michelle Bachelet, la historia no contada”, revista Paula, noviembre de 2002.

[9] María Cristina Jurado, op. cit.

[10] Estefanía Araya, “Bachelet y Matthei: Historia cruzada de las candidatas”, La Segunda, 27 de julio de 2013.

[11] Nancy Castillo y Rocío Montes, “Hijas de General”, El Semanal de La Tercera, 28 de julio de 2013.

[12] Claro, M.L., Wood, M.E., Las cartas del general Bachelet, Santiago: Editorial Grupo Norma, 2006, pág. 40.

[13] María Elena Wood, La hija del general, documental, 2006.

[14] Carolina Díaz, op. cit.

[15] La hija del general, op. cit.

[16] Carolina Díaz, op. cit.

[17] Claro, M.L., Wood, M.E., op. cit., pág. 41.

[18] Ibíd.

[19] Cinta grabada por el general Alberto Bachelet el 18 y 19 de octubre de 1973.

[20] Carolina Díaz, op. cit."Bachelet: historia no contada". Carolina Díaz. Revista Paula. Noviembre de 2002.

[21] Ibíd.

[22] Insunza, A., Ortega J., op. cit., pág. 114

[23] María Elena Wood, op. cit.

[24] En El Semanal, La Tercera, 30 de junio de 2013.

[25] Claro, M.L., Wood, M.E., Ibíd., pág. 158.

[26] Arancibia, P., De la Maza, I. , op. cit., pág. 101.

[27] Nancy Castillo, "Una mujer sentada al piano", entrevista a Evelyn Matthei, El Semanal de La Tercera, mayo de 2012.

[28] Larry Rother, "Woman in the News; A Leader Making Peace With Chile's Past", The New York Times, 16 de junio de 2006.

[29] Gonzalo Ramírez, “Los años de Alvear y Bachelet en el Liceo 1”, La Tercera, 10 de octubre de 2004.

[30] Ibíd.

[31] Carolina Díaz, op. cit.

[32] Entrevista realizada por Carla Mandiola para reportaje publicado en septiembre de 2013 en El Semanal.

[33] Arancibia, P., De la Maza, I., op. cit., pág. 145.

[34] Ibíd.

[35] Arancibia, P., De la Maza, I., op. cit., pág.163.

[36] Nancy Castillo, op. cit.

[37] Bofill, C., Los muchachos impacientes, Santiago: Editorial Copesa, 1992, pág.185.

[38] Cinta grabada por el general Alberto Bachelet el 18 y 19 de octubre de 1973.

[39] Pamela Jiles, op. cit.

[40] Insunza, A., Ortega, J., op. cit., pág. 60.

[41] Ibíd.

[42] Pamela Jiles, op. cit.

[43] Arnaldo Pérez Guerra, “Quiero que se haga justicia”, El Siglo, agosto de 2001.

[44] Ibíd.

[45] Insunza, A., Ortega, J., op. cit., págs. 67-68

[46] Arancibia, P., De la Maza, I., op. cit., pág. 176.

[47] Villagrán, F., *Disparen a la bandada*, Santiago: Editorial Catalonia, 2013, pág. 131

[48] Ibíd., pág. 131.

[49] Cinta grabada por el general Bachelet el 18 y 19 de octubre de 1973.

[50] Claro, M.L., Wood, M.E., op. cit., pág. 61

[51] Arnaldo Pérez Guerra, op. cit.

[52] Ángela Jeria en la grabación que Alberto Bachelet realizó el 18 y 19 de octubre de 1973.

[53] Villagrán, F., op. cit., pág. 83.

[54] Declaración judicial de Michelle Bachelet en la querella por la muerte de su padre, 5 de septiembre de 2012.

[55] Villagrán, F., op. cit., pág. 91.

[56] Claro, M.L., Wood, M.E., op. cit., pág. 15.

[57] Villagrán, F., op. cit., pág. 97.

[58] Ibíd., pág. 96.

[59] Declaración judicial dada por Fernando Matthei el 8 de agosto de 2012, en la causa abierta por la muerte de Bachelet.

[60] Rodrigo Frey, “Me alegró ver en Bachelet las mismas cualidades de su padre”, La Tercera, 17 de septiembre de 2006.

[61] Arancibia, P., De la Maza, I., op. cit., pág. 133.

[62] Pamela Jiles, op. cit.

[63] Insunza, A., Ortega, J., op. cit., pág. 126.

[64] Pamela Jiles, op. cit.

[65] Cavallo, A., Salazar, M., Sepúlveda, O., La historia oculta del Régimen Militar, Santiago: Editorial Random House Mondadori, 1997.

[66] Arnaldo Pérez Guerra, op. cit.

[67] Raquel Correa, “Soy una sobreviviente de Villa Grimaldi”, *El Mercurio*, 14 de noviembre de 2004.

[68] Ibíd.

[69] Villagrán, F., op. cit., pág. 107.

[70] Carolina Díaz, op. cit.

[71] “Matthei reivindicó honor de Bachelet”, Fortín Mapocho, 13 de marzo de 1991.

[72] Conversación con Carlos Ominami realizada en julio de 2013.

[73] Villagrán, F., op. cit., pág.115.

[74] Le Monde, 25 de octubre de 2006.

[75] "La RDA según Ángela Jeria", Extraído de la investigación documental de Christian Meier y María Paz Salas, Reportajes de La Tercera, 28 de abril de 2012.

[76] Ibíd.

[77] Mauricio Lob, "Las huellas de Bachelet en Alemania Oriental", La Tercera, 9 de abril de 2006.

[78] "Los pasajes más desconocidos del exilio de Michelle Bachelet", Reportajes de *El Mercurio*, 25 de enero de 2009.

[79] Mauricio Lob, op. cit.

[80] Ibíd.

[81] Extraído de la investigación documental de Christian Meier y María Paz Salas, op. cit.

[82] Carolina Díaz, op. cit.

[83] Insunza, A., Ortega, J., op. cit., págs.149-154

[84] Ibíd.

[85] Héctor Soto, "El secreto y el poder", Reportajes de La Tercera, 2 de marzo de 2013.

[86] Carolina Díaz, op. cit.

[87] Insunza, A., Ortega, J., op. cit., págs.154-155

[88] Ibíd.

[89] María Elena Wood, op. cit.

[90] Nancy Castillo, op. cit.

[91] Entrevista realizada en mayo de 2012.

[92] Nancy Castillo, op. cit.

[93] Ibíd.

[94] Senador Ricardo Lagos Weber, agosto 2013.

[95] Entrevista con Jorge Desormeaux realizada por la periodista Carla Mandiola para el reportaje sobre los hijos de Evelyn Matthei, publicado en septiembre de 2013 en El Semanal de La Tercera.

[96] Ana Victoria Durruty, “Matthei y Matthei. Con coraje en la mirada”, Reportajes de *El Mercurio*, 12 de septiembre de 1999.

[97] Conversación con Fernando Matthei en agosto de 2013.

[98] Serrano, M., La igual libertad de Edgardo Boeninger, Santiago: Uqbar Editores, 2009, pág. 113.

[99] Bofill, C., op. cit., pág. 62.

[100] Ibíd., pág. 63.

[101] Archivo Canal 13, De Cara al País, 2 de mayo de 1988.

[102] Nancy Castillo, op. cit.

[103] Bofill, C., op. cit., pág. 62.

[104] Ibíd., pág. 64.

[105] Luis Alberto Ganderats, “Pinochet no era mi candidato”, revista Paula, abril de 1989.

[106] Bofill, C., op. cit., pág. 114.

[107] Entrevista con Roberto Desormeaux realizada por la periodista Carla Mandiola para el reportaje sobre los hijos de Evelyn Matthei, publicado en septiembre de 2013 en El Semanal de La Tercera.